

Un lugar en el mundo

**La situación personal,
laboral y familiar
de la población joven madrileña
en su proceso de inserción
socioprofesional**

índice



004_ Presentación

008_ Un lugar en el mundo

010_ Conocer para enmendar

016_ Retrato de grupo

032_ Salir a trabajar: aberturas y cerrojos

058_ La familia, ¿es cosa de dos?

078_ El imparable desprestigio de la plancha

098_ El tiempo personal

110_ Obstáculos para la igualdad de oportunidades

116_ Una etapa de transición

122_ Ficha técnica

presentación

Concepción Dancausa Treviño

Delegada de Gobierno

del Área de Familia y Servicios Sociales

Ayuntamiento de Madrid

En mi condición de Delegada del Área de Familia y Servicios Sociales del Ayuntamiento de Madrid, para mí es una satisfacción presentar un libro que arroja verdadera luz sobre las condiciones sociales y familiares en las que vive y trabaja la juventud madrileña. En particular, creo que merece especial atención la descripción detallada de las circunstancias que atañen a la posición actual de las mujeres en este contexto.

El Estudio sobre la situación personal, laboral y familiar de la población joven madrileña en su proceso de inserción socioprofesional representa un claro avance en la orientación promovida por la Dirección General de Igualdad de Oportunidades. Entre sus principales objetivos –recogidos en el *II Plan municipal de igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres de Madrid*– se encuentra el de incrementar la eficacia concreta de las políticas que favorezcan la expansión y el equilibrio del mercado laboral femenino, todavía en clara desventaja con respecto a su equivalente masculino.

Por otra parte, este trabajo proporciona una base de información sólida y firme a las instituciones y áreas encargadas de establecer las medidas que puedan alentar tanto el ingreso como la permanencia de las mujeres madrileñas en el mercado laboral local. Y es que el conocimiento preciso de las dificultades que deben afrontar las mujeres a la hora de lograr una mejora en su calidad de vida, tanto familiar como profesional, surge de la comparación entre los obstáculos que todavía persisten en este terreno y aquéllos que, en algún grado, ya han sido superados.

Pese a estos obstáculos y a las dificultades que aún se constatan en cuanto se toma en consideración la situación laboral de las mujeres madrileñas –incluida la de las generaciones más jóvenes–, también es cierto que las transformaciones positivas son un hecho, como se demuestra en este estudio.

presentación

Rocío de la Hoz Gómez

*Directora General de Igualdad de Oportunidades
Ayuntamiento de Madrid*

Es indudable que la acumulación de largos años de reivindicaciones de las mujeres, así como las innegables conquistas obtenidas en el campo de la defensa de sus derechos privados y públicos, culturales, sociales, y en especial los laborales, no han permanecido indiferentes a la sensibilidad ni a la conciencia social de las comunidades. A menudo, es posible constatar la creciente aceptación de los principios de la igualdad entre mujeres y hombres, a escala nacional e internacional.

Sin embargo, como ocurre en muchos otros ámbitos de la vida, los hechos no son del todo consecuentes con estas conquistas de las mujeres. El libro que aquí presento demuestra –entre otras interesantes conclusiones– que esa frecuente ruptura entre teoría y práctica se comprueba incluso en las nuevas generaciones. Aun cuando son estas jóvenes generaciones las que parecen pronunciarse de forma más consciente a favor de la igualdad de género en sus distintas dimensiones, los datos que surgen de este estudio indican que, en lo que concierne más específicamente a los ámbitos laboral y profesional, la balanza sigue inclinándose desfavorablemente respecto a las mujeres.

El presente trabajo, propuesto por la Dirección General de Igualdad de Oportunidades del Área de Gobierno de Familia y Servicios Sociales del Ayuntamiento de Madrid, es el resultado de una profunda investigación sociológica, que implementa instrumentos óptimos de medición y análisis, tales como los indicadores recogidos a través de la primera y segunda oleada de la “Encuesta periódica sobre mujer, mercado de trabajo y conciliación de la vida laboral y familiar”.

En las páginas que siguen podrá encontrarse, por tanto, un análisis de las principales variables –socioeconómicas, culturales, familiares, domésticas, personales– que dificultan la inserción socioprofesional de la juventud madrileña, especialmente de las mujeres jóvenes. En efecto, de la muestra de población que ha sido seleccionada como objeto de estudio, han resultado ser las mujeres quienes continúan hallando mayores obstáculos a la hora de conciliar su vida familiar y profesional, o quienes sobrellevan todavía el mayor peso de las funciones domésticas. Asimismo, los bajos índices que aquí se advierten en cuanto a *corresponsabilidad familiar* –“más afectiva que efectiva”, en palabras del autor– entre mujeres y hombres, siguen evidenciando que la igualdad de oportunidades ante el empleo constituye aún un camino por recorrer. Un camino que representa, al mismo tiempo, una esperanza, una voluntad y también, como parece desde siempre, un profundo desafío.



Un lugar en el mundo

***La situación personal
laboral y familiar
de la población joven madrileña
en su proceso de inserción
socioprofesional***

“

El objetivo del estudio es conocer en profundidad los cambios que se están produciendo en la inserción profesional de las nuevas generaciones madrileñas y que afectan especialmente a las mujeres jóvenes”

Conocer para enmendar

Hace ya seis años que el Ayuntamiento de Madrid, a través de la Dirección General de Igualdad de Oportunidades del Área de Gobierno de Familia y Servicios Sociales viene desarrollando, de forma periódica, una serie de instrumentos de información y análisis sobre los comportamientos, opiniones, actitudes y necesidades de las mujeres y los hombres madrileños en relación con la igualdad de oportunidades ante el empleo y la mejora de la conciliación entre la vida familiar y laboral.

Con ello pretende reflejar adecuadamente las diferencias entre hombres y mujeres de forma que, al hacerlas visibles, permitan comprender y analizar mejor la posición y restricciones que tienen las mujeres trabajadoras en relación con los hombres, y ofrecer una base sólida para promover la igualdad.

A tales efectos ha establecido dos líneas de trabajo básicas. En primer lugar, la actualización de la información a través de los instrumentos propios de una investigación periódica de tipo extensivo. Es el caso de la [Encuesta periódica sobre mujer, mercado de trabajo y conciliación de la vida laboral y familiar en Madrid \(EMTC\)](#), de la que se han realizado ya dos oleadas, en 2004 y 2007.

En segundo lugar, la realización de [investigaciones temáticas](#) que permitan profundizar en el conocimiento de la situación existente en determinados colectivos madrileños con especiales dificultades a la hora de su inserción socioprofesional, la permanencia en el mercado de trabajo y la conciliación de la vida familiar y laboral.

Tal es el caso de la investigación que recoge esta publicación sobre las [recientes generaciones de madrileños](#), las mujeres y los hombres en edades comprendidas entre los veinticinco y los cuarenta y cuatro años. Su objetivo es conocer en profundidad

las dificultades, en buena medida derivadas de los cambios que se estarían produciendo y que afectan con especial énfasis en el caso de las mujeres jóvenes. No es casual la elección de este colectivo como sujeto de análisis. A pesar de que en un primer momento pudiera parecer extraño juntar en una investigación cohortes con edades tan distintas, los resultados de la primera oleada de la EMTC, ponían de relieve un conjunto de situaciones contradictoria que les estarían afectando directamente.

De hecho si comparamos los comportamientos ante el trabajo remunerado y la familia de la generación más joven ya emancipada, los que tienen entre 25 y 35 años, o los que están en trance de hacerlo, con la anterior y de estas con las precedentes, los cambios se hacen notar. Y la mayoría de ellos apuntarían hacia una mejora en la incorporación laboral de las mujeres jóvenes, un incremento de la igualdad de oportunidades ante el empleo y, en menor medida, una ganancia relativa en la corresponsabilidad familiar y doméstica por parte de los hombres. Bien es verdad que reflejada más en términos afectivos que efectivos, pendientes del discurso “políticamente correcto” pero desvaídos en cuanto a su real implicación práctica.

Quizás por esta razón, a pesar de estos cambios que parecen asomar en el horizonte, ello no conlleva que se amortigüen las dificultades de conciliación de la vida laboral y familiar entre las nuevas generaciones. Ni que los recursos de conciliación existentes satisfagan ni de lejos las necesidades potenciales y reales. No es casual que las estrategias de conciliación seguidas por las mujeres jóvenes –la mayoría dentro del ámbito privado– para compatibilizar trabajo y familia apuntan hacia una serie de dificultades añadidas cuyas consecuencias tienen un importante calado. Entre ellas planteamientos que les llevan a posponer, cuando no a restringir *sine die* la natalidad. O las que suponen dificultades o quiebra de las carreras profesionales femeninas y, en última instancia, el abandono de la actividad laboral.

Las mujeres más jóvenes del colectivo (25 a 34 años), aunque lo hacen más tardíamente por la prolongación de los estudios, se incorporan de forma creciente al trabajo remunerado con unas tasas de actividad y ocupación superiores a las de las generaciones precedentes. En ello sin duda influye el hecho de que la mayoría están solteras.

A partir de los 35 años una proporción mayoritaria de las mujeres están casadas o emparejadas y la mitad de ellas están en hogares en los que trabajan ambos cónyuges; las que además tienen hijos, suponen más de un tercio del total.

Las mujeres que se encuadran en este tipo de familias son las que presentan mayores dificultades laborales, familiares y de conciliación entre ambas esferas. Y ello



tanto en términos objetivos (estrategias; horas dedicadas a la casa y trabajo; acceso insuficiente a recursos) como subjetivos (más acusada percepción de dificultades). En este tipo de familias aunque los varones presentan discursos igualitarios la ayuda doméstica es más afectiva que efectiva; de hecho la corresponsabilidad familiar es más sentida que real. Todo ello acarrea tales dificultades que un buen número de mujeres a partir de los 35 años abandona el mercado laboral para dedicarse a las responsabilidades domésticas y de reproducción familiar.

Los anteriores datos proporcionados por la EMTC, han permitido establecer como hipótesis central de trabajo, que –pese a los avances conseguidos en la inserción laboral de las mujeres jóvenes, buena parte de las dificultades soportadas por las generaciones precedentes seguirían persistiendo y en algunos casos agravándose. Por ello parece necesario conocer en profundidad tales dificultades de inserción socioprofesional; estudiar las estrategias y demandas al respecto, y analizar las consecuencias sociales de las mismas.

Así los distintos tipos de análisis del presente estudio han pretendido responder a las preguntas estratégicas:

- ¿Están las nuevas generaciones de madrileños/as –respecto a las inmediatamente precedentes– modificando sus mecanismos de inserción laboral, sus entornos de corresponsabilidad familiar y de rescate de tiempo personal conciliando adecuadamente estas distintas esferas? ¿Supone ello mejoras?
- ¿Cómo se ven afectados los programas familiares por la creciente incorporación de la mujer al trabajo remunerado.
- ¿La mejora de la formación de las nuevas generaciones repercute en la cantidad y calidad del empleo de las mujeres e iguala las situaciones con los varones?
- ¿Están las nuevas generaciones –especialmente los varones– cambiando sus estereotipos culturales y sus prácticas familiares y domésticas aproximándose a la corresponsabilidad.
- Las estrategias de conciliación desarrolladas por las mujeres de la generación 35-45 ¿esta cambiando y cómo en las anteriores posteriores?
- ¿Cómo influye al respecto la diversificación de tipos familiares?

Dentro del genérico 25 a 44 años –sujeto de análisis delimitado más en términos empírico-demográficos que en el sentido sociológico generacional– se pueden dar distintas situaciones según la combinación de tres variables: forma de convivencia (emancipados o no y tipo familia: pareja, monoparentales, solitarios; etc); situación laboral de las personas principales (uno o dos ingresos); rol familiar (sustentador o cónyuge) y pre-

sencia o no de niños y personas dependientes. El colectivo de interés central para la investigación ha estado constituido por el grupo 30 a 44 años y dentro de el especialmente por las parejas de doble ingreso con presencia de hijos u otros dependientes.

La investigación se ha centrado sobre los cuatro ámbitos temáticos siguientes, estudiando en cada uno las interrelaciones y compatibilización con los otros:

- **Ámbito de lo laboral:** entendido como el único espacio productivo en términos económicos, esto es, aquel en el que la ocupación del tiempo se traduce en una remuneración de carácter salarial. Además de las condiciones de trabajo se analizan también las estrategias y motivaciones laborales.
- **Ámbito familiar:** aquel vinculado a la reproducción familiar y en especial a la atención (en un sentido extenso) de las personas dependientes: hijos, familiares (padres, madres), discapacitados. Incluyendo las actitudes y expectativas ante la forma de emparejamiento y la maternidad.
- **Ámbito de lo doméstico:** comprendido como el espacio/tiempo en que se llevan a cabo los trabajos no remunerados vinculados al hogar: limpieza, administración, mantenimiento, etc.
- **Ámbito personal:** entendido como el espacio reservado para la ocupación de un tiempo para uno mismo, tiempo de la reproducción cultural. Un terreno asociado al ocio, al tiempo libre, a los hobbies personales...

En cada uno de estos ámbitos (o para la mayoría de ellos) se han considerado al tiempo –y con objeto de contrastar unos con otros– los datos fácticos, esto es la situación objetiva del fenómeno (actividad, prácticas) y los datos opináticos y actitudinales (discurso, ideología).

Este mismo esquema es el seguido en la presente publicación, combinando los resultados del enfoque multimétodo aplicado: análisis cualitativo (grupos de discusión) y análisis distributivo (encuesta a la población)¹.

(1) En el anexo se incluye la correspondiente ficha técnica.

“

Especialmente preparados, sobre todo las mujeres de menos edad, con empleo pero mal retribuidos, los madrileños y las madrileñas jóvenes y no tan jóvenes, con edades comprendidas entre los 25 y los 44 años, afrontan un escenario marcado por cambios en sus respectivos papeles que, aunque lentos, van abriéndose paso”

Retrato de grupo

A principios de 2005 más de un tercio de los residentes en Madrid capital contaba entre veinticinco y cuarenta y cuatro años. Son 1.102.214 personas frente a un total de 3.167.424, las nuevas generaciones de madrileños que buscan abrirse paso, encontrar un trabajo, independizarse, formar un hogar a su medida. Hombres y mujeres casi a partes iguales que viven distribuidos de forma muy equilibrada por el conjunto del municipio madrileño. Muestran un perfil socioeconómico medio, más alto que el promedio de la población madrileña notablemente envejecida. Están mucho mejor formados que sus mayores, de forma que casi la mitad de ellos son titulados universitarios. Dato especialmente relevante entre las mujeres más jóvenes. Una parte sustancial vive emancipada del hogar familiar en distintas situaciones de convivencia. Más de la mitad forman pareja, un tercio de ellas con hijos. Cuatro de cada cinco tienen trabajo, situación que cambia para las mujeres al superar los treinta y cinco años y tras la aparición de los hijos: a partir de esta edad una parte importante se retira del mercado de trabajo y la que permanece en él, soporta un desempleo que multiplica por cuatro el masculino. Casi el setenta por ciento estiman que sus ingresos son adecuados, e incluso desahogados, pero solo un escaso cuatro por ciento afirma poder ahorrar algo a fin de mes, entrapados como están pagando una hipoteca.

Un tercio de los madrileños, casi la cuarta parte de inmigrantes

En relación con el padrón de 2001, este segmento de jóvenes y no tan jóvenes madrileños aumentó en 116.193 personas, siendo los más maduros, los que se sitúan entre los cuarenta y los cuarenta y cuatro años, los que lo hicieron en mayor proporción. Un dato revelador es que casi una cuarta parte es extranjera de origen, 249.047 personas, en un porcentaje que dobla prácticamente al referido al conjunto de la población (14,3%).

Y este peso relativo de la población inmigrante aumenta a medida que desciende la edad¹. Se distribuyen por el territorio del municipio madrileño de forma muy equilibrada, prácticamente por tercios, en las tres “macrozonas” en que, a efectos de análisis, se ha dividido la capital: periferia sur y este, periferia norte y almendra central. En este último caso el elevado peso del colectivo se debe, fundamentalmente, a ciertos barrios del distrito centro que cuentan con una importante presencia de la población inmigrante.

Unas generaciones especialmente preparadas

La impronta de la Universidad ha irrumpido con fuerza en la sociedad madrileña de este siglo apenas estrenado. Un buen reflejo es el perfil formativo de estas nuevas generaciones de madrileños que cuentan con un contingente considerablemente mayor de titulados universitarios que de los que tan sólo disponen de estudios primarios. Elevado nivel formativo que, además, se acrecienta entre los más jóvenes, muy especialmente en el caso de las mujeres. Los datos son incuestionables: las personas con estudios inferiores apenas llegan al 18%, la mitad de las que aparecen para el conjunto de la población mayor de dieciséis años, con un peso negativo importante de las generaciones de más edad. Casi la mitad de estos madrileños de las nuevas generaciones posee estudios universitarios frente a un tercio del promedio madrileño. Otras dos quintas partes han terminado sus estudios secundarios.

El nivel formativo disminuye claramente con la edad: entre los jóvenes de veinticinco a treinta y cuatro años un 12,7% cuenta tan sólo con estudios primarios o menos, proporción que aumenta diez puntos para los situados entre los cuarenta y cuarenta y cuatro años. Como se señalaba, las mujeres más jóvenes son las mejor formadas, frente a las más maduras que, en todo caso, duplican el nivel formativo del resto de las mujeres madrileñas de más edad. Pero es que, además, ellas parecen saber mejor que hacerse un hueco en la sociedad actual depende fundamentalmente de su esfuerzo personal, de su capacidad y de su nivel de conocimientos. Por esta razón, más de la mitad de las mujeres con edades comprendidas entre los veinticinco y los treinta y cuatro años son universitarias, cuatro puntos porcentuales por encima de sus homólogos varones. Relación que, sin embargo, se invierte en las promociones de más edad: 36% de universitarias frente a 43% de universitarios entre los cuarenta y los cuarenta y

(1) Se trata de un dato relevante para este estudio, puesto que el segmento de población extranjera abarcada por la encuesta (13%) es notablemente inferior al porcentaje total de población extranjera. La dificultad de acceder al colectivo inmigrante a través de instrumentos como un encuesta está en el origen de este desfase. Por esta razón los análisis y conclusiones de este estudio tienen validez fundamentalmente para la población de nacionalidad española.

Gráfico 1

Evolución de las nuevas generaciones madrileñas

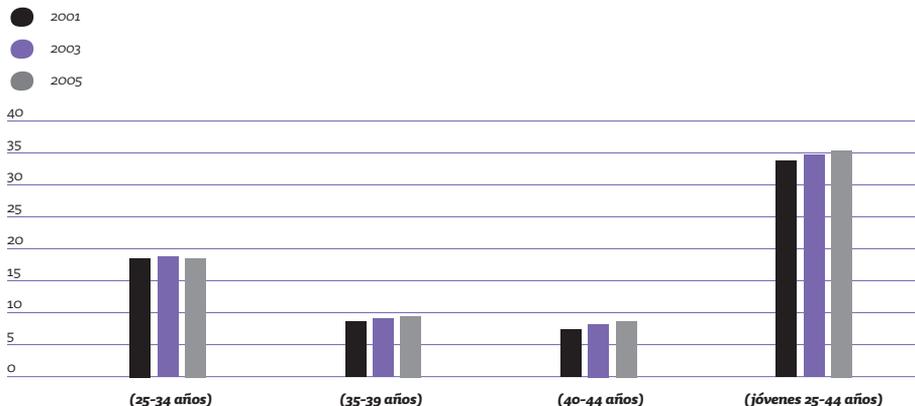


Gráfico 2

Nivel de estudios de las nuevas generaciones madrileñas entre 25 y 44 años

- universitarios
- secundarios
- primarios
- menos de primarios + ns/nc

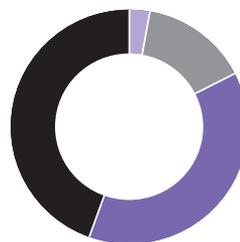


Gráfico 3

Tipo de hogar y régimen de tenencia de la vivienda

- en propiedad, pagada totalmente
- en propiedad, pagando una hipoteca
- en alquiler
- cedida
- ns/nc

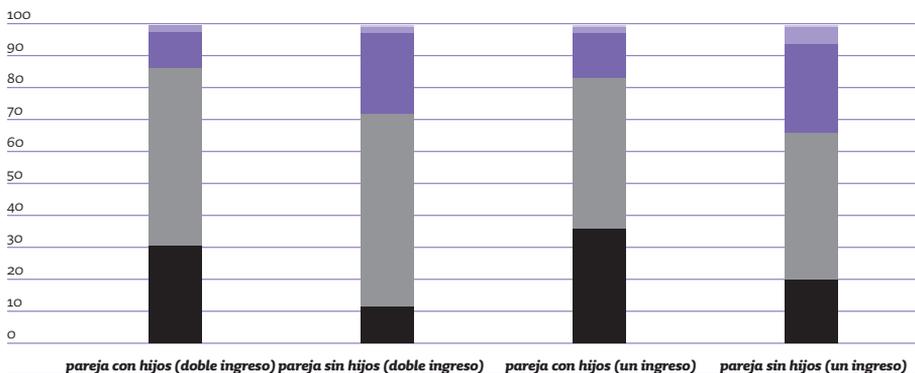


Gráfico 4

Formas de convivencia entre las nuevas generaciones madreñas

- pareja sin hijos
- pareja con hijos
- pareja con hijos y otros familiares
- monoparental
- unipersonal
- piso compartido y otros emancipados
- no emancipados

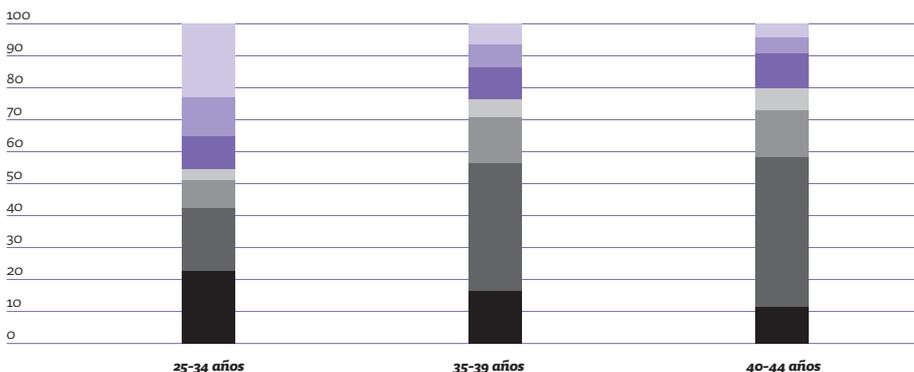


Gráfico 5

Relación con la actividad de las nuevas generaciones madreñas

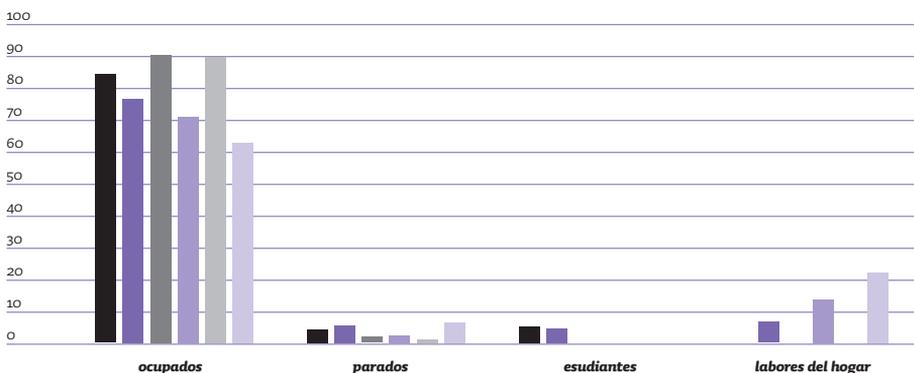
- ocupados
- parados
- estudiantes
- jubilados
- labores del hogar
- incapacitados y otros tipos de inactividad



Gráfico 6

Relación con la actividad por edad y género de las nuevas generaciones madreñas

- 25-34 varón
- 35-39 varón
- 40-44 varón
- 25-34 mujer
- 35-39 mujer
- 40-44 mujer



cuatro años. Pero aún en este caso doblan al resto de las mujeres por encima de los cuarenta y cinco, entre quienes tan sólo el 18% tiene titulación universitaria.

La vida por delante

Es un lugar común hablar del retraso con que los jóvenes de hoy abandonan el domicilio familiar. La carestía de la vivienda, la incertidumbre en el empleo, la comodidad, el complejo de *Peter Pan*... un cúmulo de factores “objetivos” y “subjetivos” que se alían para entorpecer la entrada de estos jóvenes en la fase definitivamente adulta de sus vidas: vivir exclusivamente de su trabajo personal, formar un hogar, construir una familia... Hasta que ya son sobradamente treintañeros casi una cuarta parte sigue dependiendo de los padres de una u otra forma. Pasados los treinta y cinco el proceso se acelera, con un 93,2% de emancipados, que llega al 95,6% cuando alcanzan los cuarenta y cuatro años.

Una vez independizados, más del sesenta por ciento de estos jóvenes vive en pareja, fórmula de convivencia que mantiene viva, pero menos, su función reproductiva: el 45% tiene hijos, aunque uno de cada diez comparte vivienda con otros familiares. Los hogares monoparentales representan el 5,2% y uno de cada diez vive solo. Otro 8,7% vive en pisos compartidos o en “otras situaciones de emancipación”.

El retraso de la maternidad, provocado, entre otras razones, por las dificultades para encontrar una vivienda o por las implicaciones negativas que lleva aparejada para el desempeño de un puesto de trabajo, hace que la presencia de los hijos aparezca de forma tardía en relación con las generaciones precedentes. Por esta razón, entre los veinticinco y los treinta y cuatro años, casi una cuarta parte (22,7%) de estos jóvenes vive en pareja sin hijos, muy equilibrados con ese 28,4% que si los tiene, a los que habría que sumar un 3,9% de monoparentales. Con los años los hijos irrumpen con fuerza y en solo cuatro años, los que van desde los treinta y cinco a los treinta y nueve las parejas con hijos son ya casi el doble (55,5%). Y aumentan las monoparentales, llegando hasta el 7,4% cuando ya se han cumplido los cuarenta y cuatro años. En este momento las parejas con hijos constituyen los dos tercios del colectivo estudiado (61,5%). Hijos muy medidos, dado que son tres la media de personas por hogar.

Vivir consigo mismo

Uno de cada diez de los integrantes de las nuevas generaciones de madrileños vive solo. En general se trata de solteros y solteras, lo que se explicaría por la alta representación de las cohortes más jóvenes; el resto están separados, divorciados o viudos. Un pequeño porcentaje (3,8%) declara vivir solo pero estar emparejado sin compartir techo.



22,7%

de los jóvenes
entre veinticinco
y treinta y cuatro años
vive en pareja sin hijos

Gráfico 7

Presencia de los hijos e ingresos familiares por tramos de edad

- pareja con hijos y doble ingreso
- pareja sin hijos y doble ingreso
- pareja con hijos y un ingreso
- pareja sin hijos y un ingreso

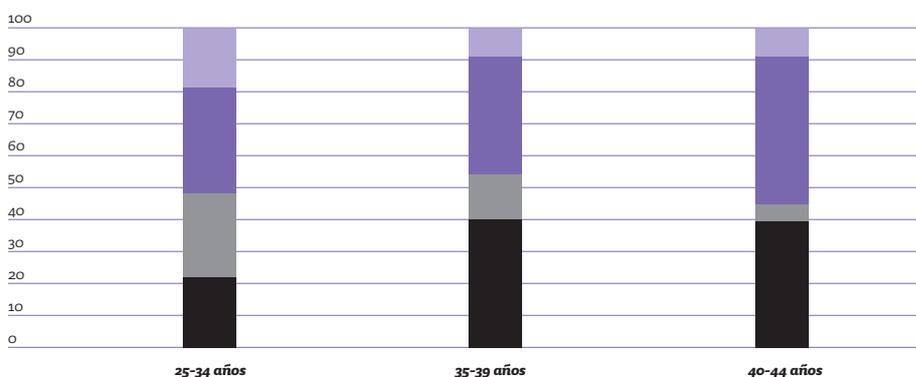
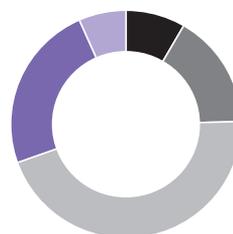


Gráfico 8

Perfil socioeconómico de las nuevas generaciones madrileñas

- alta
- media alta
- media media
- media baja
- baja



23%

de los integrantes de las nuevas generaciones de madrileños son inmigrantes, porcentaje que casi dobla al del conjunto de la población

Gráfico 9

La geografía de los emancipados

- almendra central
- periferia norte
- periferia sur y este

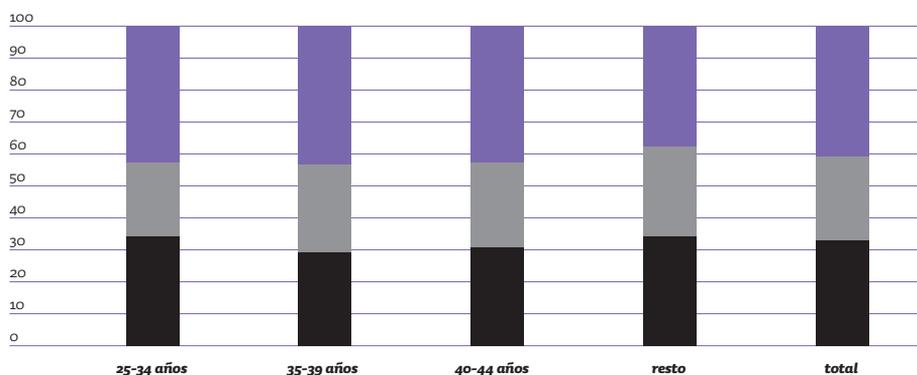
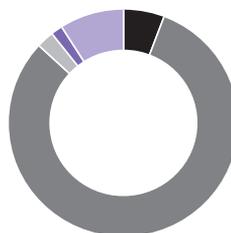


Gráfico 10

Procedencia geográfica de las nuevas generaciones madrileñas

- UE
- Latinoamérica
- África
- Asia
- resto





53%

de las mujeres entre los 25 y los 34 años son universitarias. Cuatro puntos por encima de sus homólogos varones



Entre estos solitarios predominan los varones (63,3%), su nivel de estudios es elevado –más de la mitad son universitarios y son escasos los que tan sólo poseen estudios primarios (9,3%)– y su estatus socioeconómico es más desahogado (el 34,1% se ubican en las clases altas y sólo el 19,7% en las bajas). Significativamente casi la mitad de ellos reside en la almendra central del municipio. Con la edad disminuyen los solteros o las parejas de hecho y aumentan los divorciados y separados. También, lógicamente, viudas y viudos. La mayoría sigue viviendo por su cuenta, aunque algunos han buscado fórmulas alternativas: regresar con los padres, compartir vivienda... La mujer mayor de cuarenta años y con hijos muestra el perfil más habitual del separado. Su nivel de estudios y estatus socioeconómico es inferior al del conjunto.

Una alta tasa de ocupación... masculina

En una coyuntura económica de bonanza al calor de un ciclo económico alcista, a fecha de 2005 la mayoría de estos “jóvenes” madrileños (84,2%) con edades comprendidas entre los veinticinco y los cuarenta y cuatro años, se encontraban activos, buscando o ya incorporados al mercado de trabajo. Cuatro de cada cinco tenían empleo mientras que un 4,3% de ellos se encontraba en el paro. Aproximadamente uno de cada seis se declaraba inactivo por diversas razones: labores del hogar, incapacitados, estudiantes... Comparando con el conjunto de la población mayor de dieciséis años, las tasas de actividad –proporción de personas que forman parte de la población activa–, y de empleo –el cociente entre la población ocupada y la población total en edad de trabajar– son considerablemente superiores: 84,2% y 79,9% frente a 54,8% y 51,1% respectivamente. En cambio, la tasa de ocupación –proporción de activos que se encuentran trabajando– es sólo ligeramente superior a la del conjunto (94,9% frente a

**El 70,6% de las mujeres
entre los 40 y los 44 años se declaran activas.
Antes de cumplir esta edad
lo están en un 83,4%**

93,2%). La tasa de paro –relación porcentual entre la población parada y la población activa– era algo inferior (5,1% frente a 6,8%).

Como desgraciadamente suele ocurrir, al introducir la variable género el panorama se enturbia notablemente: la tasa de empleo femenino en el conjunto de la población madrileña es diecisiete puntos inferior a la masculina, mientras que el paro entre las mujeres dobla al de los varones. Más de nueve de cada diez varones están en activo (91,4%); sólo se encuentran en esta situación algo más de tres de cada cuatro mujeres (77,2%). Y es que las llamadas “labores del hogar” siguen siendo dedicación exclusivamente femenina: 13,6% de las mujeres frente a un casi inexistente 0,1 de los varones. Esta diferencia abismal entre unos y otras crece con la edad. Los activos disminuyen, pero es en las mujeres donde incide fundamentalmente esta caída, de forma que la ocupación femenina baja sustancialmente a partir de los cuarenta años: activas en un 83,4% en edades comprendidas entre los veinticinco y los treinta y cuatro años, desciende hasta el 70,6% entre los cuarenta y los cuarenta y cuatro. Las “amas de casa”, por el contrario, suben desde el 6,3% al 22,3%.

Los hogares con mayores tasas de actividad y ocupación son los unipersonales, seguidos por los monoparentales y los de quienes viven en pisos compartidos. Sin embargo, en estos dos últimos casos, el desempleo afecta bastante más, mientras que en los hogares unipersonales es muy baja. Los hogares formados por parejas sin hijos presentan también una tasa de actividad y de empleo por encima de la media, y una tasa de paro baja. En cambio, en familias con hijos, con o sin otros dependientes, es elevada la presencia de amas de casa. Las personas no emancipadas presentan una tasa de actividad y de ocupación cercana a la media, y una tasa de paro algo superior. Solamente el 9,1% es estudiante. En las parejas con un solo ingreso la inactividad laboral es normalmente femenina, de forma que una de cada tres mujeres están dedicadas las labores del hogar.



**Casi tres cuartas partes
de los jóvenes ya emancipados
residen en viviendas en propiedad (73,5%).
La mayoría todavía se está pagando
la hipoteca (44,5% del total)**

El ingreso familiar

La paulatina incorporación de la mujer al mercado de trabajo hace que en la mitad de las parejas estudiadas ambos miembros dispongan de trabajo remunerado participando activamente en el ingreso familiar. Ocurre, sin embargo, que a media que ganan en edad y empiezan a tener descendencia, la proporción de las parejas con doble ingreso desciende de forma notable. Se da así la paradójica situación de que cuanto menores son las cargas familiares mayor es el nivel de ingresos. Y que, por el contrario, cuanto mayores son las obligaciones desaparece un sueldo en la economía familiar. Sueldo que corresponde al de la mujer, prácticamente al ciento por ciento, quien abandona su carrera profesional para dedicarse *full time* a la familia. Lo que denuncia –entraremos a fondo en ello en los capítulos posteriores– serias dificultades en el terreno de la conciliación entre familia y trabajo.

A la sombra de la hipoteca

¿Cómo se llega a fin de mes? ¿Hay margen para el ahorro? En otras palabras, los ingresos percibidos por estos jóvenes, buena parte de los cuales se engloban dentro de la generación que se ha dado llamar *mileurista*, ¿son suficientes? Por sorprendente que pueda parecer siete de cada diez entrevistados consideran que sus ingresos son adecuados o incluso desahogados (46,4% y 23,4% respectivamente). Curiosamente estos últimos privilegiados forman un colectivo similar a los que dicen que sus ingresos son claramente insuficientes (24,9%). Percepción de insatisfacción que es más elevada en estos jóvenes ya maduros a los que el mayor nivel de cargas familiares, el abandono del puesto de trabajo por parte de alguno de los miembros de la pareja –la mujer normalmente– hace que el nivel de insatisfacción suba hasta el 33,9% de ellos. En esta situación de aparente bonanza salarial no es oro todo lo que reluce: tan sólo un

4,1% declara poder ahorrar algo tras superar el último día del mes. Situación que incluso sólo alcanza al 6,5% de las parejas sin hijos con doble ingreso, es decir, las que se encontrarían en el mejor escenario posible para poder alcanzar tal objetivo. Claramente es el factor carestía de la vivienda el que anula toda capacidad de ahorro. Carestía a la que se suma la falta de oferta de vivienda en alquiler. Casi tres cuartas partes de los jóvenes ya emancipados residen en viviendas en propiedad (73,5%). La mayoría estaba pagando todavía la hipoteca (44,5% del total). Algo más de uno de cada cinco se encuentra en situación de alquiler (22,0%) mientras que un 30% ya ha pagado totalmente su propiedad. Entre los más jóvenes es más frecuente el alquiler, mientras que a medida que aumenta la edad se incrementa la vivienda en propiedad. Y disminuyen las hipotecas, algo cuyo comportamiento habrá que analizar en el futuro dados los prolongadísimos plazos con que se han venido concediendo los créditos hasta el último trimestre de 2007.

Perfil de clase media

Desde el punto de vista del estatus social, estas generaciones presentan un perfil socioeconómico medio (44,7%), siete puntos más alto, en cualquier caso, que el promedio de la población madrileña. En los extremos, son más numerosos los de nivel medio bajo o bajo (30,3%) que los de nivel alto y medio alto (24,4%), aunque estos últimos se sitúan seis puntos por encima del conjunto de los madrileños. La edad, las responsabilidades familiares, los hijos fundamentalmente, y su corolario, el abandono por parte de la mujer de la actividad laboral remunerada, hacen que aumenten los niveles socioeconómicos más bajos entre los entrevistados: 26,7% entre los 25 y 34 años porcentaje que crece hasta el 35,6% entre los 40 y 44 años. Con todo, esta presencia de las llamadas “clases inferiores” es más elevada aún (48,4%) en el conjunto de la población madrileña.

Como no podía ser de otra forma, son los solitarios con empleo y las parejas de doble ingreso y sin hijos los que muestran mayor nivel socioeconómico. Los niveles bajos son más frecuentes entre los entrevistados que viven en pisos compartidos y otras situaciones de emancipación, las parejas con hijos y los hogares monoparentales. En la zona baja de la escala aparecen las parejas con hijos y un solo ingreso. En los niveles alto y medio se sitúan las parejas sin hijos y con doble ingreso (31,6%).

La geografía de los emancipados

Estos madrileños y madrileñas, una vez que se emancipan de los padres, buscan, o mejor, encuentran su residencia principalmente en la periferia sur y este de Madrid (42,9%). Un tercio de ellos reside en la almendra central (32,6%) y otra cuarta parte lo hace en

la periferia norte (24,5%). En las tres zonas residenciales se observa una similar presencia de personas con estatus socioeconómico medio, siendo mayor el peso en la almendra central de los situados en los niveles altos (33,7%). La periferia sur, siguiendo el tradicional modelo de segregación espacial del municipio de Madrid, se especializa más en los niveles bajos (39,1%). En ambas periferias es mayor la presencia de las parejas con hijos, destacando en la sur las parejas con hijos y otros familiares. En cambio, en la almendra central, más cara, es mayor el peso de las parejas sin hijos, los hogares unipersonales y los pisos compartidos.

Madrileños de otras latitudes

La población emancipada a la que se entrevistó fue, en su mayoría, de nacionalidad española. Los provenientes de nacionalidades extranjeras, sin contar la Unión Europea a 15 países, representaron el 12,1% de la muestra. De este colectivo sobresalen los latinoamericanos (9,9%) y su edad media se sitúa entre los 25 los 34 años (43,7%), cohorte que entre los españoles y el resto europeos comunitarios solo alcanza un 14,6%. Abundan más las mujeres (55,6%), que ocupan mayoritariamente los peldaños bajos de la escala socioeconómica (52,7% frente al 27,3% de españoles y comunitarios). Destaca el elevado número de estos “nuevos madrileños” que residen en pisos compartidos, las parejas con hijos y otros familiares tienen un peso mayor que entre los españoles (17,6%), y es más frecuente en sus hogares la presencia de dependientes y que, si son pareja, tan sólo trabaje uno de ellos.

Hasta aquí el daguerrotipo, la foto fija de esos madrileños y madrileñas que buscan, a trancas a barrancas, su lugar en el mundo en este Madrid cambiante en los albores de un siglo más marcado por la incertidumbre que por las certezas. Retrato de grupo que iremos profundizando en capítulos posteriores poniendo de relieve sus dificultades para la inserción en el panorama laboral, su escala de valores, los roles de género, las barreras que se presentan en el espinoso terreno de la conciliación entre los diversos ámbitos de la vida, el trabajo remunerado, la casa, la familia, el tiempo para uno mismo... Con una especial incidencia en las circunstancias concretas que definen la vida de estas jóvenes mujeres, colectivo que, así que pasen los años, sigue mostrando perfiles claramente diferenciados, situadas, como aún parecen estarlo, entre el techo de cristal en su profesión, las labores del hogar en casa y un cierto desapego, falta de corresponsabilidad, por parte de sus homólogos masculinos. Por más que aparezcan indicios que apuntan hacia un futuro realmente compartido.

“

El escaso grado de corresponsabilidad en las tareas familiares y domésticas por parte de los varones limita el horizonte laboral y profesional de las mujeres, explicando el importante abandono de éstas a partir de los cuarenta años”

Salir a trabajar: aberturas y cerrojos

Al fijar, en el capítulo anterior, las características de estas nuevas generaciones de población madrileña cuyas edades se sitúan entre los 25 y los 44 años se señalaban las elevadas tasas de ocupación que, como novedad, también benefician a las mujeres, al menos hasta que estas entran en los cuarenta. Tasas de ocupación a las que se suman unas moderadas tasa de paro, aunque en este último caso beneficien menos a las mujeres. Estos datos, por sí solos, revelan una importante mejora en relación con tiempos no muy remotos caracterizados por la dificultad con que los jóvenes accedían a su primer empleo. Se habría producido, por tanto, una importante mejora en cuanto al volumen del empleo ofertado. Necesitamos conocer ahora si la calidad del mismo, especialmente en relación con el capital formativo de las nuevas generaciones y sus propias expectativas de carrera profesional está a la altura de los tiempos. Y muy en especial en relación con la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. Para abordar la cuestión, en este capítulo se desarrolla un enfoque que incluye cuatro aspectos complementarios relativos al ámbito laboral: la presentación de los datos objetivos sobre las características del empleo; el discurso que las nuevas generaciones adoptan frente al problema; su opinión sobre las vivencias y la percepción de posibles discriminaciones; finalmente la actitudes del colectivo hacia el trabajo remunerado y las metas laborales.

Una hipótesis de partida, relativa a las características del trabajo remunerado entre las nuevas generaciones, podría enunciarse así: aunque se ha avanzado de manera importante en la incorporación de los jóvenes –y en especial de las mujeres– al mercado laboral, al que llegan con un elevado nivel formativo, la calidad del empleo conseguido es aún una signatura pendiente. Junto a ello, persistiría una situación de desigualdad de oportunidades laborales entre hombre y mujeres, a favor de los primeros, en el acceso, permanencia y crecimiento profesional. Dos factores incidirían en esta situación de desigualdad. En primer término la pervivencia de segregaciones y discri-

minaciones laborales hacia la mujer, ya sea manifiestas o implícitas. En segundo lugar, las especiales dificultades con que las mujeres tropiezan a la hora de conciliar el trabajo con la familia, los hijos especialmente, y el tiempo propio.

Desde el punto de vista de las actitudes hacia el trabajo prima una posición mayoritariamente instrumental: trabajar para obtener ingresos que permitan afrontar las necesidades de una vida lo más confortable posible. Con la introducción en parte de los casos de diferentes variables como el éxito social cuya consecución está estrechamente relacionada con la carrera profesional. Entre las mujeres éstas tienden a construir su propia identidad, de forma mucho más acentuada que en las generaciones precedentes, a través de una relación más estrecha con la carrera profesional. Pero sin que este objetivo les impida mantener un nexo equilibrado e intenso con el mundo de lo personal y lo familiar. Mucho menos con lo doméstico, en franco retroceso. Ellas estarían apostando por la complejidad y el equilibrio de las distintas funciones vitales sin que ninguna de ellas se sobreponga a las otras hasta el punto de excluirlas.

Trabajar fuera de casa

Trabajar fuera de casa por un salario ha sido, desde siempre, la ocupación principal de los varones, lo que les absorbe la mayor parte de su tiempo. Es algo que no parece haberse modificado con el tiempo. Por contra, la relación de las mujeres con el mundo laboral sí ha experimentado relevantes transformaciones en relación con las generaciones precedentes. Si se pregunta a una mujer próxima a los cuarenta y cuatro años sobre qué representa para ella salir a trabajar, un marcado utilitarismo se desprende de su respuesta: se trata, dirán, de un medio a través del cual conseguir una remuneración. Salir de casa para aumentar los ingresos familiares, vínculo que también unía a sus madres con el trabajo remunerado. Faltaría, por tanto, una relación subjetiva entre estas mujeres de más edad y el mundo profesional-laboral. Y deja entrever, además, una cierta posición de partida de la mujer, un cierto grado de extrañamiento frente a un ámbito que no consideran como propio. Como es comprensible, este nexo utilitarista de las mujeres con lo laboral es más pronunciado en aquellos casos en los que hay verdadera necesidad de traer a casa más dinero. En tales circunstancias se encontrarían de forma muy marcada los hogares monoparentales y la población inmigrante.

Esta actitud de las mujeres mayores, siempre dentro del colectivo entre los 25 y los 44 años, contrasta de forma significativa con las más jóvenes y con la de los varones. En las mujeres más jóvenes el hecho de trabajar despunta como un espacio abierto a la subjetividad, en el que se hace posible encontrar un terreno de autonomía personal e independencia. Un medio a través del cual sentirse “realizada” y en el que poner so-

* El empleo por actividad

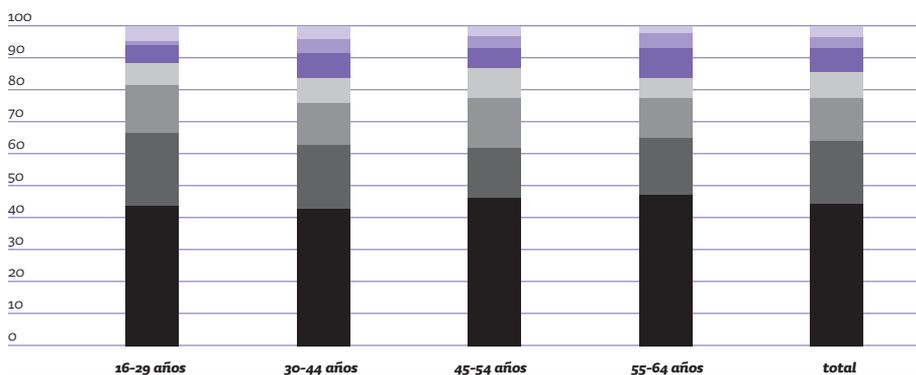
En Madrid son los empleados de los servicios los que más ocupaciones absorben: un 42,9%, entre los que destacan los empleados administrativos (20,1%) junto a unos menores porcentajes, pero también elevados, en hostelería, servicios personales y limpieza (10,7%), y en comercio (6,9%). Los propietarios y directivos son una minoría, el 3,2% de los ocupados madrileños, mientras que el cuerpo de profesionales, bastante heterogéneo, es considerablemente numeroso (18,8%). Los empleados de la construcción, la industria y los transportes apenas suponen un 13,5%. El ranking ocupacional en la población entre 30 y 45 años no difiere sensiblemente de esta distribución general. De hecho está encabezado por los empleados administrativos, los informáticos y profesionales en ciencias e ingenierías, los dependientes de comercio y los agentes comerciales: entre todos agrupan el 35% de los empleos. Sin embargo la distribución ocupacional de la población madrileña por grupos de edad muestra

diferencias significativas. Se advierte una mayor proporción de las categorías de técnicos y profesionales en las edades más jóvenes en las cohortes 16 a 29 y 30 a 44 (22 y 19% respectivamente), algo que se amortigua con los años hasta desaparecer en el pequeño colectivo de ocupados mayores de 65 años. Un segundo rasgo diferencial que afecta especialmente al colectivo situado entre los 30 y los 44 años es la significativa mayor proporción de directivos (2,2%) del ámbito privado y público que solo encuentra parangón en la cohorte posterior, entre los de 45 a 54, y que está ausente en las otras. Sólo la subcategoría propietarios de pequeños establecimientos tiene su mayor presentación entre los maduros de más de 55 años. Parece por tanto que la renovación etaria de los puestos directivos sería un hecho entre las empresas de Madrid capital. Destaca, por otra parte la preeminencia de los trabajadores no cualificados de los servicios en todas las cohortes de edad. Y la renovación juvenil de los trabajadores de la industria y la construcción.

Gráfico 11

Ocupaciones agrupadas según edad

- empleados y trabajadores no cualificados de los servicios
- técnicos y profesionales
- trabajadores industria, construcción y transporte
- personal sanitario
- personal docente
- directivos y propietarios
- resto ocupaciones



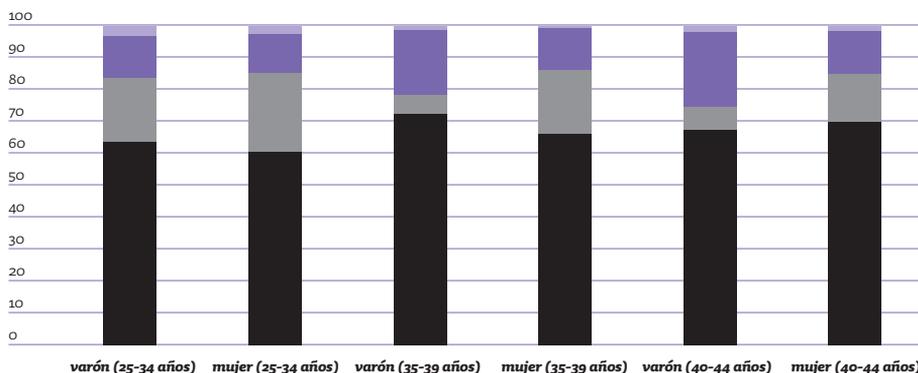
* Empleo y calidad

Son los hombres quienes consiguen los mejores empleos: el 56% de los directivos y el 64% de los propietarios. Situación que se repite al alza entre técnicos, profesionales, informáticos, por encima del 70% en todos los casos; en mayor medida aún están representados en el grupo de la industria, transporte y construcción (78,2%). Mientras, las mujeres son mucho más numerosas entre el personal sanitario inferior (83% en enfermería), el personal docente, salvo los puestos de nivel superior, y también en los empleados no cualificados en servicios personales (77%). Entre los empleados de trato directo con el público la presencia de hombres y mujeres está más equilibrada. El peso del personal sanitario y docente crece entre las mujeres más maduras, de 40 a 44 años (13,9% y 11,4%). Los técnicos y profesionales tienen una elevada representación entre los varones de 25 a 39 años, mientras que para las mujeres es más reciente, estando más representados entre los 25 y los 34 años, para luego decaer. Aproximadamente la mitad de las mujeres son empleadas no cualificadas de los servicios en las tres cohortes de edad, mientras que para los hombres es mayor su peso entre los 40 y 44 años. Por su parte los empleados de la industria, construcción y transportes –donde las jóvenes apenas aparecen– aumentan con la edad entre los varones.

Gráfico 12

Temporalidad, empleo y autoempleo

- un empleado fijo (con contrato indefinido)
- un empleado eventual o temporal
- autoempleados
- otros, ns/nc



Asalariados y autónomos

En las edades jóvenes aparece una mayoría de asalariados: 87% antes de los treinta años, 81% después. El contrato indefinido, sin embargo, se asienta con los años de trabajo: 47% antes de cumplir la treintena, 68% después. También crece con la edad el autoempleo, el doble, con un 11,9% de autónomos a partir de los 30 años. En la población entre 30 y 44 años la variable género pone de manifiesto la mayor tasa de temporalidad contractual en las mujeres (19% frente a 9%); y la menor presencia de estas entre los empresarios (2,8% frente al 4,3% de los varones) y de los trabajadores autónomos.

El empleo temporal es más frecuente entre las mujeres que entre los hombres más jóvenes (25,6% frente a 20,3%). Además desciende de manera más acusada para los segundos a medida que aumenta la edad: para la cohorte 40 a 44 años son temporeros el 7,2% de los hombres frente al 15,7% de las mujeres. En cambio, el autoempleo, aumenta significativamente entre los varones y se mantiene entre las mujeres, alcanzando para la cohorte 40 a 44 años el 23,1% entre los primeros y el 12,7% entre las segundas.

bre la mesa capacidades y aptitudes que permiten “desarrollarse” y “crecer como persona”. No se trata ya, tan sólo, de ganarse la vida, de “obtener dinero” como ocurre con sus congéneres de mayor edad.

—*Trabajas por tener tu propio dinero para salir, para entrar... Para lo que quieras. Para tener un mínimo de independencia. (Grupo de Discusión 1)*

—*¿El trabajo? A mi no me disgusta. Me llena. Me aporta algo y me siento realizada. Ves que haces las cosas, y que las haces bien, que te sientes útil. (Grupo de Discusión 2)*

Contrasta también con la posición de los varones. El vínculo de estos con lo laboral es de una firmeza contrastada. A fin de cuentas es “su mundo”, un espacio que les es propio, que les pertenece, la herramienta principal para su inserción social. A veces, escuchando a algunos hombres podría llegarse a pensar que su vida comienza y termina, sólo tiene sentido a través del vínculo que les liga a su carrera profesional.

—*Para los varones el trabajo es su forma de vida. O sea, es lo público. Estar fuera. (...)*
Para el hombre es su forma de vida. Es su forma de relacionarse. (EA. Técnico)

Son las mujeres de más edad y, en particular, las que disponen de una experiencia laboral más reducida, o directamente inexistente, las que padecen de forma muy viva la devaluación que las tareas familiares y, sobre todo, las domésticas, sufren a ojos de una sociedad de orientación masculina que valora el éxito o el fracaso exclusivamente ceñido a la carrera profesional, el dinero, el estatus alcanzado. Hasta el punto de que estar fuera de lo laboral vendría a representar, hoy por hoy, una suerte de exclusión. Si no trabajas, si no tienes éxito, estás muerto socialmente. Esta percepción, extraordinariamente extendida, hace que entre las mujeres más jóvenes y más formadas se produzca un alejamiento de lo familiar y, sobre todo, de las tareas domésticas, ámbito que comienzan a percibir como un espacio ajeno o, cuando menos, que no les pertenece en régimen de exclusividad. Al mismo tiempo, establecen con el trabajo remunerado un decidido acercamiento al terreno de lo laboral, reproduciendo, de algún modo, la tradicional relación que los varones.

Parece obvio que esta devaluación social de la dedicación a la familia y las tareas domésticas deja en una situación de debilidad a aquellas mujeres con un vínculo más laxo con lo laboral. Muy especialmente a las de mayor edad y menor nivel educativo. Mujeres que, en muchos casos, se habrían entregado en cuerpo y alma a las tareas asociadas a la familia y a lo doméstico y que no encuentran el reconocimiento social capaz de legitimar su posición. De fortalecer su autoestima. Se sienten injustamente maltratadas en función de una discutible variable: si uno u otro trabajo es remunerado o no. Pero

también, y sobre este hecho probablemente no se ha reflexionado de forma suficiente, la devaluación de lo familiar estaría haciendo de obstáculo a la incorporación de los varones a las tareas domésticas y reproductivas. Máxime cuando todavía es muy vigente entre los hombres (sobre todo entre los de mayor edad) un determinado discurso estigmatizador y despectivo del varón que asume la corresponsabilidad en las tareas domésticas y familiares.

Estrategias

e itinerarios para la inserción laboral

Esta novedosa posición de las mujeres más jóvenes ante el mundo de lo laboral afecta a su percepción de la labor de inserción profesional y, en menor medida, a las estrategias y a los itinerarios para su inserción en el mercado de trabajo. En relación con las estrategias para la inserción laboral apenas aparecen diferencias significativas con respecto a las herramientas que utilizan las mujeres de mayor edad. Predomina el recurso a los cauces informales: amistades, influencias familiares, anuncios en la prensa, currículos colgados en internet...

—Yo cogí el Segundamano, y empecé a llamar. Cogí un listado de empresas y empecé a echar curriculum. (Grupo de Discusión 2)

—La familia influye mucho, porque si no fuera por mi familia a lo mejor no hubiese encontrado trabajo pronto. (EA. Mujer inmigrante)

Esta forma de abordar el salto al mundo del trabajo es extraordinariamente expresivo del deficiente funcionamiento de cauces más formales vinculados a la inserción laboral. En particular de los servicios de empleo que apadrinan diferentes Administraciones. Tampoco se encuentran diferencias significativas entre los varones y las mujeres en cuanto a los mecanismos a los que recurren para acceder al mercado de trabajo. Sin embargo, un cambio relevante es que, desde hace algunos años, las mujeres especialmente parecen conceder una mayor importancia a la formación como herramienta para obtener trabajo. Constatación que, probablemente, tenga algún tipo de relación con la creciente presencia de mujeres en el mundo universitario y los buenos resultados académicos que estarían obteniendo en relación con sus homólogos varones.

En relación a los itinerarios para la inserción laboral no se detectan cambios significativos que se puedan asociar a cuestiones vinculadas al género o elementos que remitan a la edad. Así, tanto las mujeres (mayores y más jóvenes) como los varones, suelen acceder al mercado de trabajo ocupando niveles profesionales bajos o medio-bajos, sin que se dé una correlación relevante entre el nivel formativo y el puesto de trabajo.

* Público y privado

El año de entrada en el mercado de trabajo es determinante a la hora de encontrar un hueco en el sector público o en la empresa privada. Ambos sectores se han comportado de forma divergente: fuerte crecimiento de la actividad económica en los últimos años y un gran crecimiento de la administración pública en la década de los ochenta que hace que, dada la menor intensidad de las jubilaciones anticipadas, tenga un componente laboral relativamente envejecido y un lento proceso de renovación. Por esta razón, antes de los 45 años se produce una abrumadora mayoría de asalariados en el sector privado (78% antes de los 30 años y casi 70% hasta los 45), frente a porcentajes inferiores al 55% a partir de los 45 años.

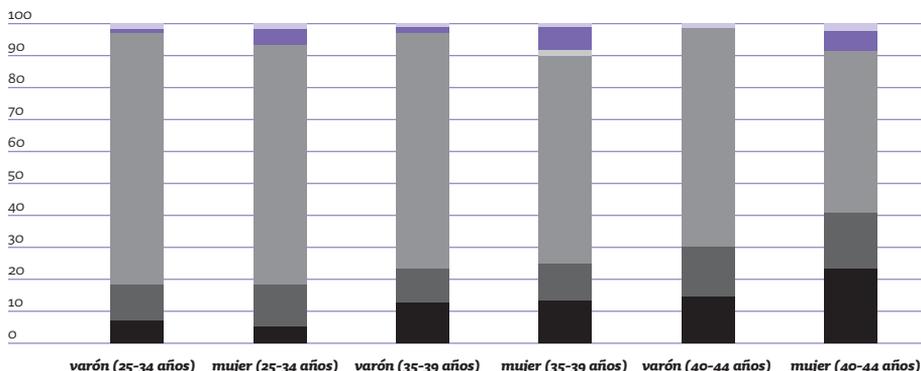
En el colectivo objeto de este libro se aprecia una mayor decantación de las mujeres por el sector público a partir de los treinta años, siendo especialmente alto en el intervalo de edades entre los 40 y los 44 años. Situación que resulta coherente con las más claras oportunidades que para las mujeres ofrece la administración y el conjunto del sector público en

cuanto a acceso, conservación del puesto de trabajo, mejora laboral, conciliación entre el empleo y la familia... Frente a esto, la presencia de los varones en la empresa privada (74%) es incluso mayor que en el conjunto de los madrileños que trabajan. Lo más llamativo es, sin duda, ese 5,5% de mujeres empleadas en el servicio doméstico, situación que, por supuesto, ignoran prácticamente los varones. Ya es importante entre las más jóvenes (3,0%) y aumenta notablemente a partir de los 35 años (6,8% entre las de 35 a 39 años). Esta "dedicación monográfica" de las mujeres al servicio doméstico es clave en la determinación de la variable clase social: es entre las mujeres de 25 a 45 años de clase social baja donde esta dedicación es especialmente relevante con un comportamiento muy similar al del promedio madrileño y notablemente dispar de sus compañeros masculinos. El nivel de estudios marca el tipo y calidad del empleo: un 17,9% de las mujeres con estudios primarios ejerciendo en el servicio doméstico (un 2,9% de los hombres), frente a un 4,0% entre las de estudios secundarios y prácticamente inexistente entre las de estudios universitarios (0,8%).

Gráfico 13

El empleo según titularidad de la empresa

- administración pública
- empresa pública
- empresa privada
- organización sin fines de lucro
- servicio doméstico
- otras respuestas
- ns/nc



71%

**de las mujeres entre 35 y 39 años
trabaja a tiempo parcial
para poder atender a la familia**

* Mando en plaza

Los madrileños y madrileñas con edades situadas entre los 30 y los 45 años ocupan niveles profesionales altos y medios en mayor medida que bajos.

El desarrollo de la carrera profesional hace que los más jóvenes desempeñen con más frecuencia puestos de categoría baja (34%), mientras que entre los 30 y los 44 años la situación cambia radicalmente, con un importante porcentaje de ocupados en puestos de categoría alta (35%). Los puestos técnicos de nivel alto y los de directores gerentes es un segmento que parece propiedad casi exclusiva de los hombres.

En el segmento medio la presencia femenina se distancia claramente en los puestos administrativos y comerciales. En el sector bajo los varones tienen una especial representación entre los obreros especializados. Esa mayor presencia relativa de mujeres en los puestos medios –administrativo y comercial– es máxima antes de los treinta años, pero se mantiene entre los treintañeros, aunque en ese caso con peso similar al del promedio madrileño. El nivel de estudios es decisivo y en el mismo sentido influye el estatus socioeconómico, con un elevado porcentaje de personas de clase alta en puestos de nivel alto (58,3%) y un elevado porcentaje de personas de clase baja en puestos de nivel bajo (55,4%).

Las competencias de control sobre las personas suelen asumirse con más frecuencia entre los 30 y los 44 años (35,8%), con una llamativa merma de dichas competencias a partir de los cuarenta y cinco, que luego se retoma en edades más avanzadas. Nivel de estudios y estatus socioeconómico tienen una importancia decisiva. Combinando género y edad se



observa que son los varones quienes asumen dichas competencias a partir de los treinta años, teniendo el 42,5% de los jóvenes entre 30 y 44 años responsabilidades sobre el trabajo de otras personas. En cambio, son las mujeres más jóvenes, de 25 a 29 años, quienes tienen con mayor frecuencia estas competencias (36,4%), en mayor medida que los jóvenes de esas edades y que las mujeres más mayores. Algo sin duda relacionado con la mejora del nivel formativo de las mujeres más jóvenes.

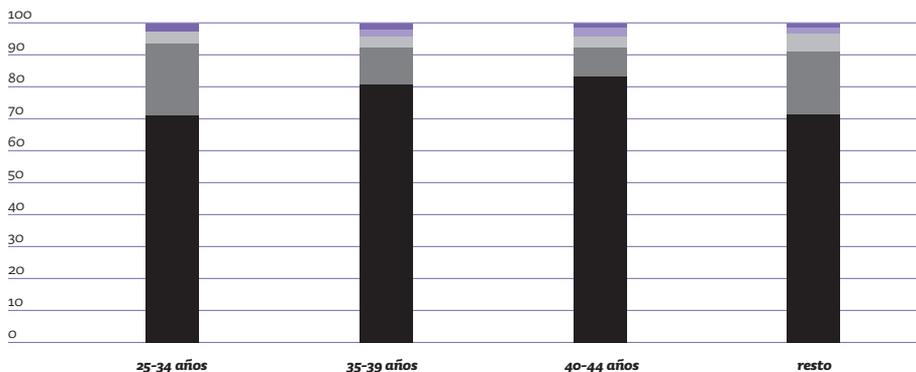
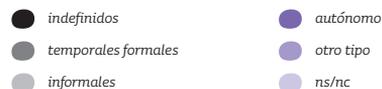
* Fijos, temporeros, discontinuos

Las relaciones laborales de todos los ocupados (incluidos los no asalariados) son mayoritariamente indefinidas (77,0%). Pero aparece un numeroso grupo que mantiene relaciones laborales temporales, sean estas formales (16,2%), o informales (3,5%). Dentro de las relaciones temporales formales las figuras más corrientes son el contrato estacional o de temporada (7,2%) y el contrato por obra o servicio (6,6%). Llama la atención la abundancia de personas que trabajan sin contrato (3,3%). La diferente temporalidad en la relación contractual para las mujeres se ratifica de forma meridiana. De hecho, en general, las condiciones laborales menos favorables son más corrientes entre las mujeres, de las cuales el 20,6% tiene un contrato

temporal, frente al 12,7% de los varones. Son también algunas más las que se encuentran en una situación de informalidad (3,8% frente al 3,2%). La temporalidad afecta sobre todo a la cohorte más joven (25 a 34 años), entre quienes los ocupados con contratos temporales formales alcanzan el 23,7%. Por contra, en las otras dos cohortes de más edad se reduce notablemente la temporalidad, en beneficio de los contratos indefinidos, que superan el 80%. Esta distribución de la temporalidad dista mucho de ser homogénea. Aunque el contrato indefinido es netamente mayoritario también entre las mujeres a partir de los 35 años, el diferencial de temporalidad con lo varones supera los diez puntos. Las dificultades femeninas para conciliar trabajo y familia, o la opción voluntaria por equilibrarlos, no debe ser ajeno a este hecho.

Gráfico 14

Fijos, temporales, discontinuos



* Horarios: sobreocupados y subocupados

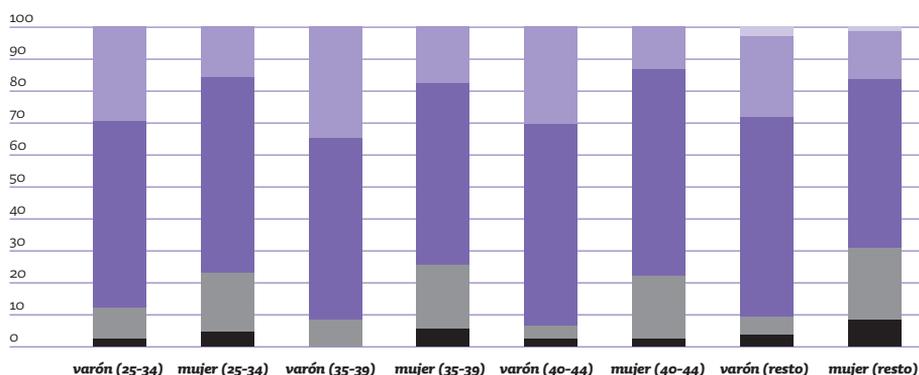
La jornada de trabajo habitual es la que consume entre 36 y 40 horas a la semana (45,8% de los entrevistados). Detrás vienen la de 45 y más horas (14,4%) y la de 31 a 35 horas semanales (14,3%). La mayoría de los ocupados trabajan jornadas completas (60,1%) y los sobreocupados son más (23,0%) que los ocupados a tiempo parcial y los subocupados (16,2%). Los más jóvenes, de 16 a 29 años, la mayoría no emancipados, ofrecen una elevada proporción de subocupación y empleo a tiempo parcial. Son más los varones que las mujeres entre 25 y 44 años los que se encuentran sobreocupados en su trabajo (29,8% frente al 14,8%). Por su parte, las mujeres que trabajan a tiempo parcial (20,1%) o subocupadas (3,9%) son más del doble que los varones (8,1% y 1,7% respectivamente). La mayor sobreocupación de los varones comienza en la cohorte más joven y es especialmente fuerte entre los 35 y 39 años (34,2%), coincidiendo con la mayor temporalidad en las mujeres y con la presencia de hijos. Sin embargo el porcentaje del colectivo de 35-39

años trabajando a jornada completa es similar en ambos géneros, lo cual no ocurre en el resto de edades, en las cuales son más los varones que trabajan a tiempo completo, y más las mujeres subocupadas. Cuanto más bajo es el estatus menos horas se trabaja.

Un 13,5% de los entrevistados trabaja a tiempo parcial. ¿Por qué? Lo más habitual es que se encuentren en esta situación por la necesidad de atender a la familia, los hijos o la casa (71,1% de las mujeres y 14,3% para los varones entre 35 y 39). En menor medida se señala la no necesidad de trabajar más, los estudios y el que esté así estipulado en el contrato (12%). Atendiendo al nivel de estudios, las mujeres con estudios primarios son las más afectadas (50%) mientras que cuando los estudios son secundarios (32,5%) o universitarios (27,7%) responden en menor medida. La variable que más influye en el trabajo a tiempo parcial, especialmente entre las mujeres es la presencia de personas dependientes en la casa. Cuando no hay dependientes en el hogar, las diferencias por género son prácticamente inexistentes.

Gráfico 15

Sobreocupación y subocupación en el empleo



Las condiciones laborales de los primeros empleos no parecen ser las más deseables en buena parte de los casos: horarios extensos (sobre todo en sectores como el comercio o la hostelería), salarios bajos, falta de contrato laboral en muchos casos y, lo que es más habitual, contratos de corta duración... Estas circunstancias laborales son generalizadas entre la población inmigrante y, en particular, entre las mujeres extranjeras, las cuales, además, suelen estar pluriempleadas para completar sus salarios.

—*En el primer trabajo, pues bueno, más que percibir un salario, te dan así como una propinilla. Sin contrato ni nada. (EA Mujer Hogar monoparental)*

—*Aquí trabajo por la mañana en una empresa de limpieza, y por la tarde trabajo en una empresa de alimentación. (EA. Mujer inmigrante)*

En este contexto, la rotación en el trabajo con el objetivo de alcanzar un mejor puesto es bastante frecuente. Y en este punto comienzan a aparecer las diferencias. A medida que disminuye el nivel formativo y que se incrementa la edad, la rotación apenas se produce. En consecuencia, los itinerarios profesionales son más limitados. En sentido inverso, cuando el nivel formativo es más elevado y la edad gira en torno a los 35 años, la rotación es frecuente ofreciendo unos currícula profesionales más extensos. Otro tanto ocurre con el cambio de empleo como vía para mejorar en salario y las condiciones laborales: es más sencillo a medida que disminuye la edad y aumenta el nivel formativo. Además, es un camino más fácil cuando todavía no se han contraído compromisos y obligaciones, principalmente en forma de vivienda. También encontramos una mayor correlación entre el nivel educativo y el nivel profesional entre las personas más formadas, que suelen ser las personas de menor edad.

—*Es decir: yo no quiero trabajar más en esto. Voy a cambiarme y voy a hacer esto, que es lo que me apetece. Y voy a intentar encontrar algo que se parezca a lo que me apetece. (Grupo de Discusión 1)*

—*Yo me voy de un trabajo cuando no me interesa porque tengo el amparo de vivir en casa de mis padres, de que tengo un plato de comida todos los días. Cuando a mí un trabajo no me ha interesado, pues me he ido. (EA. Mujer joven no emancipada)*

En el momento en que lo laboral deja espacio a lo subjetivo, cuando el trabajo se percibe como un espacio abierto a la creatividad, al desarrollo personal etcétera, la rotación laboral se incrementa. Se busca un mayor acoplamiento del empleo a los objetivos personales del empleado. Por último, es de señalar que, entre las mujeres de menor edad, aparece un discurso más crítico hacia lo que podríamos definir como conductas discriminatorias en el proceso de inserción y desempeño laboral.

70%

de las mujeres entre 30 y 44 años hacen la doble jornada, trabajo y familia, frente al 40% de los varones

* Partir o no la jornada

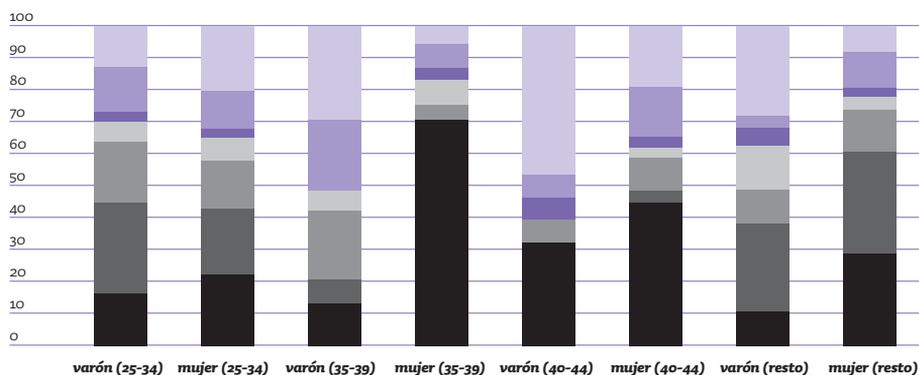
La distribución de las horas de trabajo a lo largo del día es un factor fundamental a la hora de abordar el problema de la conciliación familia-trabajo. En Madrid predomina, entre el colectivo analizado, la jornada partida (45,0%). Aunque también son numerosos los tienen horario continuo (22,9%) y resulta llamativo ese 8,0% con horario variable. En último lugar aparece el trabajo a turnos (4,5%). Todas las cohortes tienen en mayor medida horario partido, lo cual dificulta la conciliación, siendo más frecuente en la más joven (47,5%) y disminuye algo con la edad (41,6% entre los 40 y 44 años). Combinando género y edad se observa que

el horario partido es más habitual entre los hombres, por encima del 50% en todas las cohortes etarias. En cambio, para las mujeres esta organización de la jornada es menor y desciende con la edad (28,3% entre las de 40 a 44 años). Nos encontramos, por tanto, con una distribución del trabajo entre géneros acorde con la mayor asunción por parte de las mujeres de las tareas domésticas y familiares, esto es, con un planteamiento de la conciliación y la corresponsabilidad claramente asimétricos. Aunque exista un porcentaje importante de varones que, por horarios, también podrían hacerse cargo de esta responsabilidad. Pero esta posibilidad casi nunca se materializa en la práctica.

Gráfico 16

Razones para acogerse al empleo a tiempo parcial

- para atender a su familia, sus hijos, su casa
- para poder estudiar
- porque no necesita trabajar más
- porque trabaja sólo para divertirse, para salir de casa
- otras respuestas
- el contrato/la empresa/el sector lo estipula
- ns/nc



* La “doble jornada”: trabajo y familia

Sólo un 40% de los encuestados se dedican en exclusiva a su actividad remunerada, mientras que un 45,5% la simultanea con las actividades reproductivas y familiares y otro 17,8% con las formativas. La edad es una variable importante, pero factor clave es el género. ¿Se percibe una mayor corresponsabilidad? Algo más, pero no demasiado. De hecho casi un 70% de las mujeres de 30 a 44 años en esta situación reconoce atender también las tareas domésticas por apenas un 40% de los varones.

Combinando género y edad, las mujeres ocupadas, además de su trabajo remunerado estudian más que los varones, especialmente entre los 25 y 34 años (27,8% frente a 20,6%). Sin embargo, también se ocupan de las labores del hogar y reproductivas casi el doble que los varones de esas mismas edades (54,3% frente a 30,6%). Entre los 35 y 44 años, los varones ocupados incrementan su dedicación al hogar y los niños en unos diez puntos porcentuales (en torno al 40%), mientras que las mujeres lo incrementan en casi veinte puntos. Si en la pareja trabajan ambos miembros es mayor la dedicación de las mujeres a las labores domésticas y reproductivas (76,7%). Si trabaja uno solo esta dedicación es menor (59,3%). Si además hay dependientes en la casa, el 84,1% de las mujeres ocupadas en parejas de doble ingreso realizan dichas tareas, mientras que si solamente trabaja uno de los miembros es el 76,3%. Aquí resulta interesante observar en primer lugar, si en este colectivo prioritario de nuestra investigación –parejas de doble ingreso con hijos– el diferencial de pluriactividad según sexo (trabajo remunerado / no remunerado doméstico-reproductivo) se mantiene o disminuye. Y en segundo lugar, si ese diferencial es mayor o menor que en el resto de cohortes de edad en esas misma situación. En el primer caso, el diferencial es de 39 puntos “desfavorables” en corresponsabilidad para las mujeres; muy por encima a la misma situación en parejas sin hijos. En el segundo caso el diferencial es de 42 puntos. Se puede afirmar, por tanto, que la percepción que tienen hombres y mujeres de la corresponsabilidad en las labores no remuneradas cuando ambos trabajan y tienen hijos revela una asimetría asumida que no mejora especialmente sino más bien al contrario la situación de las mujeres en esos casos especialmente desfavorables. En cuanto al estatus socioeconómico, son las mujeres de niveles bajos quienes en mayor medida llevan a cabo la “doble jornada”, alcanzando al 83,7%. Entre las de estatus medio esto afecta al 63,2%.



Otras formas de trabajar

En una época caracterizada por la flexibilidad –contractual, espacial y temporal– merece la pena observar cómo afecta esta a las nuevas generaciones de madrileños. El trabajo remunerado desarrollado desde el propio domicilio no parece estar relacionado con la edad y de hecho afecta a un 17% de la población entre 30 y 44 años, sólo ligeramente superior al promedio. Trabajar los sábados, sin embargo, es más corriente cuanto más joven es el sujeto entrevistado, y así sucede entre quienes tienen menos de 30 años (46%); también acontece en nuestro grupo de estudio pero decrece algo respecto a la cohorte precedente. En los domingos (27%) y las noches (17%), en cambio, la diferencia es escasa. Se observa que la mayor frecuencia de trabajo en sábados –en muchos casos complementario a los estudios– es mayor entre los jóvenes de la primera cohorte (44,7%) y decrece con la edad, siendo menor que la media en la cohorte mayor, de 40 a 44 años (38,4%). Según el género se encuentran pocas diferencias, aunque los varones trabajan algo más tanto en su domicilio como durante los sábados y los domingos y por la noche. Cuanto mayor es la titulación académica y más alto su estatus social más habitual es el trabajo en el propio domicilio, en buena medida ligado al desarrollo de las tecnologías de la información, a la importante presencia de profesionales por cuenta propia en el colectivo analizado, y al hecho de que muchos trabajan por objetivos.

* **La discriminación laboral**

El 25% de quienes en la actualidad se encuentran ocupados, o lo han estado anteriormente, se ha sentido discriminado en alguna ocasión, sea de manera excepcional (14%), ocasional (6,8%) o cotidiana (4,0%). Es precisamente nuestro grupo central de análisis el que registra un mayor percepción de discriminación, bien es verdad que de forma excepcional, mientras que a partir de los 54 años estos episodios parecen disminuir de manera clara. Si combinamos las variables de género y edad se advierte que dicha sensación es sumamente frecuente entre las mujeres de 30 a 44 años (38%), situación explicable si se tiene en cuenta que, buena parte de ellas, se encuentran en posición de especial fragilidad debido a la maternidad.

Las mujeres se han sentido más discriminadas que los varones, especialmente las comprendidas entre los 40 y 44 años, edades en que cerca de la mitad de ellas declara haberlo experimentado, casi el doble que sus compañeros (44,2% frente al 27,9% de los hombres). En cambio, en el resto de edades, los varones registran una ligera mayor tasa de discriminación, y en el conjunto de la población ocupada la tasa por género es similar. Lo anterior refrenda que el desigual reparto de responsabilidades domésticas y familiares influye en la percepción de discriminación laboral. Cuando en el hogar existe la presencia de personas dependientes es más frecuente la vivencia de discriminación entre las mujeres (40,1%) que entre los hombres (29,7%). Éstos presentan la misma tasa haya o no dependientes en el hogar.

La mayoría de las discriminaciones laborales que padecen las nuevas generaciones de madrileños ocupados se refieren al estatus profesional o laboral (malas relaciones con jefe o compañeros; ejecución del trabajo; etc.) señaladas con mayor frecuencia por los varones (65%). El segundo grupo se refiere a las discriminaciones de tipo sexista, padecidas de forma casi exclusiva por las mujeres (40%). El tercer grupo –dato nada despreciable– lo constituyen las discriminaciones de tipo xenófobo padecido por ambos géneros, lo que nos habla del impacto de la población inmigrante en el mercado laboral madrileño. El resto ocupan un lugar subordinado destacando las psicológicas, acoso sexual y las derivadas de la edad entre los varones.



La visibilidad del techo de cristal

Algo menos de una quinta parte de las mujeres (15%) declara haber experimentado dificultades en la vida laboral relacionadas con su género, en un entorno donde la segmentación del mercado laboral por géneros es tan acusada. La distribución por edades permite ver que la conciencia de haber afrontado especiales dificultades por el hecho de ser mujer es mayor para las que se encuentran entre los 35 y los 44 años y menor entre las más jóvenes y las de más edad. Dos razones pueden explicar estas diferencias. Por una parte, las mujeres más jóvenes no han sido madres, por lo general, lo que seguramente cambie su percepción subjetiva. Por otro lado, las mujeres de más edad tienen los hijos criados, y una formación que probablemente no les oriente a verbalizar su experiencia personal. De hecho la sensación de discriminación aumenta con el nivel de estudios: 26,9% de las mujeres ocupadas con estudios medios y altos frente al 9,1% entre las que no han completado los primarios.

Las circunstancias en las que las mujeres ocupadas encontraron dificultades en el desempeño de su trabajo son diversas. Destacan las que señalan trato sexista (22%), aunque predominan las respuestas sobre la discriminación salarial (29%). Y sin duda la dificultad de acceso a determinados puestos o trabajos (19%) –segregación horizontal/vertical– y la promoción salarial o profesional (13%). Junto a ellas destaca la dificultad para permitir un mayor dedicación al trabajo (12%).

Así son frecuente los casos en los que, durante el proceso de selección de personal, se pregunta a la aspirantes acerca de su intención de ser madres; o por su estado civil. Y se aportan datos sobre casos en los que no se habría tenido en cuenta su experiencia anterior, o sus conocimientos concretos, a la hora de determinar las tareas profesionales que habrán de realizar.

Según el modelo todavía vigente las mujeres, de manera general, parecen tener un mejor acceso a determinados sectores de actividad como el comercio, la hostelería, los servicios administrativos, los servicios de limpieza, sanitarios... Por el contrario, encuentran serias dificultades para acceder a otros considerados excesivamente masculinos: industria, construcción, transporte...

Situaciones estas que comienzan a ser reconocidas como claramente discriminatorias incluso por parte de los varones. Algo a lo que sin duda ayuda que ellos también las sufran a la hora de intentar acceder a sectores económicos que se entiendan como “feminizados”. Curiosamente este es un fenómeno que, por paradójico que parezca, encuentra algún tipo de justificación entre algunas mujeres de edad más elevada asumiendo argumentos propias de los varones: una mujer no puede rendir lo mismo que un hombre porque tiene que encargarse de sus hijos; una mujer no tiene la misma fuerza física que un varón...

—Siendo mujer ya no vas a llegar muy lejos, porque tienes tus meses de maternidad, tienes tus... Entonces, no te quieren como jefa de departamento, no te dan ese tipo de oportunidades. Puedes ser buena en tu trabajo, quieres aspirar a más, pero no te dejan.

—Eso pasa en todas las empresas. Normalmente directivos mujeres hay muy pocos, y toda va muy relacionado a la maternidad. (Grupo de Discusión 1)

—Aunque yo iba con un currículo debajo del brazo que aseguraba que yo venía de trabajar en secciones técnicas, se me destinó a textil. En eso sí que se notó que era mujer: ‘es mujer, pues a doblar ropa’. (EA. Mujer joven no emancipada)

—La mayoría de la gente que se dedica a mi especialidad [informática], dentro de donde estoy metido, es un mundo de hombres. (Varón en Grupo de Discusión 2)

El desempeño laboral

Si en los procesos de inserción laboral apuntan determinadas prácticas asociadas a la discriminación por motivos de género (también por edad, aunque no en proporciones equivalentes), el desempeño laboral es el momento en que la discriminación que sufren las mujeres queda plasmada de modo más crudo.



* **Trabajar, querer, cuidar, disfrutar...**

Es interesante conocer el valor que las nuevas generaciones de madrileños proporcionan a los distintos ámbitos que componen su vida cotidiana: laboral, familiar, sentimental y personal. Con este fin se preguntó en la encuesta qué era lo más y lo menos importante en su vida cotidiana. El trabajo resultó ser lo menos importante: la familia y los hijos ocupan el primer lugar del ranking; el sentimental –la pareja– ocuparía el segundo puesto. El tiempo para uno mismo se sitúa en el tercero.

La variable género introduce matices interesantes. De hecho, aunque ambos coinciden al señalar la familia en el primer lugar del ranking, los varones se decantan con más peso por el ámbito sentimental mientras que las mujeres lo hacen por el de lo personal. Como es natural, la familia adquiere mayor importancia según se avanza en la edad y aparecen los hijos. Cuanto mayor es el nivel de estudios menos importancia se otorga a la familia y más a lo personal (especialmente entre los universitarios) y a la pareja. El amor al trabajo gana posiciones entre quienes tienen estudios secundarios y universitarios, pero llama la atención el escaso interés relativo que despierta la carrera profesional en todos los niveles formativos. La vida personal es valorada en mayor medida como lo menos importante a medida que disminuye el estatus de las parejas. Indagados por aquello que han debido sacrificar en beneficio del éxito social aparece la familia, pero lo más frecuente es compatibilizar vida familiar y laboral, sacrificando la vida personal (55,5%).

Motivaciones y metas laborales

La mitad de la población afronta el trabajo de una manera pragmática, considerándolo sólo un medio de subsistencia. Algo más de un tercio son quienes ejercen una profesión de manera vocacional (35%). En tercer lugar aparece la independencia que proporciona disponer de autonomía económica (12%). Las mujeres plantean un panorama distinto a sus colegas masculinos: la independencia duplica las menciones, la motivación vocacional es algo más señalado (37%/33%) y el pragmatismo económico es más acusado. Este factor alcanza su máximo en edades avanzadas –también entre las mujeres– y su mínimo entre las mujeres jóvenes, las que más se inclinan por la independencia. En el grupo bajo estudio, el trabajo vocacional es mayoritario entre las mujeres con

estudios universitarios (47,6%), y muy bajo para las que solo cuentan con estudios primarios (14,7%). Menor incluso que en el caso de los hombres (28,4%). Entre éstos últimos, la vocación también aumenta con el nivel de estudios. El objetivo de ganar independencia es mayor entre las mujeres con estudios secundarios (18,1%) mientras que el pragmatismo aumenta cuanto menor es el nivel formativo, destacando entre las mujeres con estudios primarios (70,6%). En cualquier caso, entre los varones universitarios no baja del 50%. El estatus socioeconómico ofrece resultados parecidos. Entre el colectivo de estatus alto predomina el trabajo vocacional, tanto en hombres como en mujeres (en torno al 70%). El trabajo como medio de adquisición de independencia es mayor entre las mujeres de todos los niveles, a excepción del nivel bajo, destacando especialmente en el medio y medio alto (16,5% y 19,3%). El pragmatismo es mayor entre los hombres de niveles medios y altos, y similar entre hombres y mujeres en los niveles bajo y medio bajo (alcanzando el 66,7% entre las mujeres de estatus bajo). La presencia de dependientes en el hogar hace que el colectivo se decante en mayor medida por el pragmatismo, en especial los varones (61,4%). Lo mismo ocurre cuando trabajan ambos miembros de la pareja (62,1%). En consonancia con la motivación básicamente instrumental atribuida a la ocupación retribuida –mal retribuida por cierto– el principal objetivo es mejorar económicamente: algo que se plantea como principal meta un 26%. El segundo objetivo en importancia sin embargo es de claro desapego laboral: trabajar menos y obtener más tiempo libre (17%). A continuación y con peso similar se plantean objetivos de ascenso laboral (12%) –probablemente ligados a la mejora salarial–; divertirse en el trabajo y sentirse a gusto con los compañeros (11,5% cada uno).

Ha desaparecido del horizonte laboral de las nuevas generaciones la obtención de un puesto fijo para toda la vida. En parte porque una elevada proporción tiene ya contrato fijo, pero también por lo en desuso que se encuentra semejante meta. En síntesis: aunque predominan ligeramente los objetivos de tipo instrumental (54%) los de realización personal, convivenciales o lúdicos (45%) no le van a la zaga. En la cohorte más joven adquieren más importancia los objetivos instrumentales: el ascender, ganar bien y tener seguridad laboral y un puesto fijo. A partir de los 35 años se da más importancia al hecho de trabajar menos, encontrarse a gusto en el trabajo...; a partir de los 40 años, también a divertirse trabajando.



* ¿Tesón o fortuna?

Alcanzar los objetivos laborales que uno se propone está íntimamente relacionado con el esfuerzo personal más que con la cobertura de las redes familiares, el azar o la suerte. Es decir que los factores personales activos (empuje, tenacidad) predominan claramente sobre los de tipo pasivo o azarosos (esperar a que llegue lo que uno busca). Y ello sin diferencia de género. Llama la atención, sin embargo, ese 29% que confía en ese segundo tipo de factores. Son los más jóvenes los que más importancia dan a los factores personales de tipo activo (74,2%), mientras que a partir de los 35 años más de un 30% confía en el azar y la suerte. Entre las personas de estatus alto se confía en mayor medida en el esfuerzo personal (76%), ligado a unas expectativas elevadas de jerarquía ocupacional; sin embargo en los niveles bajos también predomina este valor (72%) probablemente por la ausencia de redes familiares de apoyo. En cambio, en las clases medias más del 30% señala los factores pasivos y azarosos.

Finalmente analizamos la percepción que se observa sobre el peso que el “capital humano” y en concreto el formativo –especialmente elevado en las nuevas generaciones– tiene en relación al puesto de trabajo. Las percepciones están equilibradas sobre la relación entre la formación recibida y el empleo que se ejerce: la mitad opina que es amplia y la otra mitad que es escasa. La edad explica en parte tal polarización. Entre los que inician su carrera laboral son mayoría quienes advierten poca relación –probablemente trabajos puntuales de subsistencia– que va mejorando al continuar su trayectoria. Por otra parte la población de

más edad ocupada, como es lógico dados los cambios en le mercado, mayoritariamente encuentra una relación casi nula con su nivel formativo.

En nuestro grupo de estudio central –30 a 44 años– son más (52%) los que encuentran relación entre formación y éxito que lo contrario, aunque en los valores polares predominan ligeramente los negativos sobre los positivos. Percepción que decae entre los adultos de 45 a 54, especialmente afectados por los cambios tecnológicos y laborales. Son más las mujeres que encuentran relación (53,7%) que los varones (50,5%). Entre éstos últimos predominan los valores polares negativos (35,0%) sobre los positivos (30,7%). Pero en las edades no jóvenes las mujeres encuentran una menor relación que los hombres. Como es lógico, el grado de relación está estrechamente relacionado con el nivel de estudios: a medida que aumenta éste se percibe una relación más estrecha entre estudios y empleo. La polarización se observa claramente atendiendo a los grupos de estatus. Así los entrevistados de condición socioeconómica alta expresan mayoritariamente que existe relación entre la formación recibida y el empleo que se ejerce (en torno al 70%), opinión que disminuye progresivamente hasta alcanzar el 18,2% entre los jóvenes de estatus bajo.

Se hablará entonces de puestos de trabajo “reservados para los hombres” o de políticas de personal “machistas”. Se pondrán sobre la mesa datos de estudios recientes en los que se concluye que las mujeres cobran hasta un 40% menos que los varones desempeñando idénticas tareas. Se recupera el concepto de “techo de cristal”, etc. Nuevamente, y de forma igualmente paradójica, también aparecen en este terreno mujeres a las que tales hechos discriminatorios se les pasan por alto o, simplemente, no los perciben en su entorno laboral. Incluso hay quienes culpan a las propias mujeres de los límites con los que se encuentran en el desarrollo de su actividad profesional.

—Hoy por hoy, hay una igualdad en la zona de trabajo, de dirección y de todo. Si no la hay es porque la mujer no quiere, ¿me entiendes? Porque no quiere avanzar en su trabajo. (Grupo de Discusión 4)

Sin embargo, es en el desempeño laboral cuando se evidencian de manera más palpable las dificultades a las que han de hacer frente las mujeres; principalmente por la acumulación de tareas que vienen a sumarse a las propias de su trabajo. Es aquí cuando las tareas domésticas, junto con las cargas familiares, asoman como serios obstáculos, no sólo al desempeño profesional, sino incluso a la continuidad misma en el mercado de trabajo. Y es en este momento cuando la corresponsabilidad se echa más en falta. Especialmente por parte de las mujeres de mediana edad. Es también la ocasión en que se pone sobre la mesa la idea conciliar lo laboral con lo familiar. Y aparece esa suerte de nudo gordiano del problema: es en las mujeres donde descansan las tareas domésticas y familiares; la mayor parte de ellas al menos. Tienen que disponer de una especial habilidad para conjugar todas las labores que cargan sobre sus espaldas, pues se entiende, y la mayor parte de las mujeres así lo comprenden, que la conciliación es una tarea que les compete a ellas. Y al admitir que son las mujeres quienes deben conciliar, se estaría aceptando, de algún modo, que, en cierta medida, el ámbito de lo doméstico y de lo familiar son competencia suya. Cuando aparece el varón, que no se ve en la situación de conciliar, su participación en las labores domésticas y familiares, además de escasa es tutelada por las mujeres. Por decirlo de un modo gráfico: si puede evitar su participación, lo hace. Pese a que cada vez comienza a ser más viva –y sentida– la presión social para la incorporación de los varones en lo doméstico y en lo familiar.

Sobre esta cuestión volveremos más adelante. Únicamente señalar ahora que la acumulación de las tareas vinculadas a lo doméstico y a lo familiar en la figura de la mujer interpone un serio obstáculo no sólo al desempeño laboral sino, incluso, a la continuidad en el mundo del trabajo. Son numerosas las mujeres que han tenido que pedir excedencias, reducciones de jornada, cambios de tareas dentro de la empresa,

15%

**de las mujeres madrileñas
percibe dificultades derivadas
de trabajar**



cambios de horarios... En algunos casos cambios de empleo, buscando algún otro cuyos horarios y exigencias se amolden mejor a las funciones que desempeñan en lo doméstico y en lo familiar. Semejantes decisiones merman las remuneraciones y acotan sus posibilidades de promoción profesional. Y en ocasiones extremas el abandono temporal o definitivo del mercado de trabajo ante la imposibilidad de realizar todas las tareas del modo en que desean o se espera de ellas.

—Yo tuve un conflicto con mi marido porque me dijo que por qué quería aumentar mi jornada de trabajo [tenía una reducción de jornada], y le dije que era porque yo quería profesionalmente desarrollarme. (Grupo de Discusión 1)

En la medida en que su vínculo con lo laboral es más débil, o en cuanto es una relación de carácter marcadamente utilitarista, las mujeres de mayor edad parecen asumir mejor el abandono del mercado de trabajo o, en el mejor de los casos, su recolocación en el mismo. Más reactivas son las mujeres de menor edad y con mayor nivel formativo, en cuanto establecen con lo laboral un vínculo que traspasa lo utilitario y se abre a lo subjetivo. Además, para buena parte de estas, el abandono de lo laboral tan siquiera es una posibilidad real, sobre todo, por los compromisos asociados a la adquisición de una vivienda. Son estas mujeres que no pueden permitirse abandonar su trabajo pero que, al mismo tiempo, cargan con buena parte de las tareas domésticas y familiares, las que se encuentran en una auténtica encrucijada. Situación que se produce con especial crudeza en los hogares monoparentales y entre la población inmigrante. En último término, son las que necesitan un mayor número de recursos y de servicios.

—Ha cambiado muchísimo. Ahora lo necesito [el trabajo]. No me puedo permitir el lujo de que porque no cubra mis expectativas o porque me caiga mal alguien diga:

La percepción de la discriminación laboral es una cuestión de género y corresponsabilidad familiar. Resulta ser el doble entre las mujeres, a partir de los treinta años, que entre los hombres y se acentúa con la llegada de los hijos/as

‘mira, lo dejo, ya buscaré otra cosa’. Ahora tienes que pagar una letra, unos gastos...

(EA Mujer Hogar monoparental)

—En el momento en que yo tenga que pagar una vivienda, que es un dineral, pues claro, si mi jefe me dice: ‘haz turno partido y haz el pino-puente’, pues yo hago el turno partido y el pino-puente. (EA. Mujer joven no emancipada)

La continuidad en el mercado de trabajo

La continuidad de la mujer en el mercado de trabajo es, por tanto, esencial para algunas familias: jóvenes, monoparentales, inmigrantes. Es en este punto donde los participantes en los grupos de discusión recuperan el discurso del utilitarismo, el trabajo remunerado como mecanismo para emanciparse, para adquirir una vivienda, para poder viajar, para adquirir un vehículo... Para responder a las obligaciones contraídas en forma de hipoteca o para permitirse un cierto nivel de vida al que no se quiere renunciar. En esta tesitura, las mujeres jóvenes se encuentran en una encrucijada que las mujeres más mayores no parecieron conocer o conocieron con otras características. Para las primeras su proyecto de vida, su emancipación, sus planes de pareja, la adquisición de una vivienda pasan no sólo por su incorporación al mercado de trabajo sino por la continuidad indefinida en él. No se encuentran en el escenario de las más mayores, que cada vez más pertenece al pasado, en el que la mujer podía abandonar su puesto de trabajo para atender a la familia y las tareas domésticas. Ya no hay una disyuntiva que sea real: la carestía de la vivienda anula la posibilidad de que hombres y mujeres puedan permitirse el lujo de elegir libremente a qué ámbito van a dedicar buena parte de sus jornadas.

Síntesis y conclusiones

La hipótesis central de este ámbito de estudio se verifica parcialmente en su análisis empírico. Efectivamente se ha avanzado de manera importante en la incorporación cuantitativa de los jóvenes –y en especial de las mujeres– al mercado laboral, al que llegan con un elevado nivel formativo, algo que al principio no es decisivo pero que con los años –pocos– resulta elemento clave en su mejora y crecimiento profesional. En relación a la calidad del empleo conseguido caben dudas razonables. Ocupacional y contractualmente la situación es más positiva que en las anteriores generaciones, pero desde el punto de vista remunerativo es escasamente motivadora, lo que explicaría el despego vocacional hacia él. Además persisten segregaciones y discriminaciones laborales según género y apuntan incipientemente las de tipo xenófobo. Pero tanto o más importante para las carreras profesionales femeninas son las dificultades de las jóvenes de conciliar lo laboral con lo reproductivo, –que sigue recayendo mayoritariamente en ellas– lo que significa situaciones laborales asimétricas entre hombres y mujeres en cuanto a jornadas laborales, dedicación y posibilidades de promoción laboral.

*** Ocupación, segregación y formación**

Las ocupaciones laborales a las que se dedican las nuevas generaciones, especialmente los más jóvenes, una vez superada la etapa inicial de trabajos complementarios o primerizos presenta un perfil más cualificado que el promedio. Destaca la categoría de técnicos y profesionales, incluso de directivos. A partir de los treinta años su perfil profesional se sitúa más en niveles profesionales altos y medios que en los bajos.

A partir de los cuarenta, el perfil profesional se va aproximando al promedio madrileño, aumentando los empleados y trabajadores no cualificados de los servicios, la industria y la construcción.

La importancia del capital formativo en la carrera profesional es fundamental, algo que reconoce la mayoría de los ocupados, especialmente las mujeres jóvenes.

La mejora ocupacional no evita que persistan las segregaciones laborales por razón de género, si bien algo más amortiguadas que en el pasado reciente.

La segregación horizontal se inicia con el asentamiento en la vida laboral, cuando da la cara la tendencia a dividir las profesiones como masculinas o femeninas. Aunque el mayor nivel formativo de las nuevas generaciones matiza esta adscripción forzada. La segregación vertical según género se manifiesta con el transcurso de los años,

cuando se advierte que las posiciones de responsabilidad más alta van a parar a manos de los varones. Habrá que esperar la llegada de los más jóvenes a esta tesitura para analizar si se amortigua o no esta tendencia.

* **Condiciones de trabajo y relación con la familia**

Predomina el trabajo estable con condiciones contractuales que mejoran con los años. El autoempleo también ocupa un lugar relevante, más destacable en niveles socioprofesionales altos pero sintomático en no pocos casos de empleo precario. La temporalidad se produce más en los niveles socioeconómicos bajos.

El trabajo temporal y la jornada reducida obedecen a razones de género, mucho más frecuente entre las mujeres especialmente al llegar la maternidad.

El escaso grado de corresponsabilidad en las tareas familiares y domésticas por parte de los varones limita el horizonte laboral y profesional de las mujeres, explicando el importante abandono de éstas a partir de los cuarenta años.

La sobreocupación masculina contrasta con la subocupación femenina. Cuanto más bajo es el estatus socio-ocupacional menos horas se trabaja.

En los hogares con doble ingreso y dependientes es más frecuente el contrato de jornada reducida entre las mujeres.

Aparece un importante número de varones que, por horario, podría hacerse cargo de las responsabilidades familiares. Sin embargo esta alternativa no parece materializarse en la práctica. De hecho la “doble jornada” es claramente femenina aunque los varones digan participar algo más en las tareas de casa especialmente cuando llegan los hijos. Aunque siempre la mitad de lo que afirman las mujeres.

* **Discriminaciones laborales**

La percepción de la discriminación laboral es una cuestión de género y corresponsabilidad familiar. Resulta ser el doble entre las mujeres, a partir de los treinta años, que entre los hombres. Se acentúa con la llegada de los hijos y aumenta también en los hogares de doble ingreso con dependientes.

Esta conciencia de afrontar especiales dificultades en el mercado laboral por el hecho de ser mujer resulta especialmente acusada entre las que tienen entre 35 y

44 años: trato sexista, diferencias salariales, conciencia del famoso techo de cristal, la barrera invisible que limita el desarrollo profesional de las mujeres.

Un dato preocupante que aparece en la encuesta es la aparición de discriminaciones de carácter xenófobo.

* **El trabajo y las otras ocupaciones**

Para las nuevas generaciones de madrileños el trabajo es bastante menos importante que los hijos y la pareja y algo más que el tiempo para uno mismo.

Las mujeres con estudios son las que más valoran el tiempo propio, aunque siempre por debajo de la familia, los hijos, fundamentalmente.

Son ellas, por otra parte, las que con más frecuencia han de centrarse en la familia, bien mediante la doble jornada, bien renunciando a su carrera profesional.

La obtención de un puesto fijo para toda la vida, obsesión de las generaciones anteriores, ha desaparecido del horizonte vital de las nuevas generaciones. En buena parte de los casos porque ya disfrutaban de un contrato fijo, pero en otros porque tal posibilidad simplemente ya no existe.

Cuanto más desciende el estatus socioeconómico aumentan los objetivos ligados a la mejora salarial y la seguridad en el empleo. Entre los niveles altos, sobreocupados normalmente, la aspiración es trabajar menos.

Alcanzar las metas profesionales deseadas se relaciona más con el esfuerzo personal que con la cobertura de redes familiares, el azar o la suerte.



“

La falta de corresponsabilidad real de los varones en las tareas domésticas y la atención a la familia constituyen hoy en día una de las barreras más importantes en la lucha por la igualdad de géneros”

La familia, ¿cosa de dos?

¿Qué entendemos por “lo familiar”?

Aquel ámbito de la vida personal que contiene un conjunto de tareas asociadas a la atención, en un sentido extenso, de las personas dependientes del núcleo familiar: el deseo de tener niños, su atención diaria, la presencia de discapacitados mayores de edad, el cuidado de padres y abuelos... Tradicionalmente, estas tareas venían siendo incluidas dentro del terreno de lo doméstico, o viceversa, al pertenecer ambas esferas al mundo de lo estrictamente privado. Sin embargo, las actitudes detectadas ante estos dos espacios invitan a diferenciarlos. Los últimos estudios permiten constatar un progresivo alejamiento, devaluación o desprestigio de las tareas domésticas. Por contra, se mantiene un lazo muy sólido, sobre todo por parte de las mujeres, en el terreno de lo familiar, entendido en el sentido restrictivo que se apuntaba unas líneas antes.

Extremos que se pusieron de manifiesto en el capítulo anterior en el que se ponía de relieve la valoración positiva que las nuevas generaciones hacen del ámbito familiar-reproductivo sobre el laboral, doméstico o el personal. También hemos tenido ocasión de observar el impacto que sobre la calidad del empleo y las carreras profesionales –especialmente las femeninas– suponen la aparición de los hijos. Adelantando, como posible explicación, la diferente asunción por parte de las mujeres jóvenes, con respecto de sus parejas masculinas, de las tareas reproductivas, síntoma claro de un desigual planteamiento a la hora de abordar el problema de la conciliación y la corresponsabilidad.

En este capítulo tendremos ocasión de verificar estos extremos, haciendo especial hincapié en la falta de coincidencia entre unos discursos de conciliación y corresponsabilidad familiar igualitarios y unas prácticas –o una percepción de las mismas– claramente asimétricas entre hombres y mujeres. Para ello proponemos –al hilo de los recuadros que jalonan este texto central– reflejar las actitudes e imágenes proyectadas

sobre lo familiar y el reparto de responsabilidades para, posteriormente, contrastarlo con las prácticas percibidas correspondientes. Y finalizaremos analizando las percepciones y prácticas de conciliación de los ámbitos laboral y familiar. Esto es, el conjunto de estrategias –diversas y altamente informales– que pretenden, en muchos casos sin conseguirlo, compatibilizar las tareas de los diferentes terrenos, y que recaen de forma desigual sobre las mujeres. Todo ello en un contexto caracterizado por modelos de familia, o pareja, y de acceso a la maternidad que han variado con respecto a los de generaciones anteriores. No sólo por el retraso en la llegada de los hijos, que ya es un dato, sino por la mayor importancia otorgada a su educación en el espacio-tiempo familiar, algo en lo que los padres primerizos se estarían involucrando cada vez más.

La hipótesis central de partida apunta hacia que, pese a un discurso familiar igualitario asumido mayoritariamente por parte de las nuevas generaciones, y que los programas familiares han cambiado otorgando más libertad interna de la pareja y un mayor grado de corresponsabilidad, el peso de la conciliación entre las esferas familiar y laboral sigue recayendo desigualmente en las mujeres del colectivo bajo estudio. Por esta razón, sus dificultades para alcanzar una conciliación efectiva son mayores y, consecuentemente, sus estrategias se diferencian sensiblemente de las de los varones. Lo que no obsta para que ellos y ellas, en ese contexto dominante de paternidad aplazada, estarían valorando muy especialmente el espacio-tiempo reproductivo y la labor de educadores de sus hijos, opción por la que se decantarían antes que por la carrera profesional.

La atención de las personas dependientes

En primer lugar es necesario señalar que, probablemente, sea este terreno de lo familiar en el que se perciben menores cambios en los últimos años con respecto a la posición de mujeres y varones. En términos generales, puede decirse que, como venía ocurriendo tradicionalmente, se trata de un ámbito estrictamente femenino, en cuanto que son las mujeres las que desempeñan la gran mayoría de las tareas asociadas a la atención de las personas dependientes. Por contra, el papel de los varones es claramente subalterno. Su participación parece limitarse a la realización de pequeñas labores auxiliares que, en las entrevistas realizadas, se describen en términos de ayuda, más que de corresponsabilidad. Tienen un carácter de excepcionalidad que evidencia un nexo con lo familiar más débil por parte de los varones.

—No quiero el feminismo radical, miro más la igualdad como persona. Me he tenido que ir, y mi marido se ha quedado con mi hija, la ha bañado, la ha dado de cenar... Sin ningún problema. Y más de un día él me avisa a qué hora llegará para que

* ¿Qué modelo de familia?

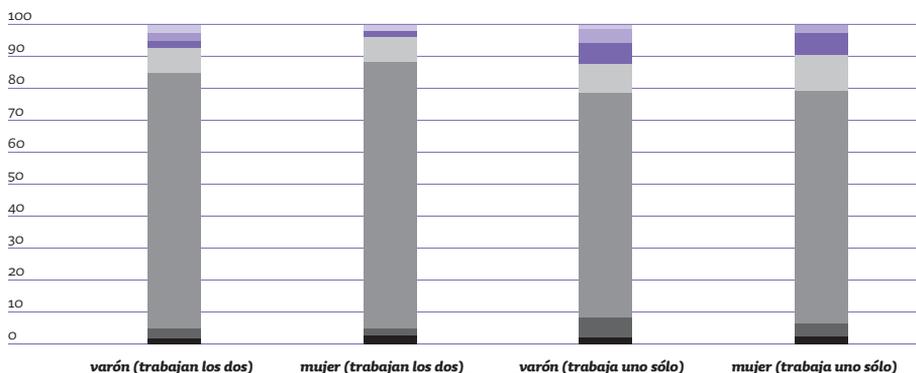
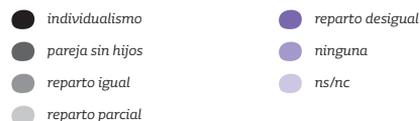
El setenta por ciento de los madrileños opinan que el modelo adecuado de familia es la igualitaria, aquella en la que trabajan ambos miembros de la pareja y se reparten equitativamente las distintas responsabilidades familiares. Para quienes tienen edades comprendidas entre los 30 y los 45 años, esta preferencia sube cuatro puntos porcentuales alcanzando el 74%. Otros modelos de familia gozan de una simpatía muy inferior: opciones más sexistas (9%), parcialmente igualitarias (7%), individualistas (4,5%) o parcialmente individualistas, es decir, solos viviendo en pareja (5%). La familia igualitaria goza de más apoyo entre las mujeres (72%) que entre los hombres (67%), diferencia que se mantiene al alza en nuestro grupo de análisis (76 y 71%). El modelo parcialmente igualitario es más defendido por las mujeres con edad entre 30 y 44 años que por sus cónyuges, probablemente por la mayor cercanía de esta postura a la realidad efectiva de la vida en pareja. Es de notar, en ese grupo de edades, que las posturas más individualistas o parcialmente individualistas estén más acentuadas entre los hombres, cosa que no sucede en la cohorte anterior. De la encuesta se desprende que el modelo igualitario, muy potente entre las mujeres antes de la maternidad, tiende a amortiguarse tras ella, ajustándose al de

sus cónyuges. Cuando no hay dependientes, el apoyo al reparto parcial y desigual es menor, en favor del individualismo y del individualismo parcial entre los varones y el igualitarismo entre las mujeres. Cuando hay dependientes en el hogar, el apoyo al reparto parcial ronda el 10% tanto en varones como en mujeres. Un 5% de los encuestados apoya el reparto desigual. Influye de forma significativa que trabajen uno o los dos miembros del hogar. Cuando trabajan los dos, el apoyo al reparto igualitario aumenta en ambos cónyuges, en especial entre las mujeres que llega al 82,3%. Cuando sólo trabaja uno, se produce un menor apoyo al reparto igualitario, en especial entre los hombres (70,5%); y un mayor apoyo al reparto parcial y desigual, en especial entre las mujeres.

La relación entre actitud y estatus es menor entre el colectivo que entre el conjunto de la población. En el colectivo en torno al 75% opta por el reparto igualitario en todos los grupos de estatus, a excepción de los de nivel alto (70,6%), mientras que en el conjunto poblacional se da una menor propensión al igualitarismo entre los entrevistados de condición socioeconómica baja (67,0%) y alta (65,4%), y en el resto gira en torno al 70%. El reparto desigual es más frecuente en las clases alta y baja, pero entre el colectivo solamente ronda el 6%.

Gráfico 17

Modelo familiar y ocupación de los cónyuges. 2007





pueda salir y vaya a comer con las amigas. Y mi marido se ha quedado haciendo la comida y dando de comer a mi hija. Es una relación de igualdad entre personas, de tú a tú. (Mujer. Grupo de discusión)

Lo que resulta más significativo al respecto es que las mujeres, más acentuadamente las de mayor edad, mantienen un vínculo muy estrecho con el terreno de lo familiar. En particular, con las labores asociadas a la atención de los menores. A través de su discurso se ve con claridad que lo perciben como un espacio propio que sienten como suyo. Y van más allá. De algún modo tienden a excluir a los varones de este territorio, al considerar que no están capacitados para desempeñar estas funciones del modo deseable. Esta posición, como es obvio, cierra la puerta, cuando menos pone dificultades a la corresponsabilidad en el ámbito de lo familiar. Además, legítima, en algún sentido, la posición de los varones, el débil vínculo que establecen con lo familiar. Como apostilla un técnico, el porcentaje de padres que están pidiendo permisos parentales es mínimo.

—Es que viene el marido y dice, “si tú mañana encuentras un trabajo en el que ganas más que yo, a mí no me importaría quedarme en casa”. Pero luego, los fines de semana está quemado, porque, claro, necesita su espacio. Y le digo, “pues si es así los fines de semana, imagínate toda la semana”. No tienen mentalidad. Es una tontería lo que voy a decir, pero estoy convencida de la importancia del sentido que tiene una madre para un hijo, el instinto maternal... Porque tú estás durmiendo por la noche, el niño hace un ruido y lo oyes, y tu marido ronca como un cochino.

—Por la mañana no se ha enterado.

—¿Y le quiere? Claro que le quiere, pero le falta ese punto que da la naturaleza.

—Yo distingo el grito de mi hija entre ochocientos.

—Sí, y el llanto.

—Las mujeres nos apegamos más a los hijos que los hombres. (Intervención de mujeres en Grupo de Discusión)

Conviene realizar, con todo, algunas matizaciones. Parece claro que la relación con el ámbito de lo familiar es mucho más estrecha, varones incluidos, cuando las tareas están asociadas al hecho de ser padres y la necesaria atención de los hijos. Es, además, una dedicación considerada, de manera general, como altamente gratificante. Por el contrario, la atención de otras personas dependientes –discapacitados no menores, ancianos o enfermos de mayor edad– se situaría en un nivel menos gratificante, lo que debilitaría el vínculo con estas labores. Entre las mujeres de mayor edad es más sólido este estrecho vínculo con lo familiar que entre las más jóvenes. Hasta el punto de observarlo, como se ha señalado, como un espacio propio, excluyente. Se trata, en

70%

de los madrileños consideran que el modelo ideal de familia es el igualitario



última instancia, de una actividad, el cuidado de los hijos, que constituye un pilar esencial para la construcción de su misma identidad. Esta actitud, como ya se señaló, constituiría un serio obstáculo a la posibilidad de incorporar a terceros al desempeño de las tareas familiares. Posición que, en algunos casos, afectaría incluso a la participación real de los varones en las tareas asociadas al ámbito familiar.

—Aunque nos queramos hacer aquí las modernitas, yo te digo a ti que si le dices a tu marido: ‘mira, deja tú de trabajar y cuida los niños que yo voy a trabajar...’

—No quieres. (Grupo de Discusión)

Conciliación y corresponsabilidad

Atender a los hijos o a los mayores de la familia, por regla general, es una actividad que no suele darse de forma aislada. Viene de la mano de otro conjunto amplio de tareas, también necesarias, vinculadas al mundo laboral, las tareas puramente domésticas o la aspiración de poder disponer de tiempo para uno mismo. Constituyen, por tanto, una carga añadida que se suma a las que ya se desempeñan o a las que gustaría disfrutar. Aun cuando se trate de la atención a los menores, dedicación sobre la que, en especial entre las mujeres, se tienen una visión muy positiva. Pero lo cierto es que lo familiar debe buscar su encaje. Y como suele ocurrir, en mayor medida en este caso al tratarse de labores que tradicionalmente se han asociado a las mujeres, es en ellas sobre las que recae el peso de encontrar fórmulas que permitan conjugar las diferentes tareas, todas ellas necesarias. Hay que advertir que se trata de un estereotipo que, además de hundir sus raíces en la tradición y los valores culturales heredados, parecen mantener vivo numerosas jóvenes de hoy.

* Los hijos/as: tener o no tener

Entre la población madrileña de 30 a 44 años sin hijos son menos (26%) los que tienen claro que no van a poder, o no pueden tener hijos, que aquellos que lo ven más que probable (54%). A los que habría que añadir un 11% que lo ve difícil pero no imposible. Esta actitud no la comparten por igual hombres y mujeres. La negativa a tener hijos (27% en mujeres frente al 20% en varones) o la percepción de dificultad (12 y 9% respectivamente) están más acentuadas en el caso de las mujeres, sin duda por su mayor protagonismo y por conocer de primera mano lo que ello acarrea. En síntesis, sólo un 45% de las mujeres sin hijos desea tenerlos frente a un 60% de los varones. Un 32% de las mujeres declara que no va a tenerlos frente a un 21% de los varones. Por cohortes de edad las diferencias son muy fuertes. En la más joven predomina la actitud proclive a tener hijos tanto en hombres como en mujeres (77,3 y 73%). Y más aún las que les gustaría tenerlos aunque perciban dificultades. Entre los 35 y 39 años el porcentaje de mujeres que se niegan a tener hijos aumenta notablemente (34,1%) y supera ampliamente al de los varones. Entre los 40 y 44 años más de la mitad de las mujeres expresa una actitud negativa (53,7%) y solamente un 9,3% se muestra segura de tener hijos.

El nivel de estudios también explica las diferentes actitudes. Los jóvenes con menor nivel educativo se muestran más reacios a tener hijos; los universitarios son más proclives, con tres de cada cinco expresando seguridad por tenerlos. Esta actitud divergente se relaciona estrechamente con el estatus socioeconómico de cada uno: más proclives los de clase media (59,8% expresa seguridad y solamente el 19,0% niega tal posibilidad), más reacios los de clase baja. La situación de actividad de las parejas también influye: cuando trabaja uno solo de los miembros es menor la actitud positiva, en especial entre las mujeres (48,8% y 26,8% respectivamente).

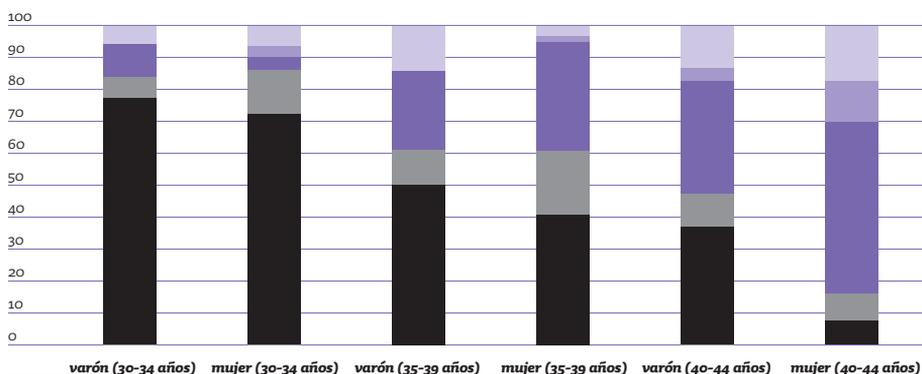
Indagando por los motivos que sustentan la negativa a tener hijos, y soslayando las respuestas excluyentes –no tengo pareja para tenerlos, dificultades biológicas– o la elevada no respuesta (especialmente potente entre varones), resalta la incompatibilidad con la carrera profesional que, aún de forma minoritaria, es especialmente señalada por las mujeres (11%) antes que por los varones (9%) y aumenta, para ambos sexos, con el nivel de estudios y el estatus social.

También son significativas las respuestas que hacen mención a la opción de la libertad personal, tanto en hombres como en mujeres.

Gráfico 18

Predisposición a tener hijos. 2007

- sí, seguramente
- me gustaría pero lo veo difícil
- no pienso tenerlos
- (ya) no puedo tenerlos
- ns/hc



* Discursos y prácticas

¿Existe alguna relación entre la actitud sobre el modelo de familia igualitaria basado en la corresponsabilidad familiar y las percepción de esas prácticas concretas? A la vista de los datos no parece que la tenga, en nuestro grupo de estudio al menos. De hecho entre los partidarios de la corresponsabilidad familiar plena, más de la mitad (53%) reconoce a la madre, en la práctica, como única responsable de los hijos en circunstancias extremas. Sólo un 26% percibe un reparto parejo. Pero lo más llamativo es que esa minoría que reconoce corresponsabilidad en la práctica

viene soportada por la opinión de los varones (36%), que resulta ser casi el doble que la percepción de sus cónyuges (19%), quienes mayoritariamente (60%) se arrojan tal función en solitario. Curiosamente, o no tanto, se advierte una mayor coherencia entre discurso y práctica en los partidarios del reparto desigual. Puede decirse, por tanto, que la asimetría entre modelos y prácticas, y entre percepciones y hechos según género –muy extendida para el conjunto de la población madrileña– parece no haberse amortiguado demasiado en las nuevas generaciones de madrileños.



20%

**de las mujeres
aprecian que sus compañeros masculinos
practican la corresponsabilidad familiar**

—Tengo una tienda de ropa, pero últimamente no voy nada mas que cuando vienen los proveedores, porque se cayó mi madre, la operaron y tiene una cadera fastidiada.

(Grupo de Discusión 4)

Es por tanto necesario hablar de conciliación. Si en el terreno de lo doméstico, como veremos, entre las unidades familiares formadas por personas más jóvenes se advierte una creciente, aunque muy lenta, incorporación de los hombres a estas tareas, en el espacio de lo familiar el papel del varón suele ser testimonial, sin que aquí, además, la edad juegue un papel relevante. No sería posible, por lo tanto, hablar de corresponsabilidad en este terreno. Es sobre las espaldas de las mujeres donde suele recaer mayoritariamente la carga de estas tareas. Que se suman a las domésticas y, desde la creciente incorporación de la mujer al mercado de trabajo, a las laborales.

¿Cómo organizar y gestionar el tiempo para hacer frente a esta carga de trabajo? La respuesta no parece sencilla. La externalización de las tareas familiares no constituye una opción tan clara como en el caso de las labores domésticas. El carácter de la relación que las mujeres establecen con uno y otro ámbito es muy diferente. La puerta que suele quedar abierta para la incorporación de terceras personas es la que lleva a la atención de aquellos dependientes no menores: ancianos, discapacitados... Son labores que suelen percibirse en términos negativos, como una carga. En muchos casos, como un trabajo para el que se requieren conocimientos especializados. Una fórmula es el aplazamiento de la maternidad, indefinido en algunos casos, con el objetivo de consolidar su posición en el mercado de trabajo. En este punto es importante señalar que, por primera vez, aparecen mujeres jóvenes que no tienen claro que quieran ser madres. Es un dato sumamente relevante dado que, hasta el momento al menos, la maternidad era vivida por las mujeres como una posibilidad no menos que irrenunciable. Aunque tuviese

que posponerse en el tiempo, o producirse en circunstancias económicas, sociales o familiares alejadas de sus deseos. En los grupos de discusión ya nos habíamos encontrado con casos en los que mujeres concretas se encontraban ante el escenario de tener que elegir ser o no ser madre valorando las consecuencias que tal decisión podrían tener sobre sus carreras profesionales.

—Es la disyuntiva de siempre: cuando tienes un hijo tienes que ver a qué renuncias. ¿A parte de tu sueldo?, ¿a parte de tu espacio? (Grupo de Discusión 3)

La novedad es que la cuestión de la maternidad aparece en el discurso, por boca de estas mujeres próximas a los treinta años, con una posición laboral consolidada, conviviendo con sus parejas y emancipadas desde hace algunos años, como una opción más, como una elección entre otras posibilidades.

Contemplan esta posibilidad con cierto distanciamiento. Esta actitud, reflexionan ellas mismas, no es entendida por su entorno más próximo, familiares y amigos. En buena medida porque se sale de la norma. Representa una actitud nueva alejada de la idea de renuncia. No se vive como tal, como un tren que se deja pasar, como un deseo insatisfecho, sino que entra en el terreno de las decisiones racionales, rompiendo con la asentada idea del “instinto maternal” a la que suelen recurrir numerosas mujeres para explicar el vínculo que las une con la decisión de ser madres a toda costa, papel que para ellas sí representa algo irrenunciable estrechamente ligado a su propia naturaleza. Por otro lado, entre los más jóvenes, se produce una viva reflexión en torno a la “paternidad responsable”. Conscientes de las dificultades para conciliar lo familiar con lo doméstico y, fundamentalmente, con el desempeño de un puesto de trabajo remunerado, apuntan en su discurso una cierta sensación de culpabilidad vinculada al hecho de no poder prestar todo el tiempo que desearían a las tareas familiares; en particular, a la atención a los menores. Será entonces cuando se pregunten si merece la pena ser padres sin poder estar a la altura de lo que ellos mismos (y evidentemente, la sociedad) se demandarían.

—Sí, vale, la gente tiene niños, pero luego los encasquetan a los abuelos, a natación, a inglés (...) Tienes hijos, pero ¿realmente puedes disfrutar de los niños? (Grupo de Discusión 2)

Es significativo que entre algunas mujeres de mayor edad encontremos pronunciadas críticas a esas nuevas familias que, volcadas en lo laboral, no prestan la atención que ellas sí concederían a lo familiar. Hay en el discurso de estas mujeres, una cierta crítica hacia lo que valoran como una “irresponsabilidad”.

* La conciliación de la vida laboral y familiar

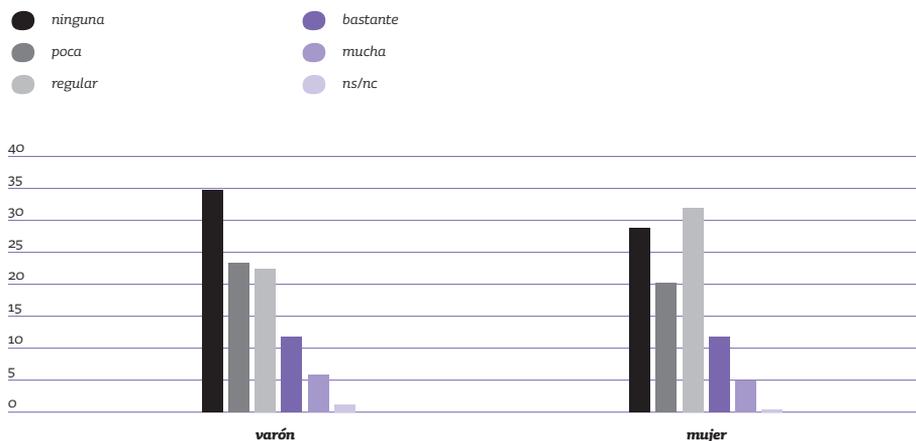
Para el conjunto de la población madrileña, un 55% de las personas que trabajan no encuentran dificultades en conciliar la vida laboral con la familiar. En el grupo analizado (25 a 44 años) aumenta ligeramente esta percepción de existencia de dificultades, aunque sigan predominando los que no las encuentran o consideran que son menores (52%). Entre hombres y mujeres se establece una primera diferencia en la percepción más negativa entre la mujeres (53%) que entre los hombres (44%). Más acentuada, en ambos casos, que para el conjunto de la población (49% y 40% respectivamente). Por edades existen diferencias previsible, destacando el colectivo central con edades entre 30 y 44 años, quienes casi en su mitad perciben dificultades relacionadas con la maternidad y el cuidado de los hijos.

Es el colectivo central de mujeres quien percibe de forma más acentuada las dificultades de conciliar: un 53% frente al 48% del promedio. También los varones, aunque en menor medida (46%), señalan esta dificultad. Curiosamente los varones con edades comprendidas entre los 35 y 39 años son los que en mayor medida perciben dificultades (53,3%), incluso superan a las mujeres de ese mismo grupo (49,1%). Las mujeres más jóvenes, de 25 a 34 años, son las que mayores dificultades expresan (55,6%), mientras que los varones de ese grupo son los que menos las perciben (36,9%); a partir de los 40 años el comportamiento diferencial se repite (52% mujeres, 43%

hombres). Las mayores concentraciones en los valores altos (bastante o mucha dificultad) se dan en los hogares monoparentales (26,5%). En el otro extremo son las parejas sin hijos quienes menores dificultades perciben (ninguna o poca para un 60,8%). Es la presencia de los hijos la que decanta la percepción mayoritaria de tener dificultades para conciliar ambas esferas. Especialmente entre las mujeres (58%), cuatro puntos por encima de los varones. Cuando no hay dependientes la percepción es menor, aunque las mujeres encuentren dificultades en bastante mayor medida que los varones: 46,2% frente a 32,3%. Esta situación es percibida como algo más desfavorable por las mujeres ocupadas que por los varones, aunque en esta ocasión no influye el hecho de que trabajen ambos miembros de la pareja o sólo uno de ellos. Incluso los que perciben en mayor medida bastante o mucha dificultad son los varones cuando sólo trabaja un miembro de la pareja (27,5%). Cuando la mujer principal del hogar está ocupada y su cónyuge también y además hay dependientes en la familia, el 57,6% de las mujeres jóvenes perciben dificultades (el 22,7% dificultades serias) para conciliar. Podría pensarse que esta situación es francamente minoritaria pero no es así. Las mujeres del colectivo bajo análisis que están en tal situación familiar, ocupadas viviendo en pareja y con dependientes, representan una de cada tres ocupadas entre 25 y 44 años de Madrid, y las que perciben dificultad abarcan por lo tanto a una de cada cinco mujeres de esa edad de la ciudad de Madrid.

Gráfico 19

Dificultad para conciliar según sexo. 2007



* Reparto de trabajo y educación de los hijos/as

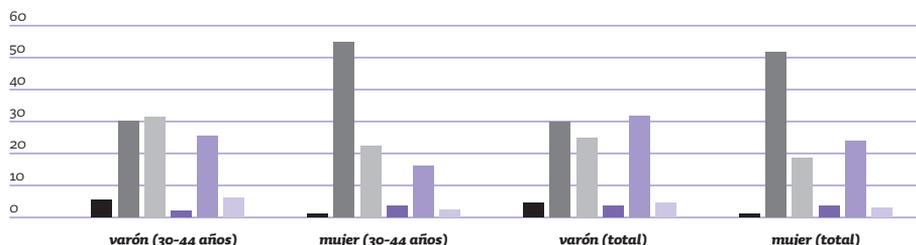
En el conjunto de la población madrileña, el cuidado de los hijos sigue recayendo en la madre (41%), aunque en menor medida que las labores domésticas. En un porcentaje mucho más reducido aparece la responsabilidad compartida (21%). En el grupo de 30 a 44 años, aumenta la coresponsabilidad (26%), pero el peso sigue recayendo en la mujer (43%). Merece la pena señalar la distinta percepción que tienen varones y mujeres al respecto. En el conjunto de la población madrileña la coresponsabilidad en la educación de los hijos la señala el 25% de los varones (frente al 18% en mujeres), cifra que asciende hasta el 31% en nuestro ámbito de análisis (22% para las mujeres). Éstas, en un 54%, se autoproclaman principal responsable, algo que sólo reconoce el 29% de los varones. Entre los varones y mujeres de 30 a 44 años llama la atención lo escaso de la coresponsabilidad familiar por parte de los varones. Si bien aumenta la percepción de coresponsabilidad familiar por parte de los varones (45%), es algo que no ratifican las mujeres quienes, en un 60%, se siguen atribuyendo en solitario semejante labor. ¿Qué sucede en el cuidado de los hijos cuando éstos están enfermos? El análisis se centra en el colectivo con mayores dificultades al respecto: parejas de doble ingreso y con hijos. Con mayor peso que antes, si cabe, es la madre quién sigue haciéndose cargo de

esta responsabilidad de forma mayoritaria (52% frente a un 28% de coresponsabilidad). La diferente percepción se incrementa en parejas de doble ingreso de 25 a 44 años, el 62,6% de las mujeres señalan que son ellas quienes se ocupan de estas tareas; solamente un 19% percibe coresponsabilidad. Frente a esta opinión, los varones consideran que es sólo la madre en un 42,2% y que hay coresponsabilidad en el 32,6% de los casos. Atendiendo al nivel de estudios del grupo analizado, en el nivel inferior, tanto hombres como mujeres señalan que son las madres las que se ocupan de estas tareas. Cuando aumenta el nivel de estudios se incrementa la percepción de coresponsabilidad entre los hombres (39,3% de los universitarios). Entre las mujeres se mantiene en torno al 20% en todos los niveles de estudios. En los niveles formativos altos es donde aparece la presencia de personas contratadas con remuneración como responsables de los hijos. De modo parecido opera la variable territorial. Así entre los varones jóvenes residentes en el centro –de estatus social y nivel de estudios más altos– predomina la percepción de coresponsabilidad (44,4%). Entre las mujeres esta percepción es bastante menor (17,0%), siendo algo mayor entre las residentes en el sur (22,4%). Por otra parte, las personas remuneradas están más presentes en el centro y en el norte de la ciudad.

Gráfico 20

El cuidado de los hijos/as. 2007

- padre (o persona principal masculina)
- madre (o persona principal femenina)
- padre y madre conjuntamente
- otras combinaciones
- no hay hijos o son todos mayores / no necesitan atención
- ns/nc





—Claro, ahora es mejor salir fuera de casa, te vas a las nueve de la mañana, o a las siete, y vienes a las nueve de la noche. Los niños están dormidos, están bañados, vas a su cama, los das un beso y dices: “ay mis hijos, qué ricos son”. (Grupo de Discusión 3)

Nos parece novedoso que la opción de ser padres, poco a poco, se haya ido consolidando en la esfera de lo racional. Se trata cada vez más de una opción planificada, que se ha de producir en un momento y en unas circunstancias determinadas, que ha de “encajar” con el resto de tareas...

—A la hora de planificar tener un crío fuimos mirando el momento: que económicamente pudiéramos mantenerle bien, darle todo el cariño posible, criarle y darle educación... (Grupo de Discusión 2)

Otra estrategia utilizada para la conciliación de la vida familiar y la laboral son las redes sociales, los familiares en primer lugar y, en menor medida, las amistades. Se trata de personas de apoyo que permiten poder responder a las labores asociadas a lo familiar, sobre todo en lo tocante a la atención a los menores. Aparecen las abuelas, nuevamente mujeres, que llevan y recogen a los hijos del colegio; los abuelos que sacan al parque a sus nietos; los familiares que se hacen cargo de la madre o padre enfermo... Hoy en día las redes sociales juegan todavía un papel fundamental en las tareas de conciliación. Y en particular, las mujeres que forman parte de esas redes sociales: abuelas, tías, amigas, hermanas... Las dificultades aparecen cuando no se dispone de semejante red, como suele ocurrir en el caso de la población inmigrante.

—En mi caso, me voy a trabajar y tengo que dejar al niño con alguien. O alguien tiene que venir a casa a hacerme algo, dejarme algún paquete importante o a cualquier cosa. Entonces, tengo que tener a alguien que esté pendiente de ello. (EA. Mujer inmigrante)

Los servicios y recursos sociales para la conciliación arrastran todavía el lastre del desconocimiento de su existencia por parte de los potenciales usuarios, factor que estaría jugando en contra de su uso. Pero es, fundamentalmente, su insuficiencia en servicios, volumen e implantación territorial lo que hace que no estén a la altura de la demanda potencial. De una demanda creciente. Ciertamente es que cada vez se conocen y utilizan más los servicios y recursos destinados a ancianos y discapacitados, pero continúan siendo los relativos a los menores los más demandados. Y parecen ser en estos en los que sus carencias representan los más importantes obstáculos, no sólo para la conciliación, sino también para el acceso o la permanencia en el mercado de trabajo.

39%

de las personas encuestadas
dejarían de trabajar
para atender a la familia

* **Ocupación y conciliación**

Las atención a las responsabilidades familiares desde el lugar de trabajo constituye lo que se denomina “doble presencia”. Formulada la pregunta a las personas principales del hogar con ocupación remunerada resulta que dos de cada cinco es corriente que presten atención a los asuntos domésticos desde el lugar de trabajo. Otro 42% lo hace de forma ocasional. En el extremo opuesto, tan sólo un 15% no atiende jamás asuntos familiares desde el trabajo. Esta práctica es más común entre los mayores de 29 años que entre los menores de esa edad, probablemente por la falta de responsabilidades familiares y domésticas de los más jóvenes. En las parejas con niños menores de catorce años, entre las mujeres, es corriente hacerlo a diario, tanto si trabajan ambos (26,0%) como uno solo de los miembros de la pareja (33,9%).

Estrategias para la conciliación

Intentar resolver las dificultades con que tropieza la necesidad de conciliar el trabajo con la familia da pie a un cúmulo de estrategias muy variadas. Gestionar el tiempo de trabajo es la más aplicada, y a ella recurren cerca de la mitad de los encuestados (43,1%), algo más las mujeres que los varones. Gestión que generalmente pasa por la flexibilización de los horarios (25,5%) o la reducción de la jornada (7,7%), ésta en menor medida dada su repercusión en el salario percibido. Un porcentaje bastante menor recurre a la gestión del tiempo privado (19,5%). Más ellos que ellas (21,7% frente a 17,7%). En tercer lugar aparece la gestión de las condiciones de trabajo (14,0%), destacando el cambio



de trabajo. El recurso a la ayuda, en particular la familiar, es señalado en cuarto lugar. En este caso el número de mujeres es claramente superior (18,7% frente a 6,7%). Un importante porcentaje de entrevistados declara resignarse (14,9%), siendo los hombres quienes lo hacen en mayor medida que ellas (19% y 11,3%).

Trabajo o familia

La voluntad de trabajar es mayoritaria entre los madrileños (55%), pero dos de cada cinco dejarían gustosamente de hacerlo para dedicarse plenamente a su familia. Hay grandes diferencias por edades, destacando que son los más jóvenes y los mayores quienes muestran más apego al trabajo remunerado. Para las mujeres en general son más, cuanto más edad tienen, las que preferirían abandonar el trabajo remunerado para dedicarse a su familia. Un tercio de las mujeres con edades comprendidas entre los 35 y los 44 años estarían dispuestas a abandonar el trabajo por su familia. Entre los 25 y los 34 años solamente lo haría una cuarta parte. Parece claro que la presencia de hijos resulta determinante. Los hombres muestran la misma tendencia, aunque en las tres cohortes son muchos más los que abandonarían el trabajo, posiblemente porque no lo perciben tanto como las mujeres como un medio de lograr independencia personal. Cuanto más alto es el nivel de estudios se incrementa la predisposición hacia el trabajo, incluso sin necesidad económica, alcanzando el 72,4% entre las mujeres con estudios secundarios. En cambio, las mujeres con estudios primarios lo haría en el 52,9%. Entre los hombres se observa la misma tendencia.

45%

**de mujeres desea tener hijos
frente a un 60% de varones**

* **Conciliación y mujer trabajadora**

¿Qué dificultades perciben las jóvenes mujeres trabajadoras para conciliar trabajo y familia? En el conjunto de mujeres madrileñas, un 15% percibe dificultades derivadas de trabajar. Pero los problemas se detectan, sobre todo, en el colectivo que se sitúa entre los 30 y los 54 años. A partir de los 55 comienza a descender el porcentaje de las que indican problemas, con toda probabilidad por las especiales características de las ocupadas de estas edades. Centrándonos en nuestro colectivo, y atendiendo a las distintas cohortes de edad, se mantiene esta tendencia al aumento de la percepción de dificultades según aumenta la edad y las responsabilidades familiares: desde el 12,2% entre las mujeres de 25 a 34 años hasta el 25,9% entre los 40 y 44 años. Según el tipo de familia la percepción más acusada se produce en las familias monoparentales (33,3%) y a continuación en las familias con hijos (23,1%). La presencia de otro familiar o la ausencia de hijos disminuyen el grado de dificultad percibida. En las parejas estables también influye la situación de actividad de los dos miembros principales del hogar. Si ambos trabajan son más las mujeres que han experimentado este tipo de dificultades (19,0%) que si solamente trabaja uno de sus miembros (13,8%). En cuanto al estatus socioeconómico –ligado muy potentemente a la situación de doble ingreso en la parejas– es mayor la percepción y el reconocimiento de dificultades en los niveles medios y, especialmente, en el alto (23,2%) frente a las de nivel bajo (12,0%). Del mismo modo, la variable socio territorial pone de manifiesto cómo esta percepción es algo menor en la periferia trabajadora del sur (15,9%) que en la

almendra central (18,7%) y la periferia norte (17,9%). La falta de tiempo para dedicar a la familia es señalada por cerca de la mitad de las entrevistadas que han encontrado dificultades (41,8%). La doble jornada de trabajo, dentro y fuera de casa, es mencionada por un 32,3% de las encuestadas. A continuación se señalan otros factores, por orden de importancia: el agotamiento y estrés, la falta de tiempo para uno mismo, el conflicto en el reparto de las tareas domésticas, las discusiones familiares, retrasar la maternidad... Por cohortes de edad, la falta de tiempo para la familia y la doble jornada son problemas que se señalan más según aumenta la edad de las encuestadas. La falta de tiempo para uno mismo se señala en mayor medida entre los más jóvenes y decrece su importancia con la edad.



La necesidad de ampliar las plazas en guarderías y en escuelas infantiles, facilitar el acceso a la educación infantil, apostar por servicios de proximidad, ampliar los horarios de los recursos educativos, ofertar un abanico más amplio de actividades extraescolares... es, por ello, una de las urgencias del momento. Lo que pone en evidencia los déficit de los servicios y los recursos sociales facilitadores de la conciliación y, al mismo tiempo, los obstáculos que afrontan, en particular, las mujeres.

—Yo creo que la conciliación es imposible mientras no haya de verdad un sistema que adopte las medidas necesarias: que en las empresas grandes se creen escuelas infantiles, sitios donde poder llevar a los niños. (EA. Técnico)

Una opción asociada a la maternidad, por último, y que se plantea en términos de conciliación estaría vinculada a la modificación de la relación con el ámbito de lo laboral. En algunos casos, sobre todo en las parejas de mayor edad, la maternidad supondría un abandono definitivo o temporal de lo laboral.

—Cuando decidí tener a mi hija, cuando me quedé embarazada, dejé de trabajar. (Grupo de Discusión 4)

En otros casos, la maternidad provoca la búsqueda de nuevos empleos, más compatibles con las nuevas tareas adquiridas. En otras ocasiones supone tener que recortar las jornadas laborales, o los días de trabajo, y en consecuencia, el salario.”

—Aunque es muy importante para mí, yo prefiero ganar menos, pero preocuparme personalmente de sus estudios, de llevarles a las actividades. (Grupo de Discusión 3)

Sea como fuere, lo que queremos destacar es que el peso de conciliar la maternidad con el resto de ámbitos recae casi exclusivamente en la mujer. Es a ella a quien se le pide (e incluso, algunas de ellas entienden que así debe ser) que resuelvan la cuestión de la conciliación, como vemos, en algunos casos, incluso tomando medidas drásticas, como pueda ser el abandono del empleo. Los varones, en este caso, estarían exentos de la tarea de buscar una solución a la conciliación y, de manera general, sus empleos se encontrarían a salvo.

—Oye, a mi mañana me dice mi marido que me deja su puesto de trabajo y él se queda en casa... Vamos, doy palmas con las orejas, porque yo estoy como loca por no tocar el Scotch Brite.

—Pero no lo hace. No me lo va a ofrecer. (Grupo de Discusión 3)

Síntesis y conclusiones

Buena parte de los enunciados de la hipótesis de partida se han verificado, pero no todos. Es cierto que el discurso familiar igualitario no se ajusta con una corresponsabilidad masculina muy menguada. Pero también es cierto que las dificultades de conciliación entre las esferas familiar y laboral las perciben similarmente los dos miembros de la pareja cuando ambos están ocupados y hay dependientes; y que sus estrategias no son tan diferenciadas –modificar lo laboral; acudir a las abuelas o resignarse– aunque no recaen por igual entre hombres y mujeres. También es cierto que ambos géneros, valoran especialmente el espacio-tiempo reproductivo y la labor de educadores de sus hijos –opción por la que se decantarían antes que por la carrera profesional– aunque de momento y en la práctica es la mujer la que asume asimétricamente las responsabilidades reproductivas tanto las cotidianas, cuanto más, las excepcionales.

De forma abrumadora el modelo ideal de familia es el que se basa en el reparto igualitario de tareas y responsabilidades. Actitud que llega hasta el 80% en las familias de doble ingreso.

La aparición de los hijos en la pareja hace que el modelo igualitario, muy potente entre las mujeres –superior al de los varones antes de la maternidad– tienda a amortiguarse, derivando hacia el parcialmente igualitario (mujer trabajando a media jornada).

Los varones parecen estar mucho más predispuestos a tener hijos que las mujeres. Actitud que entre ellas crece con la edad aunque siempre lejos de la actitud de ellos. Ante la posibilidad de tener hijos uno de los factores negativos que llama la atención es la incompatibilidad con la carrera profesional que, aunque de forma minoritaria, es señalada por las mujeres, fundamentalmente las que tienen formación universitaria. También es significativo, tanto en varones como mujeres, las referencias a la pérdida de libertad.

Que se apoye el modelo familiar igualitario no evita que, en el terreno de la reproducción, el peso siga recayendo mayoritariamente en las mujeres dado que, aunque algo más elevado en las nuevas generaciones, los varones participan poco en la corresponsabilidad incluso en parejas con doble ingreso.

Es de notar la distinta percepción subjetiva ante el problema de la corresponsabilidad. Los varones, especialmente los de mayor nivel de estudios, se consideran corresponsables, percepción que en absoluto ratifican las mujeres quienes consideran mayoritariamente que asumen en solitario. Incluso en situaciones extremas, como es el caso de la enfermedad de los hijos, aunque en este caso se incrementa levemente la participación de los varones.

No parece, por tanto, que exista demasiada coherencia entre la asunción del modelo igualitario teórico y el reparto real de funciones reproductivas en la pareja. Esta asimetría entre modelos y prácticas no parecen haberse amortiguado de forma sustancial en las nuevas generaciones de madrileños.

Con respecto a la influencia en la educación de los hijos es a la madre, o a ambos miembros de la pareja conjuntamente, a quién se asigna este papel. Casi nunca al padre en solitario. La percepción varía según género: los varones señalan más a la corresponsabilidad; la mujeres se inclinan por la madre en solitario.

Casi la mitad de las parejas de las nuevas generaciones madrileñas perciben dificultades serias para conciliar el trabajo con la vida familiar. Sensación más alta entre las mujeres que entre los mayores y más acentuada para ambos que en conjunto de la población madrileña. La presencia de dependientes –hijos, discapacitados, ancianos...– determina el grado de dificultad, mayor en estos casos y en los hogares monoparentales.

En Madrid, cuatro de cada diez ocupados presta atención a los problemas domésticos desde el lugar de trabajo. Esta “doble presencia” alcanza su máximo entre las mujeres con edades comprendidas entre los 30 y los 45 años, especialmente si tienen hijos, claro está.

Casi una de cada cuatro mujeres ocupadas con dependientes declara haber padecido dificultades en su vida familiar al intentar conciliarla con sus responsabilidades laborales. El doble que las mujeres sin dependientes a su cargo.

La flexibilidad horaria, el trabajo a tiempo parcial, el recurso a las abuelas y la resignación son, por este orden, las estrategias más habituales para resolver el problema de la conciliación laboral con la vida familiar.

Cuanta más edad tienen es mayor el número de mujeres que abandonaría su trabajo remunerado para dedicarse a la familia en exclusiva. Sorprendentemente, los hombres muestran un mayor desapego del trabajo frente a la familia al no percibirlo en igual medida que las mujeres como un medio para alcanzar su autonomía personal.

El nivel de estudios afecta directamente a esta actitud: cuanto mayor nivel, más atracción hacia el trabajo, incluso en el caso de que sea innecesario para garantizar unos ingresos familiares aceptables.

“

Asoman algunos elementos de cambio: una creciente incorporación de los varones a lo doméstico, mayor externalización de las tareas, una relación más estrecha de la mujer con el mundo laboral... Sin embargo estos cambios tropiezan con importantes obstáculos que impiden que avancen a la velocidad deseable”

El imparable desprestigio de la plancha

Lo doméstico ocupa un lugar subalterno en el panorama valorativo que las nuevas generaciones hacen de los distintos ámbitos que constituyen su cotidianidad. Además, forma un espacio-tiempo en el que la incorporación del hombre no es lo significativa que debiera, coherentemente con el modelo de corresponsabilidad que parece sustentar. Y es que si bien el discurso igualitario ha calado en la sociedad, discursos y prácticas van por caminos diferentes, especialmente entre los varones incluso entre los de las nuevas generaciones. Fruto de ello, las tareas asociadas al cuidado de la casa recaerían –directa o indirectamente– sobre las mujeres, lo que a su vez estaría haciendo de serio obstáculo a su incorporación, permanencia y desarrollo en el terreno de lo laboral.

Esta falta de corresponsabilidad es uno de los elementos que opera a modo de barrera para la igualdad de oportunidades, al estar vinculado precisamente a la acumulación de responsabilidades y tareas en la figura femenina. De este modo, mientras que en los últimos años se habría recorrido una parte significativa del camino de la conciliación, el de la corresponsabilidad estaría todavía por iniciarse.

La hipótesis general puede enunciarse como sigue: en las nuevas generaciones lo doméstico se habría desvalorizado, especialmente entre las mujeres jóvenes, que prefieren más la imperfección que la agotadora excelencia en todos los ámbitos –también en las tareas de la casa– propio del modelo *superwoman*. También ha calado un discurso igualitario de reparto del trabajo doméstico que, en la práctica, no se sustancia, incluso en las parejas de doble ingreso y con hijos. Siguen siendo las mujeres sobre quien continua recayendo el peso de lo doméstico ante la incomparencia de sus parejas. Es posible, al respecto, la existencia de obstáculos a la corresponsabilidad a partir de estereotipos, que algunos han denominado como “machismo femenino”, que excluirían, o justificarían, la ausencia del hombre de este ámbito.



* Un tiempo robado

Casi un 5% de los entrevistados correspondientes a nuestro colectivo de estudio afirman no emplear ni un minuto en las labores domésticas. En este afortunado grupo los varones son el doble que las mujeres (7,1 y 3,1% respectivamente). Un 13% afirma dedicar una hora, manteniéndose la pauta favorable al hombre (21% entre los varones y 7,1% de las mujeres). La relación se empareja en el tramo de dos a tres horas de dedicación: 32,6% de varones y 32,1% de mujeres. Por encima de seis horas se sitúa el 23,3% de los sujetos. De ellos 32% de las mujeres y 15,3 de los varones. A modo de síntesis, más de la mitad de las mujeres (54,8%) le dedicó cuatro o más horas, frente al 29,2% de los varones. Las personas principales masculinas en las nuevas generaciones emplearían algo más de tiempo que el conjunto de sus homólogos madrileños, mientras que las mujeres dedicarían casi un 20% menos.

La edad establece diferencias notables. En la cohorte más joven, los varones –recordemos, personas principales del hogar– declaran dedicar casi el mismo tiempo que las mujeres, mientras que en las cohortes siguientes el diferencial por género se incrementa notablemente. Los varones le dedican menos horas cuanto más edad tienen; entre las mujeres ocurre exactamente lo contrario.

Aparecen notables diferencias entre los hogares en los que se encuentran personas dependientes y aquellos en los que no. Diferencias que afectan principalmente a las mujeres. Así, entre las mujeres con algún dependiente en el hogar, el 65,2% declara dedicar más de cuatro horas al día a las distintas

tareas domésticas, porcentaje que desciende 25 puntos porcentuales entre las que no cuidan de ningún dependiente (40,3%). En el otro extremo, en torno a tres de cada cinco varones (62,9%) sin dependientes en el hogar le dedican tres o menos horas al día al trabajo doméstico; pero sólo un magro 4% dedica más tiempo en el caso de existencia de personas dependientes. La situación más desfavorable para las mujeres en pareja –en términos cuantitativos de dedicación doméstica– es cuando ellas no trabajan y tienen hijos, pues en ese caso una cuarta parte declara dedicarle ocho o más horas (24,6%), cerca de la mitad seis o más horas (46,0%) y tres cuartas partes cuatro o más horas (74,4%). La presencia de dependientes parece influir en mayor medida que el hecho de tener un empleo remunerado, probablemente también por tener persona externa contratada, pues en las parejas con hijos y con doble ingreso las mujeres declaran dedicarle más horas que en las parejas sin hijos y un solo ingreso. Y, en todo caso, llama poderosamente la atención la asimetría de corresponsabilidad en el ámbito doméstico entre mujeres y varones en las familias de doble ingreso y con hijos.

En cualquier caso, el camino recorrido en el terreno de lo doméstico, esto es, aquel espacio de privacidad constituido por las tareas vinculadas a la administración y al mantenimiento del hogar, es hasta cierto punto inverso al seguido por el ámbito de lo laboral. Mientras este último avanzaba hasta alcanzar y consolidarse en el núcleo de las sociedades modernas, el ámbito doméstico sufriría un progresivo, lento pero continuado, deterioro hasta convertirse en un espacio claramente devaluado y desdeñado.

La evolución del vínculo con lo doméstico

Por muy devaluado que esté, no puede negarse que el ámbito de lo doméstico continua conservando la relevancia de constituir el principal espacio de privacidad de las personas. Es el lugar de encuentro, el terreno del hogar, de la familia... Pero requiere la realización de una serie de tareas que aseguran su idoneidad, su valor como espacio aceptable para el ejercicio de lo privado. Son labores tales como la limpieza, la cocina, la organización del espacio, la adquisición de bienes... Tareas de las que progresivamente los moradores de lo doméstico se habrían ido alejando hasta percibir las como una carga, como “algo tedioso”, “poco creativo”... Por otra parte podría hablarse de “los espacios” de lo doméstico. No es lo mismo vivir en una casa en propiedad que en otra de alquiler. De uso exclusivo para una pareja, con o sin hijos, que compartiéndola con los padres, otros familiares o simples compañeros de alojamiento. Entre la “casa ideal” como espacio físico y la vivienda real pueden mediar numerosas gradaciones que fortalecen o debilitan el vínculo. Y no se entrará a valorar si las tareas asociadas a lo doméstico son más o menos creativas. En cualquier caso son actitudes que condicionan de forma clara la relación con la atención a la casa.

Preguntadas por sus madres, las personas que participaron en los grupos de discusión llegan a describirlas como “profesionales de la casa”, esto es, como personas volcadas en lo doméstico, en la medida en que este ámbito representaba, de algún modo, prácticamente su único espacio vital, participaba de forma determinante en la definición de su identidad. Esa identidad que se ha dado en llamar ama de casa.

—Mi madre es ama de casa profesional. Yo no podría serlo. A mí me agobiaría ser sólo eso. (Grupo de Discusión 1)

Se trata de una generación de mujeres con una relación positiva con las tareas asociadas a lo doméstico, en la medida en que asumían que, dentro una cierta lógica de la división del trabajo, ellas debían ocuparse del hogar, mientras los maridos se entregaban a las labores remunerados aportando los ingresos necesarios para la super-

El desprestigio de lo doméstico, un ámbito en el que apenas participan los varones y que se atribuye tradicionalmente a la mujer, incluso cuando también trabaja fuera de casa, abunda en la incidencia negativa de su percepción social



vivencia del núcleo familiar. Relación positiva que no excluye la consciencia de la labor que lo doméstico supone: esfuerzo, trabajo, entrega, sacrificio...

En las mujeres próximas a los 45-50 años se percibe ya un cierto alejamiento de esta forma de enfocar las tareas domésticas. Comienzan a ser percibidas, con claridad, como “cargas”, como un trabajo indeseado. Sin embargo, estas mujeres no logran todavía desprenderse de ese nexo con lo doméstico que han vivido muy de cerca a través de la figura de sus madres. El resultado es que, a pesar de todo, siguen considerándolo como un espacio propio. Sin embargo, la incorporación de un buen número de estas mujeres al trabajo remunerado tiene un peso importante: contribuye paulatinamente a debilitar este vínculo. Pocas de ellas se consideran amas de casa y, por supuesto, casi ninguna se define de este modo de forma exclusiva. Aunque reconozcan que siguen cargando sobre sus espaldas el peso de las tareas del hogar. En las mujeres más jóvenes, este lento proceso de desvinculación con las tareas domésticas se aprecia de una manera mucho más palpable. Como era de esperar, ninguna de ellas se define como ama de casa pero, por primera vez, además de eludir tal identidad se han ido deshaciendo del peso de la realización de las tareas domésticas, bien externalizándolas contratando a personas ajenas, bien implicando a sus parejas a través de la corresponsabilidad.

—Yo vivo con mi chico, y mi chico no me ayuda en casa: hacemos las cosas entre los dos. (Grupo de Discusión 1)

Se trata, sin duda, de actitudes que van perfilando el futuro, pero el camino por recorrer todavía es largo. Hablamos por tanto de una situación muy reciente, sumamente incipiente, nada consolidada y abierta a sufrir cambios. En este sentido, no se puede pasar por alto que incluso buena parte de las mujeres más jóvenes que participaron en la in-

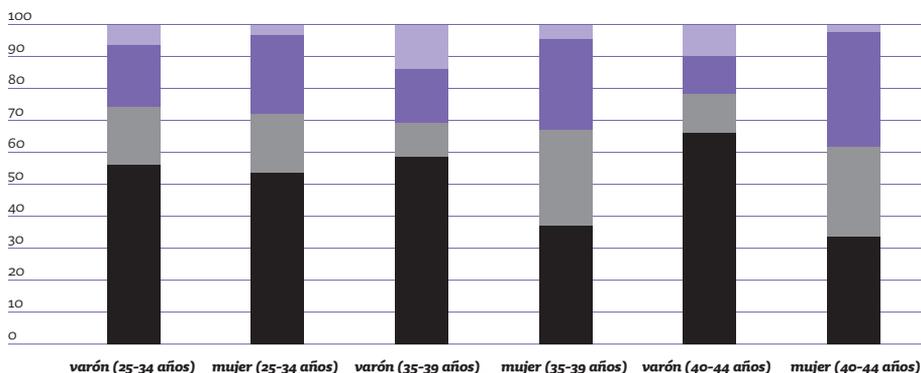
* El reparto de las tareas en el hogar

La distribución objetiva entre hombres y mujeres de los tiempos dedicados a las labores domésticas echa por tierra, en buena medida, cualquier hipotético panorama de corresponsabilidad y familia igualitaria. Impera el reparto desigual y así lo reconocen en sus respuestas todos los encuestados, aunque con matices según el género de quien responde a la pregunta. Para la población madrileña, las madres son quienes asumen sobre todo las tareas domésticas en solitario (61%). Sólo en un 22% se reconoce cierta corresponsabilidad. En el grupo de 30 a 44 años aumenta la corresponsabilidad (28%), aunque en el 57% de los casos sigue cayendo en solitario en la mujer. En este grupo es más frecuente la presencia de personas contratadas o familiares. Suelen ser los varones quienes señalan que el reparto de tareas dentro de su casa es normalmente su cometido (7%), y quienes consideran con más frecuencia que esta labor es paritaria (30% hombres frente a 16% en mujeres). Mientras, las mujeres indican con más frecuencia que son ellas quienes le dedican más horas al trabajo doméstico (71%). Entre los 25 y los 34 años el reparto de tareas es algo más igualitario, percibiendo corresponsabilidad solo el 23,5% de las mujeres y “solo” el 60,9% que es la madre quien se encarga en solitario de las mismas. Porcentaje que se eleva hasta el 70% a partir de los 35 años. Si hablamos de estatus social, en los niveles bajos es más frecuente que se

señale a las mujeres como responsables de las tareas del hogar (67,5%), aunque la percepción de corresponsabilidad se mantiene en torno al 25%, a excepción de los individuos de estatus medio alto (32,4%). Entre los de estatus alto destaca el 14,3% que señala al personal contratado al efecto. Atendiendo a la zona de residencia no hay grandes diferencias en cuanto a la percepción de corresponsabilidad, aunque en la periferia de clase trabajadora se señala en mayor medida a las madres como responsables de las labores (62,6%), mientras que en el centro de la ciudad la madre es señalada en menor medida (50,7%) y se recurre más frecuentemente al personal contratado. El reparto paritario es más corriente entre las parejas sin hijos (46,1%), probablemente por tratarse en mayor medida de parejas jóvenes en las que ambos trabajan. Sin embargo, las cargas suelen recaer de una manera mucho más intensa sobre las madres en las parejas con hijos (62,6%). En los hogares monoparentales (68,2%), aunque se recurre en mayor medida a la ayuda de los hijos cuando estos son ya mayores. En concordancia con esto, cuando ambos miembros de la pareja trabajan la corresponsabilidad es mayor, aunque sólo el 28,7% así lo considera, frente a casi la mitad de los varones (47,5%). Pero la diferencia es clara, pues cuando trabaja uno solo de los miembros. El 74,6% de las mujeres considera que la responsabilidad es suya y solamente el 18,1% percibe corresponsabilidad.

Gráfico 21

Horas dedicadas a las labores domésticas. 2007



* Percepción de la corresponsabilidad

En el 53 % de los hogares madrileños se considera que el reparto de las cargas es claramente desigual dándose una notable coherencia entre esta percepción y los comportamientos concretos. Dentro de esta mitad de hogares, en un 19 % de los casos piensan que todo lo tiene que hacer una sola persona; otro 23% considera que una sola persona tiene la responsabilidad y que los restantes miembros le ayudan en diferentes grados. El 11%, por último, considera que en su casa se produce la forma de reparto desigual más atenuada: cada cual se ocupa de lo suyo, pero una persona se encarga de las tareas comunes. En 47% restante de hogares la fórmula de reparto igualitario del trabajo doméstico más empleada es la asignación fija de tareas (38%). La edad marca de forma directa cómo se percibe el reparto del trabajo doméstico. Entre los más ancianos perciben en su hogar las fórmulas menos igualitarias: solo se reconoce corresponsabilidad en el 30%. Sin embargo, por debajo de los 44 años la mayoría de los entrevistados hablan de fórmulas más igualitarias. En el grupo bajo análisis la percepción de corresponsabilidad es algo más marcada: en el 52% de los casos se reconocen formulas plenas o parciales de ese tipo, aunque es en la cohorte anterior donde esta percepción es más acusada. Al combinar ambas

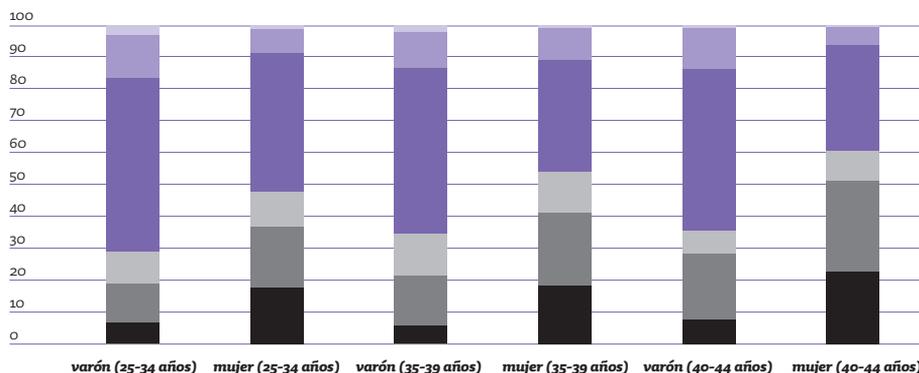
variables se observa que en nuestro grupo de análisis la percepción de corresponsabilidad, aunque mayor que en el promedio, difiere sensiblemente entre hombres (52%) y mujeres, (36%) con mayor distancia si cabe que en el conjunto madrileño. (46/32). Por cohortes de edad, la corresponsabilidad es más frecuente entre los 25 y 34 años, señalada por casi la mitad de las mujeres (43,2%) y más de la mitad de los hombres (53,9%).

Además de la edad y del género, influye fuertemente la situación de actividad de los miembros principales del hogar. Como es habitual, cuando solo trabaja uno de los miembros, las mujeres señalan una corresponsabilidad mucho menor (32,2%) y una mayor dedicación exclusiva de una sola persona (23,6%). Un elevado porcentaje considera también la fórmula desigual, en la que uno tiene la responsabilidad y los restantes miembros de la familia le prestan ayuda (29,7%). En las parejas de doble ingreso la percepción de corresponsabilidad en los varones es muy elevada y una mayoría de mujeres lo ratifica. Es en la almendra central –mayor estatus– donde los encuestados señalan más frecuentemente que las tareas están repartidas (48,5%), mientras que en el sur es donde esto es menos frecuente (41,9%), aunque las diferencias respecto al reparto claramente desigual en el cual todo lo tiene que hacer una sola persona son escasas.

Gráfico 22

Formas de reparto de tareas. 2007

- todo lo tiene que hacer una sola persona
- una persona tiene la responsabilidad, los demás le ayudan
- cada cual se encarga de lo suyo, tareas comunes en una persona
- las tareas están repartidas
- cualquiera puede encargarse de lo que haga falta
- ns/nc



vestigación, a la hora de hablar de la realización de las tareas caseras, continúan explicando la participación del varón en términos de “ayuda”. Actitud no muy alejada de la relación de apropiación del espacio de lo doméstico que adoptan las mujeres de más edad.

—*En mi casa era mi madre quien hacía las cosas. Mi padre y mi hermano en su vida han hecho nada. La educación que se ha dado en mi casa ha sido machista. Y a mi no me ha desagradado. (Grupo de Discusión 1)*

El papel del varón en lo doméstico

Como es de suponer, en semejante escenario y en abierta contradicción con la lógica del reparto de tareas que parece imperar en el discurso actual, el papel de los varones en lo doméstico, volcados hacia el trabajo remunerado, habría sido testimonial. Pero, ¿hasta que punto? Por un lado, los estudios realizados en los últimos años hablan de una paulatina incorporación del varón a las tareas del hogar, actitud que incluso se estaría percibiendo socialmente. Aunque se trata de una incorporación muy lenta, y que se encuentra muy lejos del objetivo del reparto igualitario de tareas entre unos y otras. Además, estos datos contrastan significativamente con el propio discurso de los varones, quienes, preguntados por la labor que juegan en lo doméstico, hablarán abiertamente desde la normalización, esto es, dando cuenta de su participación en una amplia diversidad de tareas asociadas a lo doméstico: planchar, limpiar, cocinar, comprar... Si no indagásemos en sus testimonios podría llegar a pensarse que los varones participan en su hogar mucho más de lo que las estadísticas afirman.

—*Creo que también hay hombres que se dan cuenta de que no tienen que ayudar, o sea, que es su responsabilidad. La casa es de dos personas, los hijos son de dos personas, y el plan que haces de vida es de dos personas. (EA Mujer. Hogar monoparental)*

Sin embargo, cuando se profundiza en el discurso aparecen relevantes matices. En primer lugar, lo habitual es que los varones se relacionen con lo doméstico como con un ámbito que no les pertenece, que les es ajeno. Un territorio que pertenece a otro, otra en realidad porque suele recaer en la mujer en sus distintas vertientes de esposa, compañera, madre, hermanas... Hecho que se ve de un modo todavía más nítido en el reparto de las tareas en los hogares compuestos por población inmigrante.

—*Los hombres son un poco difíciles que lleven la casa. Yo les digo todos los días que tienen que colaborar. Puede ser con la limpieza, con la lavada de la ropa, con la compra... Que me colaboren, por favor, aunque sea sólo el fin de semana, y... (EA. Mujer inmigrante)*

**Los varones piensan con más frecuencia
que las mujeres, que el reparto de las funciones
está bien establecido en su casa**



* El escaqueo doméstico ¿fuente de conflicto?

Aunque sólo se formulen explícitamente reclamaciones en un 29% de hogares en el total –algo más elevado en nuestro grupo de edad (31%)– el grado de conflicto es elevado. Se señala al padre como alguien que debería arrimar más el hombro y no lo hace: 25% en nuestro grupo y 20% en el conjunto.

Las diferencias entre géneros son significativas, aunque no lo considerables que cabría esperar. Los varones piensan con más frecuencia que el reparto de las funciones está bien establecido en su casa, tanto en el conjunto de la población (76%) como en nuestro grupo de análisis (73%). Pero un porcentaje superior de mujeres (29%) consideran que el cabeza de familia debería hacer más. Esta opinión la mantiene el 21% de los hombres.

Por cohortes de edad, las mujeres de 40 a 44 años formulan demandas en ligera mayor medida, aunque el 59,1% considera que está bien como está. El 30,4% señala al padre y el 6,1% a los hijos como las personas que deberían hacer más. Entre los varones, a medida que aumenta la edad se percibe un mayor desequilibrio de tareas y una mayor exigencia hacia sí mismos.

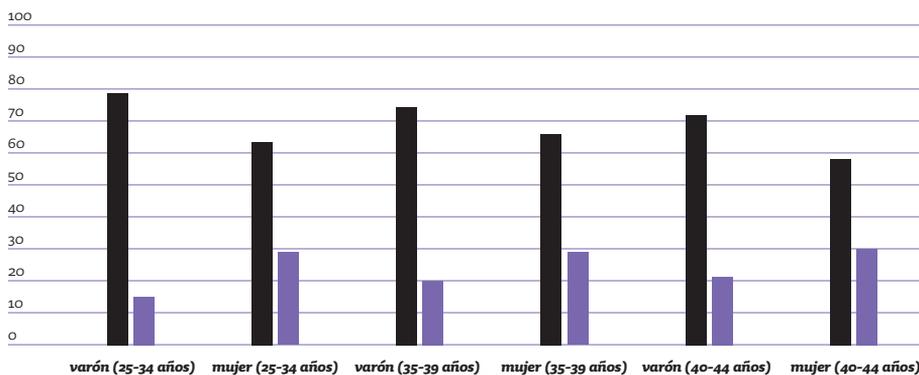
Cuando hay dependientes los varones perciben en mayor medida el desequilibrio y consideran que ellos mismos deberían hacer más (25,8%). En estos hogares el 59,4% de las mujeres se muestran satisfechas con el reparto y el 33,3% cree que su marido debería hacer más. La conformidad con el reparto del trabajo doméstico en el hogar delata un modelo de familia, es decir, quién asume efectivamente las cargas.

Cuando se entrevista a los varones y a las mujeres de los hogares donde el trabajo doméstico recae sobre las madres, se advierte un menor grado de conformidad entre la mujeres (54,2%) que entre los varones (58,0%), aunque son pocas más las que consideran que el padre debería hacer más, señalando también a los hijos. En cambio, en los hogares donde se reparten las cargas entre ambos padres se advierte mayor conformidad en ambos géneros.

Gráfico 23

Satisfacción o insatisfacción sobre el reparto de tareas. 2007

- está bien como está
- está desequilibrado y él (padre) debería hacer más



* **Tú la cocina, yo los baños**

La forma de repartirse las labores domésticas que habitualmente se desarrollan con niveles bajos de corresponsabilidad parece llevarse a cabo sin conflicto entre ambos componentes de la pareja. Es más, para uno de cada ocho la forma adoptada es la “natural” y casi la mitad alude a la espontaneidad como vehículo del consenso; un tercio utilizó el acuerdo explícito. Sólo una minoría acordó el reparto tras una discusión. En la cohorte más joven la necesidad del acuerdo formal cobra más peso sobre la mera espontaneidad.

Las mujeres señalan, con más peso que sus compañeros, la existencia de una discusión previa. En todo caso de forma minoritaria. Los varones aluden en mucha mayor medida a la “naturalidad del reparto”. En cualquier caso llama la atención que en aquel caso en que se asume como bueno el desigual reparto actual de tareas, es el hombre quien entiende con mayor énfasis que tal situación equivale a la normalidad. Y en los casos en que se reconoce desequilibrio por menos participación masculina las mujeres aluden con mayor peso al conflicto.



Esta relación viene marcada en buena medida (incluso legitimada, dirán algunos varones), porque tradicional y culturalmente, el terreno del varón habría sido salir de casa a ganar el “sustento”. Desde esta perspectiva, su participación en las tareas de casa es explicada, en muchos casos, en términos de “ayuda”, poniendo sobre la mesa esa relación laxa que los varones suelen establecer con lo doméstico. Como si su participación en este ámbito fuese una concesión, un favor que realizan para echar una mano a las personas que de él se ocupan mayoritariamente. Por este motivo, apenas aparecen posiciones que se puedan vincular a la idea de corresponsabilidad, un concepto incipiente entre los varones, cuya participación, además, suele ser pautada y tutelada por las mujeres. Son ellas las que les indican qué hacer, cómo hacerlo y cuándo. De otro modo, los hombres “escurren el bulto”, como dirá una de las mujeres que participó en la investigación. Son ellas, además, las que, en un buen número de ocasiones, rechazan la participación de sus parejas porque entienden que no hacen las tareas a su gusto (al gusto de ellas), o del modo en que ellas consideran más adecuado. Actitudes que, sin lugar a dudas, legitiman y refuerzan el alejamiento de los varones del ámbito doméstico.

—La que al principio le costó asumirlo fue a mí, porque estoy acostumbrada a que en mi casa mi madre era la que hacía todo. Mi padre no ha hecho nada nunca. Como mucho ayudaba a poner y a quitar la mesa o ayudaba a hacer la compra. Entonces, al principio, cuando me fui a vivir con él era como: “no, déjalo, ya lo hago yo”. (Grupo de Discusión 1)

—La limpieza de la casa nada. O sea, lo que es la cocina, nada. Es que luego dejan la cocina que prefiero casi que no pase. (Grupo de Discusión 3)

En conclusión, en lo relativo a la corresponsabilidad, al reparto igualitario de las tareas domésticas entre el varón y la mujer, apenas se habrían dado los primeros pasos.

El progresivo desprestigio de lo doméstico

Y si no constatamos en el discurso una relevante incorporación de los varones al ámbito de lo doméstico, sí se observa una progresiva devaluación de este espacio de privacidad. Desprestigio que parece responder a varios factores convergentes:

- La valoración de lo laboral, o por decirlo de modo más claro: la ocupación por parte del ámbito laboral del núcleo de lo social. Hasta el punto de que observamos en el discurso la cristalización de la estrecha relación entre el triunfo en el trabajo y el éxito o el fracaso social de los sujetos de que se trate.

- El creciente desapego de lo doméstico por parte de las mujeres, aquellas personas que lo habían tenido como un ámbito propio, el espacio a partir del que construir su propia identidad.
- La lenta y reducida incorporación de los varones a las tareas asociadas al terreno doméstico.

En consecuencia, lo doméstico constituye, hoy por hoy, un ámbito nada deseable, un espacio en el que la creatividad y las potencialidades de las personas quedarían soterradas por el peso de tareas que se consideran tediosas, repetitivas, “alienantes”, nada valoradas socialmente...

—Nos olvidamos de que dentro del hogar estás haciendo una actividad profesional, que como no está retribuida no se reconoce socialmente. Yo reivindico esa parte del trabajo, porque a mí me parece que es un trabajo tedioso y nada creativo. (Grupo de Discusión 4)

En tal contexto, sobre las mujeres (pues siguen siendo ellas las que soportan el peso de lo doméstico) que deciden “dedicarse a su hogar” abandonando o sin llegar a entrar en el mercado de trabajo, se depositan miradas de sospecha, de desaprobación, incluso, de incompreensión. Soportan, en último término, el juicio de quien ve en lo laboral el espacio (el único espacio, incluso) en el que crecer subjetivamente. La figura del “ama de casa” pertenecería al pasado, a un tiempo pretérito basado en el reparto de tareas en función del género del que se quiere escapar.

Conciliar trabajo y tareas del hogar

Este progresivo alejamiento de las mujeres de las tareas de la casa, si bien no ha sido facilitado por una decidida incorporación del varón a este terreno, lo habría sido por la externalización de buena parte de ellas. Y cuando hablamos de externalización nos referimos a la contratación de terceros generalmente otras mujeres para desempeñar las labores que antes llevaban a cabo las mujeres exclusivamente.

—Llega un momento que dices: qué narices, si tengo dinero, pues voy a pagar una persona que venga dos días en semana y que me limpie. (Grupo de Discusión 1)

La externalización de lo doméstico se plantea:

- Como una liberación de tiempo que dedicar a otros ámbitos: principalmente a lo laboral, pero también a lo familiar o al tiempo personal.

* La perpetuación de los estereotipos femeninos

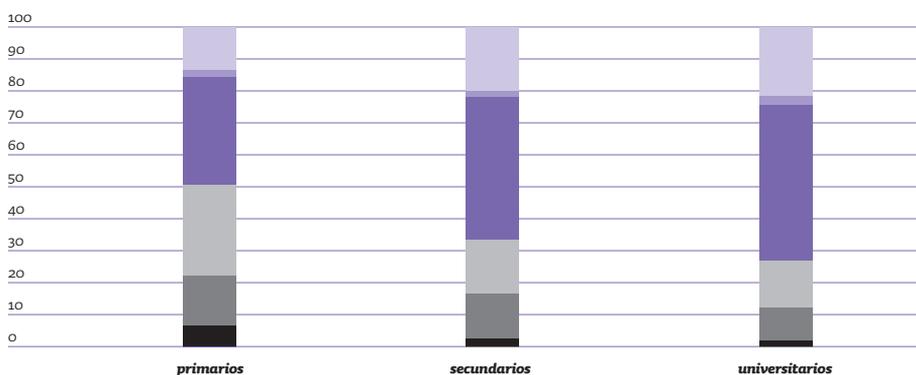
En un tercio de los hogares jóvenes (33%) es posible apreciar un cierto “machismo femenino” en relación con el desempeño de las tareas domésticas. Las que no dejan que el marido haga nada, o pasan de las labores domésticas (“pasotismo femenino”), apenas concitan un 5% de las respuestas entre ambas. Sin embargo, si a las primeras le sumamos la respuesta de “mujeres que hacen todo o casi todo” (12%) y el de aquellas que tratan de que el marido haga solo lo que ellas les pidan (17%) advertimos la presencia de este “machismo femenino”. En todo caso, la respuesta más habitual (45%) es la actitud femenina que contempla la labor del marido como complementaria a su rol, asumido como principal por ambos cónyuges. En más del 75% de los hogares, la mujer no parece adoptar una postura clara de corresponsabilidad –no de ayuda– en las tareas domésticas. Las posiciones en las que la responsabilidad recae principalmente sobre la mujer son más frecuentes cuanto menor es el nivel de estudios: la mitad de los jóvenes con estudios primarios señalan opciones que denotan cierto “machismo femenino” (50,9%). En cambio, cerca de la mitad de los jóvenes con estudios secundarios y en mayor medida los universitarios señalan la actitud semi-igualitaria. En torno al 20% no contesta, lo cual se identifica con una actitud de mayor corresponsabilidad.

El estatus socioeconómico parece desempeñar un papel menor que el nivel de estudios. Las actitudes más machistas se encuentran especialmente en el nivel socioeconómico bajo (50%) y en ligera mayor medida en el medio bajo (38,9%), en detrimento de la opción semi-igualitaria (33,3% y 41,2%). En cualquier caso, en esta actitud semi-igualitaria las diferencias son escasas. Del mismo modo, el “no contesta” identificado con la corresponsabilidad se mantiene estable en torno al 20%, a excepción del nivel bajo. La presencia de dependientes introduce diferencias significativas, aunque solamente en el caso de que sean los varones los entrevistados. Cuando hay dependientes, los hombres consideran en mayor medida la existencia de actitudes “machistas” por parte de sus cónyuges femeninas (37,1%), mientras que si no lo hay un elevado porcentaje de varones no contesta a la pregunta, lo cual denota una mayor corresponsabilidad de tareas (31,6%). Atendiendo a la situación de actividad, ambos géneros marcan una tendencia similar en cuanto a sus respuestas, de tal modo que si trabaja uno solo de los miembros del hogar son más frecuentes las actitudes de “machismo femenino” (35,8% según las mujeres y 34,9% según los varones), en detrimento de la actitud semi-igualitaria, más frecuente cuando trabajan ambos miembros del hogar (56,9% según las mujeres y 50,2% según los varones).

Gráfico 24

Actitud de las mujeres ante las tareas domésticas según su nivel de estudios. 2007

- de las que no permiten que el marido haga nada en casa
- de las que el marido complementa las tareas que ella hace
- de las que lo hacen todo o casi todo
- de las que pasan de las tareas del hogar
- de las que trata de que el marido haga sólo lo que ellas le piden
- ns/hc



* **Importancia atribuida al orden doméstico**

¿Cuál es la actitud de estas nuevas generaciones frente al “orden doméstico”? En su mayoría (68%) se alude a un “mínimo” de orden, aunque también es cierto que son algunos más los que señalan el “máximo” orden (16%) que los que se posicionan en el opuesto (12%), por colisión estos últimos con el tiempo personal: dentro de ellos una minoría alude al recurso de persona contratada al respecto (3%).

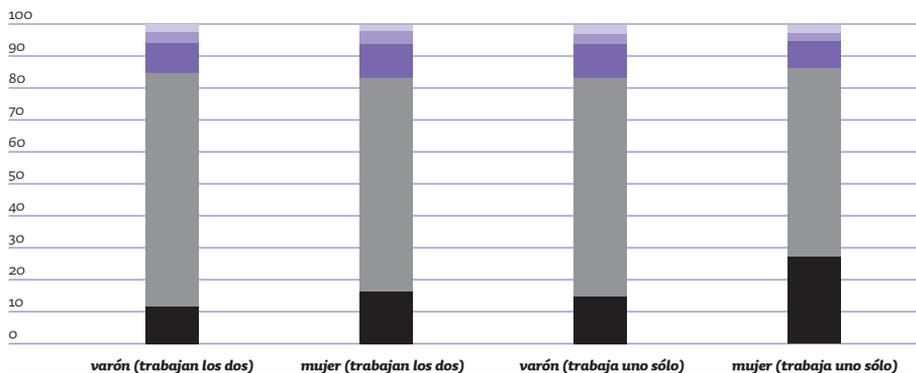
En todo caso la posición femenina –predominando la actitud de “mínimo orden”– es más proclive al “orden máximo” y también al recurso de contratación de personas. El decantamiento femenino hacia una actitud de orden máximo prevalece en los modelos de reparto (o de percepción) desigual mientras que en los modelos más igualitarios es donde esta actitud se equaliza por género y emergen las de “orden mínimo” en las mujeres. En sentido contrario la actitud de “orden doméstico máximo” genera una percepción de reparto “adecuado” de las labores entre los varones (87%) y mucho menor entre las mujeres (51%). En las actitudes de “mínimo orden doméstico” las percepciones de reparto igual según género se equalizan e incluso el varón reconoce su menor implicación (38%) por encima de la opinión de la mujer (27%). La exigencia

de “orden doméstico máximo” es más frecuente cuanto menor es el nivel de estudios de los jóvenes (27,8% entre los que tienen estudios primarios y 11,4% entre los universitarios). Por el contrario, son más los jóvenes con estudios secundarios, y sobre todo con universitarios, los que optan por un “orden mínimo”, por la preponderancia del tiempo personal y por el recurso a personas contratadas. Consecuentemente, las actitudes hacia el “orden máximo” aumentan a medida que desciende el nivel socioeconómico de los jóvenes, siendo especialmente frecuentes entre los de estatus bajo (25,9%) –sobre todo entre los varones–. Sin embargo, el “orden mínimo” muestra un peso constante en todos los niveles de estatus, a excepción del más alto, donde su peso es menor en beneficio del recurso a contratar a una persona (11,0%). El tiempo personal es señalado especialmente en los niveles medios, y escasamente entre los jóvenes de estatus bajo. Las mujeres tienden a señalar en mayor medida el “orden máximo”, y esta tendencia es especialmente fuerte en las parejas en las que solamente trabaja uno de sus miembros (27,3%), en detrimento del “orden mínimo”. En esta situación es en la que menor medida se subordina el orden al tiempo personal y se recurre a personas contratadas, aunque las diferencias son pequeñas.

Gráfico 25

El orden en casa. 2007

- necesito que la casa esté limpia y ordenada
- me hace falta un mínimo de orden
- no estoy dispuesto/a a perder horas de ocio
- mi tiempo es demasiado valioso para perderlo limpiando, prefiero pagarle a alguien
- ns/nc



- Como una medida para la conciliación de lo laboral con otros ámbitos, como el familiar, principalmente.

Pero como es obvio, la externalización de las tareas domésticas, no está al alcance de todos, sino que requiere de una situación económica que lo permita.

—*En esto está el poder del sueldo. En esas circunstancias puedes decir: “bueno, pues sí puedo estar más abierta a que entre otra mujer a que me limpie”.* (EA. Técnico)

Y además, de una posición ante lo doméstico abierta a la entrada de un otro, de un tercero. Al respecto, nos volvemos a encontrar con posiciones que varían en función de la edad. Las mujeres de más edad parecen más reticentes a la externalización de las labores domésticas por varios motivos:

- Su vínculo con lo laboral es más laxo.
- Continúan teniendo una marcada identificación con el ámbito doméstico.
- Consideran que, de algún modo, abrir, ceder, lo doméstico a un tercero, significaría renunciar a un espacio que sienten como propio y, por lo tanto, a uno de los pilares centrales de su propia identidad.

En cambio, las mujeres de menor edad parecen estar más dispuestas a la externalización de las tareas domésticas:

- Su relación con este espacio es más laxa.
- Perciben las tareas domésticas en términos negativos: como una carga.
- El terreno desde el que construyen sus identidades es más el laboral que el doméstico.

Y sin lugar a dudas, mucho más abiertos a la externalización se encuentran los varones, pues en último término, supone su exclusión definitiva de un terreno del que se sienten completamente alejados. En tales circunstancias, gozan de la posibilidad de volcarse sin interferencias en lo laboral evitando tensiones dentro del hogar.

Síntesis y conclusiones

El recorrido por el presente epígrafe ha ido verificando la mayoría de las hipótesis formuladas, aunque con matices de interés. Efectivamente el discurso igualitario y de corresponsabilidad ha calado, pero las tareas asociadas a lo doméstico siguen recayendo –directa o indirectamente– mayoritariamente en las mujeres. Sin embargo en los hogares de doble ingreso y en general de mayor estatus cultural y económico, se advierten adelantos en la corresponsabilidad pero también –debido a la mayor solvencia económica– en un apoyo externo de persona contratada. Algo que se plantea como demanda insatisfecha en uno de cada cuatro hogares. En general se confirma una “desvalorización de lo doméstico” en las nuevas generaciones con un modelo consensuado de “mínimo orden” pero también, por parte de las mujeres, con una posición mayoritariamente complementaria del varón –ayuda– en este campo. De hecho se detectan posiciones de lo que se ha denominado “machismo femenino” que excluirían o justificarían la ausencia del varón, en más de un tercio de los hogares de las nuevas generaciones –más elevado cuanto menor es el estatus sociocultural– algo que estaría haciendo obstáculo a la generalización de la corresponsabilidad plena, que se propugna en el discurso, muy mediado por lo que se ve, por lo políticamente correcto.

*** Reparto objetivo**

El tiempo que los integrantes de las nuevas generaciones dedican a las labores domésticas es muy similar al que dedican el conjunto de la población madrileña. Hay que señalar que con la presencia de los hijos aumenta notablemente a partir de los 35 años.

Las labores domésticas no ejercen el mismo peso según se trate de hombres y mujeres. Para empezar, los varones dedican un tercio menos de tiempo a esta actividad, tan sólo algo más que sus homólogos del conjunto de la población madrileña. Por contra, las mujeres de las nuevas generaciones dedican casi un 20% menos de tiempo que sus equivalentes madrileñas. Cuando se van haciendo mayores la tendencia es opuesta: los hombres tienden a cuidar menos del hogar al contrario que las mujeres, que le dedican más horas

La situación más desfavorable para las mujeres jóvenes que viven en pareja es cuando ellas no trabajan y tienen hijos, hasta el punto de que una cuarta parte declara dedicar ocho o más horas diarias a la casa.

En las parejas de doble ingreso y con hijos llama poderosamente la atención la asimetría de corresponsabilidad en las tareas domésticas entre ellas y ellos, en perjuicio de las primeras.

* **Percepción de responsabilidades**

En las nuevas generaciones de madrileños persiste la dispar percepción acerca de la corresponsabilidad en las tareas domésticas según la valoren los hombres y las mujeres. Así, mientras el 37% de los varones afirma que en su casa se produce la corresponsabilidad, esta opinión tan sólo es compartida por el 20% de las mujeres. En cualquier caso la corresponsabilidad es algo superior a la media y se echa mano con más frecuencia de personas contratadas.

La corresponsabilidad se produce en mayor grado cuando trabajan ambos miembros de la pareja. Los hombres lo creen así en mayor grado, casi la mitad, que las mujeres, entre quienes no llega a un tercio. Éstas, además, consideran que con la llegada de los hijos las labores domésticas recaen aún más sobre sus espaldas.

Entre las personas con estatus social más bajo las mujeres son habitualmente las responsables de atender a la casa. Entre las de estatus más alto se recurre al servicio doméstico.

* **Grado de acuerdo con el reparto**

No parece aumentar significativamente el descontento acerca del desigual reparto de las tareas domésticas: en menos de un tercio de los hogares se formulan reclamaciones, proporción muy similar al promedio madrileño.

La presencia de dependientes hace que los varones se sientan en cierto modo culpables y perciben el desequilibrio en mayor medida considerando que ellos mismos deberían colaborar.

En los hogares en los que se reparten las tareas hay mayor satisfacción sobre el reparto.

Para casi la mitad de las jóvenes parejas la espontaneidad es la forma de repartir las tareas. Un tercio de ellos recurren al acuerdo explícito, sistema más extendido entre los más jóvenes y las parejas de doble ingreso.

Cuando se asume como bueno el reparto desigual, es el varón quien entiende con mayor énfasis la “normalidad” de esta situación. Cuando se reconoce el desequilibrio, son las mujeres quienes hacen más insistencia a esta situación de conflicto.

* **Importancia atribuida al orden doméstico**

La mayoría es consciente de un orden mínimo en la casa como ideal para el funcionamiento del hogar. Son más los que desean el máximo orden que los que pasan del tema, que les restaría tiempo para ellos mismos.

La mujer es más proclive al ideal del orden máximo, aunque predomine también en ella el mínimo orden.

En las actitudes de “mínimo orden doméstico” las percepciones de reparto igual según género se ecualizan. Incluso los varones reconocen su menor implicación por encima de la opinión de la mujer.

Cuanto menor es el nivel de estudios es más frecuente la preferencia por el orden doméstico máximo.

* **Estereotipos femeninos**

¿Hasta qué punto se detecta cierto sentido de culpabilidad entre las mujeres sobre cosas que deberían hacer ellas y no hacen? Cosas que “no deberían hacer los hombres”, síntoma, según algunos, de un peculiar machismo femenino. La actitud más habitual es considerar como complementaria la participación del marido en las tareas domésticas, asumiendo su papel principal. En un tercio de los hogares se advierte un claro machismo femenino, posición compartida por hombres y mujeres.

Pero en más del 75% de los hogares jóvenes la mujer adopta un punto de vista claro de correspondencia, no de simple ayuda en las tareas domésticas. Sin embargo llama la atención que en la cohorte más joven se refuerza la actitud femenina semi-igualitaria a partir del rol complementario del varón. Las posiciones en las que la responsabilidad recae principalmente sobre la mujer son más frecuentes cuanto menor es el nivel de estudios. Entre los universitarios, por contra, se aplaude la actitud semi-igualitaria mientras que en torno a uno de cada cinco se identifica con una actitud de plena corresponsabilidad.

* **Existencia y demanda**

de ayuda para labores domésticas

Entre las edades de 30 a 44 años un 26% cuenta con personal contratado, asistenta por horas habitualmente. Por encima del promedio madrileño aparece la presencia de persona fija externa diaria, especialmente en los hogares con hijos y doble ingreso. Una de cada cuatro familias que carece de ayuda externa contratada manifiesta que la necesitaría, con lo que la demanda potencial se elevaría al 44% del total. Son realistas y en los hogares de condición socioeconómica baja esta demanda potencial se queda en la mitad de los hogares de clase media alta. Son las mujeres las que expresan esta necesidad en mayor medida que los varones.



“

Para las nuevas generaciones de madrileños, especialmente para las mujeres, la importancia atribuida al tiempo personal supera con creces al destinado a la carrera profesional, situándose en el tercer puesto de un ranking encabezado por la familia y seguido por la relación de pareja”

El tiempo personal

Trabajar, cuidar de los hijos cuando se tienen, atender las labores domésticas para hacer de la casa un lugar habitable y eficiente... Una suma de tiempos distintos y complementarios que dejan poco hueco para atender a las necesidades estrictamente personales, el tiempo personal. Un tiempo objetivamente residual que, a diferencia de los otros, se puede emplear o no. Su delgadez es especialmente magra entre el colectivo que estamos estudiando, población joven laboralmente ocupada, con hijos en buena parte de los casos. Más concretamente entre las mujeres, sobre las que –como hemos visto– recae desigualmente la responsabilidad y el peso de conciliar las distintas esferas. Y sin embargo es un tiempo esencial, relativamente novedoso, que gana protagonismo cada día. El tiempo no controlado por los demás, menos alienado, dedicado a la “reproducción cultural propia”, a las actividades que permite ampliar el desarrollo personal, la formación intelectual o la participación política y social.

En cierto sentido, este tiempo personal podría parecer un ámbito del que apenas disfrutarían las mujeres debido a la acumulación de funciones y tareas que desempeñan. Pero, y quizás por ello, es un espacio cada vez más importante que comienzan a reclamar para sí las mujeres más jóvenes y cualificadas. Especialmente en las parejas recientes, sobre las que se habrían detectado nuevas formas de gestión cada vez más autónomas e independizadas de los espacios y tiempos. Lo que algunos han llamado “parejas libres juntos”.

En esta línea, el ámbito de lo personal, el “rescate de tiempo” para uno mismo, constituiría una demanda de las nuevas generaciones en pie de igualdad creciente con los otros ámbitos: el laboral, y el reproductivo-familiar. Demanda especialmente destacada entre las mujeres, sobre todo las más cualificadas, negativamente afectadas por la acumulación de responsabilidades, pero que no por ello quieren renunciar, como en buena

medida hicieron sus madres al desarrollar un agotador intento de “perfeccionismo de superwoman” en todos los frentes, a un espacio-tiempo para uno mismo.

La verificación de esta hipótesis habría requerido, por sí misma, una investigación *ad hoc* que trasciende con mucho los límites de esta publicación. Por ello se ha optado por acotar tanto el sujeto como el objeto de análisis. En el primer caso centrando el análisis en la población de 25 a 44 años personas principales del hogar laboralmente ocupadas. En segundo lugar, analizando tres aspectos del mismo: características del tiempo personal –importancia otorgada–, percepción de suficiencia y actividades desplegadas, demandas y expectativas de ampliación de actividades de “reproducción cultural propia” y finalmente el modelo entre las nuevas generaciones de madrileños emparejados de compartir tiempos y recursos.

Un espacio y un tiempo incipiente

Mayor o menor, los hombres siempre han tenido un tiempo que les es propio. Cuando se dice que lo personal representa un fenómeno incipiente que se abre paso entre las otras tareas hablamos de mujeres. Es significativo que apunte en los grupos de discusión compuestos por mujeres de menor edad y, por otro lado, entre los técnicos entrevistados. Permite entenderlo como un concepto actual, moderno, reciente, inexistente en un tiempo pretérito, en el que las miradas estaban centradas en lo doméstico y en lo laboral. Es un cauce de salida a cierta falta de espacio para la subjetividad.

—¿Tú crees que ocupándome de mi madre, de mis hijos, trabajando... yo podía tener tiempo de ocio?... Pues desde entonces hasta ahora. (EA. Mujer mayor. Hogar monoparental)

Que en el discurso lo personal aparezca en términos de demanda apunta a que se trata de un terreno por conquistar, no de un espacio consolidado. Un objetivo, dejando en evidencia la escasa relevancia que actualmente tendría en el día a día de las mujeres. Cuando a alguna de las mujeres de mayor edad que participaron en la investigación se les preguntaba por el tiempo personal, entendían la cuestión como una ironía, incluso algunas, como una mala broma. Como una de ellas dirá: “el tiempo para mí no se qué es”.

—Yo, cuando terminaba de trabajar era: niños, casa, casa y casa. Y, ¿tiempo para mí? Casi nada. Tuve que decir: ‘hoy necesito un cuarto de hora u hoy necesito ir a la peluquería sin más remedio.’ (Grupo de Discusión 3)



* **Hábito varonil, conquista femenina**

Para las nuevas generaciones de madrileños, especialmente para las mujeres, la importancia atribuida al tiempo personal supera con creces al destinado a la carrera profesional, situándose en el tercer puesto de un ranking encabezado por la familia y seguido por la relación de pareja. Pero también se observa que para las mujeres esta preeminencia del tiempo personal es un “deseo que se cura con la edad”. Es decir, que alcanza su máxima cota en las mujeres más jóvenes –también menos emancipadas– entre los 25 a 34 años (22,6%), pero que a medida que se impone el “principio de realidad” esta importancia decae (10% en mujeres de 40 a 44 años) a favor, sobre todo, de la familia. Sin embargo las mujeres siempre señalan con más fuerza este ámbito que los varones. Acaso porque en estos últimos se da como un hecho y para la féminas es una “conquista”.

Una variable que discrimina la valoración del tiempo personal es el nivel de estudios: cuanto mayor es éste más se valora aquel. Mujeres jóvenes, universitarias laboralmente ocupadas y con

obligaciones familiares proporcionarían el perfil de quien proyecta la mayor importancia al “tiempo para uno mismo”. Sin embargo al estudiar la percepción sobre las prácticas reales de distribución de tiempos se comprueba que, más allá de esta proyección valorativa, en la práctica sólo una minoría (5%), y además ligeramente más acentuada en los varones, declara haber primado su tiempo personal sobre el profesional y el familiar. Más de la mitad de los encuestados (55%) –sin apenas diferencia por género– declaran haber tratado de compatibilizar familia, trabajo y ocio; en segundo lugar –especialmente entre las mujeres– se ha primado la familia a costa de la carrera y en uno de cada 10 casos se ha primado el trabajo remunerado sobre cualquier otra actividad. La práctica relega efectivamente a tiempo residual el destinado a la “reproducción cultural propia”, lo que no obsta para destacar la fuerte demanda potencial del mismo entre las más jóvenes. Pero incluso esa minoría que dice valorar el tiempo personal por encima de cualquier otro ha sido incapaz de primarlo en la práctica (8,3%), porcentaje inferior al de quienes han primado su carrera profesional (9,1).

21%

**una de cada cinco mujeres
expresa carecer de tiempo para sí misma
por uno de cada siete varones**

* La insuficiencia del tiempo para uno mismo

Más de la mitad de los encuestados (52%) considera que tiene poco (34%) o incluso ningún tiempo (18%) para sí mismo. Frente a ellos, un 43% se siente moderadamente conforme con el tiempo libre del que goza (solo a un 9% le sobraría). Un 4% no se decanta al respecto. Aunque es mayor entre las mujeres, la diferencia de percepción según género del tiempo para uno mismo no es tan desigual como cabría suponer. De hecho una de cada cinco mujeres (21%) expresa carecer de tiempo para sí misma por uno de cada siete varones (15%). En paralelo son algo más los que perciben andar sobrados de tiempo libre (10%) que las mujeres (8%).

La edad, ligada a la presencia de hijos pequeños, es la variable que modifica sustancialmente estas percepciones. Por esta razón, la suficiencia de tiempo –en ambos géneros– es predominante en la cohorte inferior a los 30 años en relación con la de 30 a 44 –la mayoría con hijos–, en la que casi el 60% de las mujeres (53% de los hombres) declara carecer de tiempo para sí. Esta importancia de los hijos pequeños como “detractores del tiempo personal” se pone de manifiesto al contemplar la percepción según esta variable. De hecho se observa que entre los ocupados que viven en pareja sin hijos más de la mitad (53,4%) considera suficiente el tiempo para sí mismo de que disponen. En las parejas con hijos

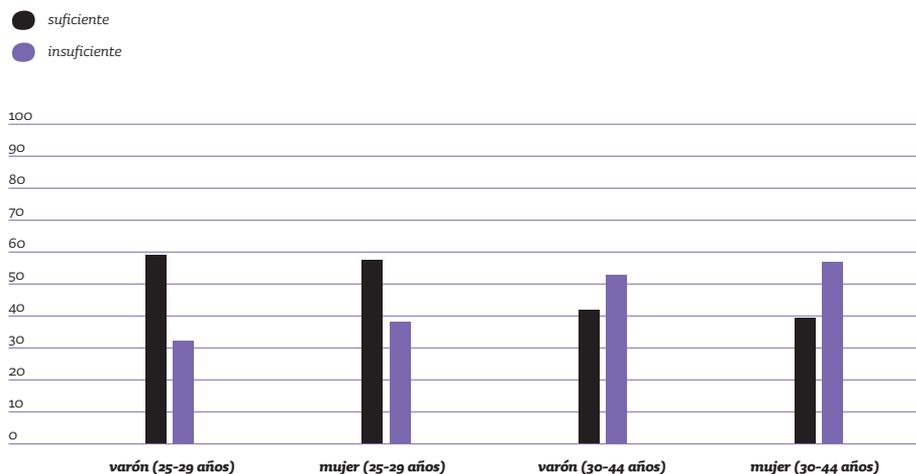
cerca del 60% lo considera insuficiente; algo que se repite en familias con otros familiares. Esta percepción de insuficiencia por la presencia de los hijos la tienen tanto hombres como mujeres, si bien es mayor entre ellas.

La insuficiencia de tiempo personal se acentúa entre las familias de doble ingreso con dependientes, de forma que el 67% plantea déficit, y casi un 30% declara carecer en absoluto de tiempo personal.

El estatus socioeconómico –ligado probablemente a unas diferentes expectativas de “reproducción cultural personal”– discrimina esta percepción, siendo más los de estatus alto quienes lo consideran insuficiente –cerca de tres de cada cinco–, mientras que entre los de estatus medio y bajo se muestran satisfechos en torno a la mitad. Son los varones de clase alta –con un tiempo de trabajo muy extenso y estresante– quienes expresan más expectativas frustradas sobre su tiempo personal (también las mujeres en esta posición), pero también es notable entre las mujeres ocupadas de clase baja –no entre los hombres– lo que nos habla de una dedicación de estas a las labores domésticas /reproductivas en un contexto de escasa corresponsabilidad masculina. La distinta distribución territorial de las clases sociales en Madrid, traduce lo anterior en una menor percepción de insuficiencia entre los ocupados residentes en la periferia sur (48,2%) y mayor entre los del centro de la ciudad (57,1%).

Gráfico 26

Percepción de disponibilidad de tiempo libre según sexo y edad. 2007



Son los varones quienes mantienen posiciones más defensivas frente a una serie de cambios que, por leves y lentos que sean, no les pasan desapercibidos al amenazar su posición de privilegio. Las mujeres los encuentran “descolocados” e incluso “asustados” porque la identidad de las mujeres se va alejando de lo que esperarían de ellas



Género y tiempo personal

Entre las mujeres jóvenes lo personal sí parece tener un espacio. Lo entienden como una necesidad, un ámbito irrenunciable, en cierta medida. Pero fundamentalmente, porque la carga de labores que soportan suele ser inferior al de las mujeres de más edad.

—Ahora he conseguido, por fin, un horario de jornada intensiva que para mi es mucho mejor porque me permite tener las mañanas o las tardes libres. (EA. Mujer joven no emancipada)

Un tiempo y un espacio del que, sin embargo, parece haber disfrutado el varón de manera general, fundamentalmente porque finalizado el horario laboral el tiempo restante suele ser libre, abierto a sus aficiones, las relaciones sociales... Todo ello fruto de su escasa participación en lo doméstico y en lo familiar.

—Yo lo que más valoro en mi vida es mi tiempo libre. Me voy a jugar al baloncesto, quedo con los amigos, nos vamos a casa de uno a jugar con la PlayStation... (Grupo de Discusión 2).

La progresiva aunque lenta incorporación de los varones al terreno de lo doméstico habría mermado, en alguna medida, ese tiempo personal, pero incluso en estas nuevas circunstancias, el tiempo del que disponen los varones para sí mismos no resulta equiparable al que disfrutaban las mujeres. Es muy superior.

Tiempo personal, conciliación y corresponsabilidad

Incrementar el tiempo personal de las mujeres pasa por una doble estrategia:

- Incorporar a los varones de manera decidida a las tareas de la casa y el cuidado de los hijos y otras personas dependientes que vivan en el hogar familiar.
- Facilitar la conciliación entre las distintas labores que asumen las mujeres y, en este nuevo escenario, las que asumirían los varones.

Entendido siempre que la posición más complicada la soportan las mujeres. El problema de la falta de tiempo libre entre las mujeres se agrava por la posición que adoptan muchas de ellas, sobre todo las mujeres mayores, que hacen ver una cierta renuncia a ese tiempo para ellas mismas. Una posición que remite al papel que social y culturalmente parece reservar tradicionalmente a las mujeres: el rol de entrega a los demás (a su marido, a su pareja, a sus hijos, a sus padres...). ¿A costa de qué? En muchos casos, a costa de su propia vida, de su propio tiempo, de la renuncia a un espacio para sí mismas, de un ámbito para lo subjetivo... En último término, su tiempo propio

* Actividades de tiempo libre

Leer, pasear, hacer deporte, verse con los amigos...

Un amplio abanico cubre las expectativas a realizar en el tiempo que cada uno se reserva para sí mismo.

La lectura encabeza el ranking, con un 40% de respuestas; a continuación se sitúa el deporte (34%), las relaciones con los amigos (26%) y caminar (23%).

Desde la perspectiva de género el deporte es a los varones (42%) lo que la lectura y el paseo es a las mujeres (44% y 30% respectivamente). Las relaciones con los amigos es compartida por ambos sexos.

Con la edad crece el amor por la lectura y la pasión por la música. También aumenta la inexistencia de tiempo libre. Por el contrario, el deporte, verse con los amigos, sentarse ante el televisor o ir al cine son actividades más pronunciadas entre la gente más joven. También son estos últimos los que más viajan al carecer aún de descendencia.

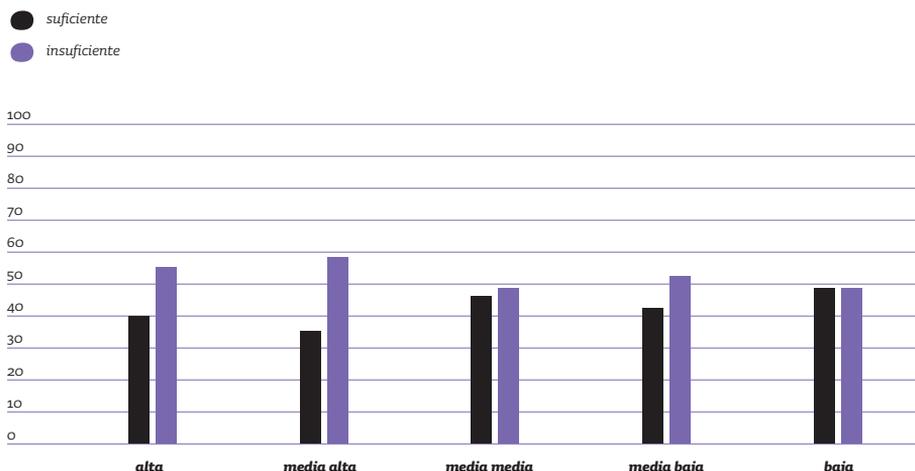
Combinando género y edad se observa que la lectura y el paseo aumentan su atractivo con los años, tanto en hombres como en mujeres; pero son ellas quienes más practican ambas actividades. Entre los más jóvenes quedar con los amigos y ver la tele son practicados en ambos sexos por igual, predominando entre los varones el deporte y la lectura entre las mujeres.

Con la edad, la lectura gana adeptos entre las mujeres, mientras que el deporte los pierde entre los varones –en beneficio precisamente de la lectura y el paseo, por lo que las prácticas por ambos géneros tienden a acercarse–. Son las mujeres entre 35 y 39 años –con presencia de los hijos pequeños– quienes más señalan no disponer de tiempo libre y no hacer nada con él. La presencia de dependientes discrimina fuertemente el tipo de actividades: viajar se reduce a la mitad al aparecer los hijos, y las relaciones sociales disminuyen sensiblemente. En cambio, en presencia de dependientes, pasean y ven más la televisión, además de declarar más intensamente el carecer de tiempo libre y no hacer nada con él.

Como era de esperar, el nivel de estudios también discrimina el tipo de actividades de tiempo libre practicadas. Cuanto mayor es éste desarrollan prácticas más activas y culturales: leer, practicar deporte y viajar; cuanto menor es el nivel más pasean, ven la televisión y descansan. El estatus socioeconómico opera de modo parecido, pues a medida que éste aumenta leen, quedan con los amigos, viajan y estudian más, mientras que cuanto menor es más caminan, ven la tele y descansan. Es sintomático que dedicar tiempo, y dinero, a viajar entre los niveles altos (24%) duplica al de los inferiores (11%).

Gráfico 27

Percepción de disponibilidad de tiempo libre según clase social. 2007



* Expectativas incumplidas

Las actividades que se realizan en tiempo libre no llegan a colmar los deseos de los entrevistados. El 80% así lo manifiesta. Querrían viajar más, las mujeres especialmente, practicar deporte y, en menor grado, estar más tiempo con los hijos. Esto último lo señalan significativamente los hombres, quienes en general se declaran más satisfechos con sus prácticas en el tiempo personal, pero dedican menos tiempo al cuidado de los niños. Para las mujeres, por el contrario, el cuidado de sus hijos es una actividad más.

Con la edad entre las mujeres aumenta el número de insatisfechas que dicen no poder hacer todo lo que quieren mientras entre los varones aumenta el peso de los satisfechos que dicen hacer todo lo que les apetece. Los universitarios se muestran en general más satisfechos con lo que hacen, mientras que entre los que poseen estudios inferiores predomina el deseo no cumplido de viajar más.

Casi la mitad de los que declaran descansar o no hacer nada en su tiempo libre consideran que hacen todo lo que desean y no señalan ninguna actividad concreta. En cambio, son muy pocos los que declaran no tener tiempo libre y no tener ninguna expectativa concreta. A continuación de los que declaran no hacer nada, los que en mayor medida no expresan ninguna expectativa concreta son precisamente los que declaran practicar la actividad más deseada: viajar. Quienes practican la lectura son los que en mayor medida desean viajar.

Juntos o separados

El tiempo para un mismo ¿es un tiempo disfrutado en pareja o cada uno por su lado? En general, se comparten bastante (59%), y más al aumentar la edad. Pero en un tercio de los casos existe una “reserva de tiempo” para cada uno. Algo más acusado entre las mujeres. La fórmula de “parejas libres juntos” es francamente minoritaria (1,8%); a medida que aumenta la edad se comparte en mayor medida el tiempo libre y decrecen las posiciones más autónomas. Entre los 40 y 44 años, cerca de dos tercios lo pasan siempre juntos (63,6%), frente a algo más de la mitad entre los 25 y 34 años (54,2%).

Es la presencia de los hijos la que modifica las prácticas. Así, son las personas sin hijos las que más tiempo de ocio se reservan para sí mismas, al margen de su pareja (48,1%), aunque la mitad de ellas lo comparten íntegramente (49,5%). En cambio, dos tercios de las personas con hijos lo comparten (66,8%) y solo una cuarta parte se reserva tiempo para sí (26,6%).

Si, además, conviven con otros familiares, resultan ser algunos más (32,3%).

Cuanto mayor es el nivel de estudios –y probablemente mayor exigencia o necesidad de reproducción cultural personal– más tiempo se reservan las personas –especialmente las mujeres– para sí mismas, en especial las universitarias (43,2%). Aunque siguen predominando las que comparten íntegramente su tiempo de ocio (51,6%). En cambio, entre las que tienen estudios primarios cerca de tres cuartas partes lo comparten íntegramente (72,4%).

Compartir gastos e ingresos

Entre las parejas es generalizado compartir los ingresos (73%), costumbre más extendida, o percibida, entre las mujeres (77%) que entre los varones (67%) quienes, de forma más habitual, hacen mención a cuentas separadas (13%). Con la edad son más quienes comparten sus ingresos con su pareja, alcanzando entre los más mayores a más de cuatro de cada cinco (82,5% entre los 40 y los 44 años). Entre los 25 y los 34 años no llegan a dos tercios quienes así lo hacen (63,7%). Son los varones más jóvenes quienes menos declaran compartir los ingresos: 54,8% frente al 71,4% de las mujeres de 25 a 34 años. Entre los 25 y los 39 años, un importante porcentaje de mujeres declara mantener sus cuentas separadas –aunque tengan una en común–, mientras que entre los 40 y 44 años este porcentaje es menor (10,9%).

La presencia de personas dependientes discrimina una vez más el comportamiento, pues cuatro de cada cinco personas con dependientes a su cargo comparte íntegramente los ingresos con su pareja (81,0%). Si no los hay lo hacen tres de cada cinco (62,4%). Las parejas sin hijos son las que en mayor medida separan sus ingresos –el 20,1% con una cuenta en común en la que ingresan una parte de lo que ganan y el 14,8% sin cuenta en común–, mientras que las parejas con hijos los comparten en más de tres cuartas partes de los casos. En los hogares más jóvenes y sin la presencia de hijos el modelo de independencia total alcanza al 15%. Mantener sus cuentas separadas, aunque tengan una en común, es más frecuente cuanto mayor es el nivel de estudios. Así, comparten íntegramente los gastos el 68,4% de los universitarios frente al 83,3% de quienes poseen estudios primarios. Sin embargo, el estatus socioeconómico no parece influir significativamente, en los hábitos de compartir recursos. Siendo en torno al 73% quienes comparten íntegramente sus ingresos en todos los niveles.

60%

**de las mujeres
declara carecer de tiempo
para sí misma**



era un tiempo para los demás, para los otros. Parece como si lo personal sólo pudiera abrirse camino apuntar en la fase final de sus vidas, cuando poco a poco van descargándose de todas las labores que han desempeñado. Se jubilan, y se liberan de lo laboral, los hijos se emancipan, y se liberan de parte de lo familiar y de lo doméstico...

—A las seis y media me levanto. Lo que te quiero decir es que te tienes que levantar antes para sacar tu tiempo libre. (Grupo de Discusión 3)

Sin embargo, la creciente incorporación de las mujeres jóvenes al mundo del trabajo remunerado reserva a las mujeres mayores un nuevo papel: las abuelas. Y con él, un conjunto de tareas que, en muchos casos, los padres no pueden desempeñar por falta de tiempo ocupados como están en desarrollar una carrera profesional. Así el cuidado de los nietos, la compra, las gestiones administrativas para sus hijos marca una nueva fase al servicio de los demás.

—Yo creo que ahora la conciliación pasa por las abuelas y los abuelos. Ves por la calles a cantidad de mujeres, abuelas, que van con los carritos de los niños. (EA. Técnico)

—Me ocupo solamente de ellos [de sus nietos] de doce y media, que voy a buscar a la niña a la guardería hasta las seis de la tarde. (EA. Mujer mayor Hogar monoparental)

Y aunque su posición con respecto a estas nuevas tareas, sobre todo a las vinculadas al cuidado de los nietos, es muy positiva, es más de los mismo: poner coto al tiempo y al espacio para lo personal de estas mujeres mayores y recuperar el papel de cuidadoras, de responsables de lo familiar, de empleadas en lo doméstico que socialmente se asigna a las mujeres. Una paradoja moderna que la progresiva ruptura de las mujeres jóvenes con el rol cultural y social tradicionalmente asignado a las mujeres estaría siendo posible, de algún modo, gracias a sus madres convertidas en abuelas. En menor medida sobre los abuelos.

Síntesis y conclusiones

El ámbito de lo personal, el rescate de tiempo para uno mismo, constituye una demanda creciente de las nuevas generaciones, especialmente destacada entre las mujeres que son las más negativamente afectadas por la acumulación de responsabilidades. Este tiempo se valora por encima del éxito profesional.

Sin embargo este valor al alza no resiste su confrontación con la realidad, especialmente con las responsabilidades adquiridas con los años. Fundamentalmente las de tipo reproductivo. Es la presencia de los hijos entre las parejas jóvenes la que detrae el tiempo personal convirtiéndolo en tiempo residual. Sin embargo el fuerte potencial de esta demanda entre los más jóvenes –y con menos responsabilidades– hace prever cambios en la gestión de los tiempos personales a medio plazo como también en las formas de compartirlo la pareja.

*** Valoración y percepción del tiempo para sí mismo**

La importancia atribuida al tiempo personal es un valor menos masculino y especialmente acentuado entre las mujeres jóvenes universitarias laboralmente ocupadas que decae al aumentar la edad.

En la práctica solo una minoría, ligeramente mayor entre los varones, declara haber primado su tiempo personal sobre el profesional y familiar.

La percepción de déficit de tiempo personal abarca a más de la mitad del colectivo analizado. Especialmente al cumplir años y entre las mujeres que asumen más responsabilidades familiares.

La presencia de los hijos es la principal causa detractora de tiempo personal y equaliza la insatisfacción según género. De hecho la insatisfacción aumenta a más de dos tercios.

La mayor demanda potencial de tiempo de reproducción cultural propio está ligado al nivel alto de estudios y de nivel socioprofesional. Mayores obligaciones y falta de tiempo acentúan la percepción del déficit.



* **Prácticas y expectativas en el tiempo personal**

La lectura –más entre mujeres–, el mantenimiento físico y el deporte –más entre los varones– y la relación social son las actividades más practicadas en el tiempo libre. El paso de los años, y las obligaciones familiares, detrae el tiempo libre hace aumentar las prácticas culturales e iguala los gustos de hombres y mujeres.

La llegada de los hijos cambia el panorama trayendo tiempo libre, especialmente a las mujeres, limitando la movilidad y aumentando el ocio pasivo.

Esa pérdida de movilidad, especialmente viajar, entre las mujeres o la práctica deportiva entre los hombres, es el déficit más sentido que se señala al cumplir años.

* **Modelos de compartir tiempos e ingresos**

El modelo familiar “parejas libres juntos” es muy minoritario, predominando la actitud de compartir el espacio y el tiempo libre.

El rescate de tiempo personal esta asociado fundamentalmente a las mujeres universitarias.

Es habitual compartir los ingresos. Menos entre los varones más jóvenes, pero crece al cumplir los años.

Mantener cuentas separadas, aunque se tenga una en común, es más frecuente cuanto mayor es el nivel de estudios y, probablemente, más elevados sean los ingresos.

“

La discriminación por razón de género impide la igualdad de oportunidades. Discriminación que se apoya en falsos estereotipos mantenidos por los hombres y, sorprendentemente, también por buena parte de las mujeres”

Obstáculos para la igualdad de oportunidades

¿Qué factores estarían oponiéndose a la igualdad de oportunidades entre mujeres y hombres?

El análisis de los discursos de unos y otros es significativo al respecto

Uno de los elementos más importantes que opera a modo de barrera para la igualdad es, sin lugar a dudas, la falta de corresponsabilidad. En particular, la reducida participación de los varones en las tareas domésticas y la atención a la familia, en especial a los hijos. En los últimos años el avance real que se percibe –el discurso va más allá– es poco significativo en este terreno. Las mujeres jóvenes –lo hemos visto en los datos de la encuesta incluso en parejas de doble ingreso– son las que continúan desarrollando buena parte de las tareas que corresponden a lo doméstico y, sobre todo, a lo familiar. Ello conlleva serios obstáculos para las carreras profesionales femeninas.

—A la hora de elegir entre un hombre y una mujer [para un puesto de trabajo]... Es que la mujer tiene mucha más responsabilidad que un hombre a la hora de las tareas domésticas (...) y lo que necesita la empresa es alguien que esté al cien por cien, y que dé todo. Entonces, la mujer no puede por las diferentes responsabilidades: hacer la compra, esto, lo otro...” (GD2)

Por su parte en el discurso que mantienen las mujeres de mayor edad aparece una construcción de sus propias identidades desde el ámbito de lo doméstico y, de manera muy marcada, de lo familiar. Cuando se les pide a estas mujeres que se definan o que hablen de su identidad, ponen sobre la mesa su papel en lo privado: amas de casa, madres. De hecho, buena parte de ellas parecen mantener interiorizados aquellos roles que social y culturalmente se han vinculado tradicionalmente a las mujeres, lo que sin duda alguna haría obstáculo no sólo a su incorporación a lo público, sino también a la incorporación de los varones a lo privado.

En buena medida por todo ello, en la actualidad la tarea de conciliar es percibida por una parte significativa de las mujeres como una responsabilidad exclusiva de ellas. Este hecho es muy significativo, pues nos habla de una pronunciada interiorización de la idea de que buena parte de las tareas que se desempeñan en cada uno de los ámbitos descritos (doméstico, laboral, familiar...) corresponden a las mujeres; en último término se trataría de espacios que, en mayor o menor medida, son considerados como propios.

—*Todo lo que está en torno a la conciliación tiene que ver con mujeres. Es que son ellas las que lo llevan a cabo. No son ellos.*” (EA. Técnico)

En este contexto de dificultades para la conciliación cabría preguntarse por el sentido final de los servicios y recursos puestos a su disposición. Hay quien opina que su extensión podría estar frenando la incorporación de los varones a lo doméstico y a lo familiar. Sin embargo, parece claro que en la actualidad los recursos y servicios para la conciliación contribuyen a debilitar buena parte de los obstáculos con los que se encuentra la mujer para acceder al mercado de trabajo, mantener sus carreras profesionales y rescatar tiempo para lo personal.

Entrando ya en el ámbito del mercado laboral, uno de los obstáculos más relevantes para la igualdad de oportunidades es la discriminación por razón de género. El mundo profesional suele ser el terreno en el que las mujeres chocan con lo que ellas mismas definen como “discriminación laboral”. Abundan los casos en los que en procesos de selección de personal se les pregunta por su intención de ser madres, se infravalora su experiencia profesional anterior, se cuestiona su entrega por su dedicación a lo doméstico y, en particular, a lo familiar... Actitudes desde el ámbito empresarial que ilustran sobre una situación de acentuada desigualdad que, con el paso de los años, apenas se habría modificado en el sentido deseado.

—*Cuando hice la clase de orientación laboral, ya te preparan para este tipo de entrevista por ser mujer. Una entrevista en la que te van a preguntar por tus relaciones sexuales, que te van a preguntar que si vas a ser madre cómo lo harías, preguntas que entran mucho en el ámbito de lo personal.*” (EA Mujer Hogar monoparental)

¿En que se traducen las dificultades para las mujeres antes señaladas?

Por una parte en la acumulación de tareas. La reducida incorporación del varón al ámbito privado (doméstico y familiar) se traduce con asiduidad en la acumulación de tareas en la figura de la mujer. Las agendas de las mujeres aparecen absolutamente

cargadas de tareas que se dan la mano e incluso se llegan a solapar en el tiempo, sobre todo en el caso de las mujeres que compaginan varios empleos, como suele ser el caso de las mujeres inmigrantes.

Para poder desempeñar las múltiples tareas que descansan sobre las mujeres, aparece como elemento fundamental la rigurosa gestión y organización de sus tiempos; el recurso a los escasos servicios de conciliación o la ayuda de terceras personas: redes sociales o –minoritariamente– externalizando tales tareas.

—A las seis de la mañana dejo las cosas preparadas para luego venir a comer. El niño se despierta, tengo que cambiarlo, darle el desayuno, llevarle al colegio. Antes tengo que dejar arreglada toda la casa. El niño entra a las nueve, hasta las diez y media yo tengo que terminar todo lo demás. Del trabajo llego a las doce y media, como y regreso al trabajo a la una y media (...) Recojo [al niño] a las seis, porque el niño sale a las cuatro, pero se queda a un curso. Lo he metido en un curso porque a las cuatro no puedo recogerlo porque estoy trabajando (...) Lo traigo a casa, lo ducho, le doy de cenar y luego me voy al otro trabajo de ocho a diez.” (EA. Mujer inmigrante)

Las dificultades ciertas para poder desempeñar la extensa cantidad de funciones y tareas que asumen las mujeres provocan con frecuencia la sensación de culpabilidad, actuando de forma negativa sobre su propia estima. Se hablará de “incapacidad”, de “no llegar”, de “no poder hacer todo”... Ideas todas ellas que, de común, remiten no a la incapacidad sino, en muchos casos a la frustración, a no poder estar a la altura de lo que socialmente se espera de ellas. Incluso de las exigencias que ellas mismas se imponen asumiendo como propia la demanda social.

Todo lo cual conlleva una acusada falta de tiempo personal. La acumulación de tareas que descansan por lo general sobre las mujeres, se suele traducir de forma casi inevitable en falta de tiempo para sí mismas. Entre otros motivos porque tienden a anteponer lo familiar, lo laboral y lo doméstico al tiempo individual, pese a que sus expectativas –según los datos de la encuesta– operaban en sentido contrario. En todo caso si el resto de estos otros ámbitos les permite disponer de algún tiempo, entonces se ocupan en alguna actividad de libre elección o, simplemente, prefieren descansar, pero sólo desde una perspectiva subordinada. Y aún cuando algunas de estas mujeres utilicen estrategias personales para reservarse un tiempo para sí mismas es a costa, por ejemplo, de disminuir las horas de descanso nocturno.

Y sin duda una supeditación de lo profesional a los otros ámbitos. La acumulación de funciones y de tareas en la figura de las mujeres afecta negativamente en la relación

que establecen con lo profesional. Más allá de sus expectativas y –en muchos casos– de sus deseos, se ven obligadas a ser flexibles a las concesiones en el terreno de lo laboral con el fin de responder a esas otras tareas asociadas a lo doméstico y a lo familiar. De este modo se presenta el abandono profesional, la renuncia a desempeñar puestos de más elevada categoría, el cambio de empleo o la reducción de las jornadas laborales como estrategias para continuar (o no) en lo profesional y, al mismo tiempo, poder conciliarlo con lo doméstico y lo familiar.

—Tengo dos niños. Tengo 39 años, y estaba trabajando de administrativa en una gestoría, pero como nació el pequeño, que ahora tiene tres años, pues ya desde entonces no he trabajado.” (GD3)

Todo ello se produce en un contexto de desprestigio de lo doméstico. La pérdida de la centralidad de lo doméstico en favor de lo laboral, sumado al hecho de que aquel sea un ámbito en el que apenas participan los varones, parece tener una incidencia negativa en la percepción social de las tareas de la casa. Ante tal desprestigio y con el objetivo de dar valor a estas tareas, de reconocer socialmente la labor de las personas que se ocupan del ámbito privado, en los últimos años es recurrente la idea de la remuneración del trabajo doméstico. Pero más allá de esta propuesta en sí, la desvalorización de lo doméstico está en directa relación con el reparto desigual de las tareas. Por ser más concretos, con que lo doméstico sea un espacio en el que trabajan casi exclusivamente las mujeres sin la participación de los varones.

Percepción y posiciones frente a los obstáculos para la igualdad

En síntesis se puede hablar de tres posiciones básicas:

Por un lado la representada por buena parte de las mujeres de menor edad, quienes desde una posición minoritaria representan un discurso incipiente marcadamente crítico con aquellos aspectos que estarían operando a modo de obstáculos para la igualdad de varones y mujeres y que gira en torno a tres ejes:

- La incorporación de los varones a las tareas asumidas tradicionalmente por las mujeres, esto es, a las labores domésticas y familiares.
- La construcción de su identidad a partir de lo profesional, aunque sin renunciar, principalmente a lo familiar –aunque algunas descartan tener hijos– y a lo personal.
- La convicción de que la tarea de conciliar no corresponde de manera exclusiva a las mujeres, sino también a los varones.

La acumulación de tareas en las mujeres afecta negativamente a su actividad profesional. Su vínculo con lo laboral no es tan tradicional ni tan sólido como ocurre en el caso de los varones, por lo que son más “flexibles” a la hora de hacer concesiones y renunciaciones que afectan negativamente a su carrera profesional



Por otro lado la posición de los varones quienes, reconociendo que su participación en lo doméstico y en lo familiar es subsidiaria y tutelada por las mujeres, y manteniendo un estrecho vínculo con lo laboral, no muestran una disposición clara hacia la corresponsabilidad. Su discurso y también sus prácticas giran en torno a la idea de ayuda –en ocasiones propiciada por sus propias parejas– lo que trasluce el tipo de relación que establecen con unos espacios (lo doméstico y lo familiar) que no consideran como propios.

–A lo mejor lo que ayudo es un poquito menos de lo que estoy diciendo, pero sí ayudo en casa.

–Mi pareja no ayuda. Le tengo que insistir para que me ayude. (GD2)

–La labor nuestra es explicar que no es que [los varones] te ayuden, sino que las tareas del hogar no vienen dadas en función del género. (EA. Técnico)

La identidad de los varones, en último término, continúa construyéndose en buena medida desde lo laboral. Aunque en sus expectativas los más jóvenes apuntan a supeditar lo laboral a lo familiar –con mayor predisposición a tener hijos– y a las relaciones de pareja, finalmente su empleo ocupará la mayor parte de su tiempo y es el que les define, el que habla de ellos.

Por último, la posición de una parte relevante de las mujeres de mayor edad quienes con su discurso incluso llegan a legitimar la posición de los varones con respecto a su relación con lo doméstico y con lo familiar. Incluso llegan a negar o justificar ciertas situaciones de desigualdad y de discriminación por el género. La posición de estas mujeres es también un importante freno a los cambios a favor de la igualdad de oportunidades.

“

El modelo de la superwoman, aquella concepción de las mujeres capaces no sólo estar presentes en lo laboral, y en lo familiar, sino además, desarrollar con éxito todas estas tareas parece agotado ente las más jóvenes”

Una etapa de transición

Una etapa de transición

¿En qué lugar nos encontramos en el momento actual en el camino hacia la igualdad de oportunidades entre varones y mujeres? A través tanto del análisis del discurso como de algunos datos aportados por la encuesta, se constata que poco a poco se van dando pasos que habrían de sentar las bases de un proceso de cambio social de calado que, sin embargo, tropieza con importantes obstáculos y que avanza, por tanto, a un ritmo más pausado de lo que sería deseable.

Pareciera por ello que mujeres y hombres jóvenes se hallan en una etapa que podríamos denominar de transición.

¿Un modelo agotado?

Probablemente sea en el discurso, las expectativas y prácticas incipientes de las mujeres de menor edad donde aparecen algunos elementos que, con seguridad, marcarán el devenir del cambio social. De ellos se desprende una primera evidencia: el modelo de la *superwoman*, aquella concepción de las mujeres capaces no sólo estar presentes en lo laboral, en lo doméstico y en lo familiar, sino además, desarrollar con éxito todas las tareas vinculadas a cada uno de estos ámbitos, parece agotado. Cuando menos es un modelo hacia el que no se quiere caminar porque no se ajusta al objetivo que persiguen. Entienden que, en buena medida, reproduce un gran número de concepciones que rechazan al no perseguir un cambio significativo en la atribución de las tareas, apenas habla de la incorporación de los varones a lo doméstico y a lo familiar, no se centra en la corresponsabilidad, deja de lado el “tiempo personal... Por el contrario consolida un incremento de las labores que desempeñan las mujeres a raíz de su incorporación a lo laboral y contribuye a la acumulación de cargas, y en esta medida

refuerza la idea de renuncia; fomenta los sentimientos de culpabilidad y reduce la autoestima. Tan solo y de forma residual, reconocen el papel que el modelo *superwoman* ha podido jugar incentivando el proceso de incorporación de las mujeres al mundo laboral.

Hacia un nuevo modelo

Distanciadas del modelo de “mujer diez”, las mujeres de menor edad se posicionan claramente a favor de una “imperfección” asumida. No entienden que la mujer tenga un vínculo tan estrecho con lo doméstico –limitado a un mínimo esencial– y ponen sobre la mesa sus propias limitaciones para llevar a cabo unas labores que no consideran exclusivamente como suyas. Esta idea representa un notable cambio que da paso a que su identidad se construya principalmente a partir de lo laboral, de su desempeño profesional, pero sin renunciar a ellas mismas y a la familia, a la maternidad, al papel de madres. No quieren renunciar a abrirse camino en su profesión, pero quieren en paralelo compartirlo con el hecho de ser madres, compañeras o disfrutar de un tiempo para si mismas. Tarea no fácil, que se topa de bruces con una difícil realidad a la llegada del primer hijo.

–No hay que volverse loco por tenerlo todo en casa como lo tenía mi madre. (GD₁)

–Sí hay un cambio en la mujer, en que la mujer ya no es la mujer callada y sumisa. Eso es muy importante. Y entonces, se empieza a plantear también su posición y su sitio tanto en la casa como en la calle. (EA. Técnico)

–Yo alguna vez he hecho esta reflexión, digo: ‘a ver, he estado estudiando una carrera ¿para qué?, ¿para al final quedarme en mi casa limpiando o para darle más importancia a la casa que al trabajo?’ Pues no. (GD₁)

Construyen una identidad cada vez más compleja. Se definen como “personas”, como “mujeres”, tratando de dar cuenta de la multiplicidad de funciones que desempeñan en el día a día. Se trata de una definición, de una identidad más genérica y con una carga significativa más amplia. No se agota en su papel de madres, de amas de casa o de profesionales, trasciende cada una de estas identidades y al mismo tiempo las contiene.

El referente tampoco parece ser el modelo masculino. No acaban de comprender un vínculo con lo laboral tan acusado que haga de obstáculo a las otras facetas vitales que quieren desempeñar. Entienden que la dedicación de los varones a lo laboral les abre las puertas de su desarrollo y crecimiento profesional, pero pone coto a sus relaciones sociales, a su papel de padres... Ellas no quieren renunciar a abrirse camino en su

profesión, objetivo que se habría convertido en central, pero tampoco desean que lo profesional sea un obstáculo para cultivar otras facetas de su vida. Esta disposición implica sus propias limitaciones, pero estas mujeres jóvenes no ansían la perfección, no desean ser super-mujeres.

–Yo por lo menos no quiero que mi trabajo sea mi vida, ni que mi vida personal sea mi vida. Yo quiero una compaginación. Quiero parte del mundo laboral, parte del familiar, parte de amigos... Un poco de todo. (EA Mujer Hogar monoparental)

Sea como fuere, estamos ante una posición incipiente que es efecto de los cambios estructurales que se producen en la sociedad. Una posición creciente entre los más jóvenes –también entre las más formadas– que encuentra importantes obstáculos, incluso entre otras mujeres.

Los varones: ¿una nueva identidad?

Sin lugar a dudas, son los varones quienes mantienen posiciones más defensivas frente a una serie de cambios que, por leves y lentos que sean, no les pasan desapercibidos. Cambios tendentes a fragilizar antiguas seguridades que les afectan directamente amenazando su posición de privilegio que ya no es aceptada como el único e indiscutido referente. Ante los nuevos tiempos su posición es incierta, imposibilitados como están para articular un discurso lastrado por la presión social existente. Sí lo hacen las mujeres, quienes al referirse a los hombres no dudan en señalar que los varones se encuentran “descolocados” o “desorientados”, incluso “atemorizados” y “asustados”.

–A cualquier persona que tenga unos privilegios le cuesta perderlos. Entonces, si esos privilegios se empiezan a perder, pues yo creo que la palabra es descolocados, o asustados, o atemorizados. (EA Técnico)

–Yo creo que el varón está mayoritariamente descolocado. Descolocado porque asiste de un modo continuado a nuevas realidades que chocan radicalmente con un modelo educacional en que primaba la prevaecía de lo masculino. (GD4)

Y es que los varones están ante un escenario en transformación que, sin lugar a dudas, afectará de lleno a su relación con lo doméstico y con lo familiar. Y que incidirá con seguridad también en el sólido vínculo que hasta el momento establecían con lo laboral. En tales circunstancias parecen estar tratando de encontrar su nuevo lugar, el nuevo espacio que les corresponde, proceso que genera incertidumbres y dudas. Situación agravada porque poco a poco la identidad de las mujeres se va alejando de lo que, por regla general, parecen esperar los varones: mujeres que mantuvieran un de-

terminado grado de dependencia de ellos. De hecho los varones de más edad parecen decantarse por compañeras más volcadas con esos espacios tradicionalmente asociados a la mujer: lo doméstico y lo familiar. Mientras que en la identidad femenina actual incrementa su peso lo laboral y, en consecuencia, la autonomía y la independencia personal.

—Le gustaría que fuera menos contestaria, que me quejara menos por todo, que fuera más calladita y más sumisa a él. (GD3)

—En un principio, si el esfuerzo de una persona vale para compensar o para sostener una familia, ¿para qué va a haber dos esfuerzos? Ella puede dedicar su esfuerzo a cuidar a los hijos y a otro tipo de cosas. (Varón GD2)

—Hay un número importante de hombres que ves que se han casado o que se han echado novia porque no saben estar solos. Tienen una necesidad de: ‘yo para vivir sólo, es mejor con una mujer que cocine y planche’. Aunque no lo van a confesar, porque yo creo que ahora se avergüenzan de confesar eso. (EA Mujer Hogar monoparental)

—¿Qué trabaje fuera de casa? —A mi marido particularmente no le gusta. —Al mío tampoco. (GD3)

¿Se puede hablar de una nueva identidad masculina? No parece fácil dar una respuesta afirmativa. La posición general de los varones suele ser bastante reactiva a unas transformaciones que implican una nueva posición para ellos; nuevos roles, nuevas atribuciones... Existe una relevante resistencia a cambios en este sentido. Por otro lado, los cambios son incipientes y todavía escasamente significativos. De hecho, hoy por hoy, la participación de los hombres en lo doméstico y en lo familiar es subsidiaria, tutelada y vinculada a tareas auxiliares.

Sin embargo, y a pesar de todo, los varones parecen recoger el discurso que se está construyendo en torno a la cuestión de la igualdad entre los géneros. No les es ajeno que se está promoviendo un cambio en el reparto de tareas, que los conceptos de conciliación y de corresponsabilidad no sólo están circulando socialmente, sino que además, van ganando espacios. Son los varones de menor edad quienes parecen más abiertos a sumarse a este nuevo discurso relativo a la igualdad de géneros. Parecen entender mejor el nuevo papel que les corresponde, participar de modo más activo en lo doméstico y en lo familiar. De este modo aunque su identidad continúe estando fuertemente asociada a lo laboral, el ámbito de lo profesional como territorio en el que se asienta su ser, parecen estar más abiertos, sobre todo los más jóvenes, a una identidad más plural, construida desde lo laboral, pero con espacio para las otras facetas en las que comienzan a participar y a las que en mayor o en menor medida se sienten vinculados.

Caminos y tendencias

Este proceso de cambio, también parece estar afectando a las mujeres, aunque con matices relevantes con respecto al caso de los varones. Por un lado aparecen las mujeres de menor edad y mayor formación, que abanderan un modelo novedoso dando pasos por un camino que van construyendo ellas mismas, sin referentes claros o con referentes que consideran superados. Por otro están las mujeres de mayor edad que reconocen estar algo “descolocadas” con los cambios que perciben y afectarían a su propia identidad, a lo que son y a lo que se consideran que deben ser a partir del papel social que representan.

Caminar en el sentido de la igualdad de oportunidades requiere sin duda de un amplio catálogo de medidas que respondan a las expectativas generadas por este progresivo proceso de cambio social. En el ámbito de las políticas hay que seguir incidiendo en los servicios y recursos para la conciliación, fomentando su conocimiento e incrementando la inversión en nuevos. En el ámbito laboral, parece obligado avanzar en el reconocimiento de que el talento no es privativo de un solo género.

Pero parece esencial avanzar en el debilitamiento de la concepción generalizada de que la tarea de conciliar corresponde a las mujeres. En este sentido la falta de corresponsabilidad aparece como uno de los obstáculos más importantes de cara a la igualdad de oportunidades. Resulta por ello fundamental fomentar la participación de los varones en las tareas domésticas y familiares, senda por la que los más jóvenes parecen, tímidamente, ir avanzando.

Ficha técnica

El estudio se ha planteado con un enfoque metodológico plural y complementario, aplicando la perspectiva estructural y la perspectiva distributiva a fin de obtener una síntesis integradora. Ello ha llevado a aplicar dos tipos de técnicas: cualitativas (grupos de discusión y entrevista en profundidad) y cuantitativas (encuesta por muestreo a la población concernida).

Análisis estructural: técnicas cualitativas

El objetivo de la fase cualitativa ha sido doble. Por una parte y como tal investigación autónoma, permite entrar en el fondo de los problemas a estudiar, indagando los aspectos actitudinales del comportamiento social; por otra parte y en términos instrumentales pretende fijar las hipótesis e ítems que serán cuantificados a través de la encuesta. Para ello, se ha planteado realización de 4 grupos de discusión y de 6 entrevistas en profundidad. En el caso de los grupos de discusión las variables de segmentación para formar la muestra estratégica han sido: sexo, edad, relación con la actividad, y estatus social-distrito de residencia. La composición final ha sido la siguiente:

- **Grupo de discusión 1 (GD1):** mujeres entre 29 y 35 años, laboralmente ocupadas en cargos de media y media-alta responsabilidad, familiarmente emparejadas/casadas con y sin personas dependientes. Estatus medio y medio-alto.
- **Grupo de discusión 2 (GD2):** mujeres y hombres entre 29 y 35 años, laboralmente ocupados en cargos de media responsabilidad, con y sin personas dependientes. Estatus medio y medio bajo.
- **Grupo de discusión 3 (GD3):** mujeres entre 35 y 44 años, laboralmente ocupadas en cargos de media y media-alta responsabilidad e inactivas, familiarmente emparejadas/casadas, con personas dependientes. Estatus medio y medio-alto.

- **Grupo de discusión 4 (GD4):** mujeres y hombres entre 35 y 45 años, laboralmente ocupados en cargos de media responsabilidad, con y sin personas dependientes. Estatus medio y medio-bajo.

Las 6 entrevistas en profundidad se realizaron con los siguientes perfiles:

- Dos entrevistas con expertos y analistas en temas de género, mercado de trabajo y conciliación.
- Cuatro entrevistas con mujeres pertenecientes a colectivos específicos con especiales dificultades para la inserción socioprofesional: una mujer inmigrante; una mujer joven no emancipada; una mujer joven con hogar monoparental y una mujer de edad más avanzada con hogar monoparental.

Ficha técnica de la encuesta a la población

- **Ámbito geográfico:** municipio de Madrid.
- **Recogida de información:** entrevista telefónica asistida por ordenador.
- **Universo de análisis:** población de 16 y más años residente en hogares con teléfono. Con especial atención a la población entre 25 y 44 años.
- **Tamaño de la muestra:** 4.200 cuestionarios.
- **Afijación por cuotas de edad.** Afijación aporportional: la población entre 25 y 44 años en Madrid que representa un 30% de la población de 16 y más años se ha sobrerrepresentado en la muestra, hasta alcanzar un 48% de la misma a fin de contar con bases estadísticas optimas para la segmentación. Esta cuota se han repartido por distritos respetando en el resto de edades la distribución proporcional en cada uno. Con posterioridad se ha restituido la proporcionalidad de acuerdo al universo.
- **Distribución territorial de la muestra:** afijacion simple por distritos a razón de 200 cuestionarios en cada uno, a fin de dotarlos de base suficiente para un análisis específico, restableciendo la proporcionalidad al realizar el tratamiento estadístico y elevar los datos a la población total del municipio. Los distritos se han agrupado analíticamente en tres macrozonas¹.
- **Error muestral:** el margen de error es de $\pm 1,5\%$ para el conjunto de la muestra (población de 16 y más años) y de $\pm 7\%$ para cada uno de los 21 distritos; por otra parte es de de 2,1% en el colectivo 25 a 44 años. Y ello para un nivel de confianza del 95,5% (dos sigmas), y en las condiciones de muestreo habituales $p = q = 50\%$.
- **Procedimiento de muestreo:** selección de las unidades últimas (individuos) con cumplimentación de cuotas cruzadas de sexo y edad (sobrerrepresentando el colectivo 25 a 40 años) para cada uno de los 21 distritos de acuerdo a la estructura del universo y distribución muestral comentado.

Las variables analíticas básicas han sido las cuatro siguientes:

- **Edad.** El sujeto básico de la investigación se ha desagregado en distintas cohortes, significativas de momentos clave en el ciclo vital de los jóvenes (25 a 34; 35 a 39 y 40 a 44). También se analiza cuando ha sido posible² la posición del grupo de edad 25-44 en su conjunto comparativamente con el de las otras cohortes, fundamentalmente, con las más veteranas. Bien entendido que lo que se analiza es la repercusión de un determinado fenómeno a través del efecto “ciclo vital”, esto es, observando cómo varían sus pautas según grupos de edad de la población; en definitiva un análisis transversal y no longitudinal, Este efecto de “generación ficticia” debe tenerse en cuenta ya que los fenómenos estudiados, no son producto únicamente de los condicionamientos de la edad.
- **Género.** Esta es la variable independiente clave de la investigación y la que ha resultado ser –sola o en combinación con la edad– la más discriminante.
- **Tipo de familia, actividad personas principales, presencia de dependientes.** Esta variable compuesta delinea el colectivo de máximo interés de la investigación: pareja de doble ingreso con dependientes.
- **Estatus social.** Cuatro son las variables –desagregadas o compuestas– a través de las que se ha medido la distinta posición de los individuos encuestados en la estructura social madrileña. El nivel de estudios –capital formativo– que pese a su mejora no es homogéneo entre los jóvenes y establece notables diferencias entre ellos. La clase social –construida con el nivel de estudios y nivel ocupacional del sustentador principal del hogar–. La percepción subjetiva sobre el nivel de suficiencia de los ingresos para cubrir las necesidades familiares. Y la zona de residencia que, dada la conocida segregación socioespacial del municipio, opera –en ocasiones de forma bastante diluida– como sintomática de distintas formas de vida urbanas.

(1) Las tres macrozonas utilizadas (y los distritos concernidos) son: ALMENDRA CENTRAL: Centro; Arganzuela, Retiro, Salamanca, Chamberí, Tetuán, Chamartín. PERIFERIA NOROESTE: Fuencarral, Moncloa-Aravaca; Ciudad Lineal; Moratalaz; Hortaleza y Barajas. PERIFERIA SUR Y ESTE: San Blas; Vicálvaro; Puente de Vallecas; Villa de Vallecas; Usera; Villaverde, Latina y Carabanchel.

(2) Las bases no son homogéneas para todos los ámbitos temáticos. En unos casos (relación con la actividad: ocupación) se refiere a la población de 16 y más años; en otros –los que tienen que ver con el colectivo mono-gráfico– se circunscribe a la población 25-44 o 30-44 que cumpla determinados requisitos (doble ingreso; presencia de dependientes, etc); a este colectivo se le ha aplicado la parte común del cuestionario y además una serie de subcuestionarios específicos.

Bibliografía

- ALABART, A. et al
La cohabitación en España
Madrid: CIS, 1988
- ALBERDI, I. ESCARIO, P. MATAS, N.
Las mujeres jóvenes en España
Barcelona: Fundación La Caixa, 2000
- BUTTARRELLI A. et al
Una revolución inesperada: simbolismo y sentido del trabajo de las mujeres
Madrid: Narcea, 2001
- BOURDIEU, P.
La domination masculine
Paris: Seuil, 1988
- CHINCHILLA, N. y LEÓN, C.
La ambición femenina: como reconciliar trabajo y familia
Madrid: Aguilar, 2004
- CLARE, A.
Hombres. La masculinidad en crisis
Madrid: Taurus, 2001
- C.E.S Segundo informe sobre la situación de las mujeres en la realidad sociolaboral española
Madrid: CES, 2003
- CIS. Opiniones y actitudes de los españoles ante el mercado de trabajo
Madrid
- DEMA MORENO, S.
Una pareja dos salarios. El dinero y las relaciones de poder en las parejas de doble ingreso
Madrid: CIS, 2006
- DURÁN, M. A.
Mujeres y hombres. La formación del pensamiento igualitario.
Madrid: Castalia, 1993.
- GARRIDO MEDINA, L. y GIL CALVO, E. eds.
Estrategias familiares
Madrid: Alianza Ed., 1993
- GIL CALVO, E.
Medias miradas. Un análisis cultural de la imagen femenina
Barcelona: Anagrama, 2000
- MARUANI, M.
Trabajo y empleo de las mujeres
Madrid: Fundamento, 2000
- MEDA, D.
El tiempo de las mujeres: conciliación entre vida familiar y profesional de hombres y mujeres
Madrid: Narcea, 2002
- MILLÁS, J. J.
María y Mercedes: dos relatos sobre el trabajo y la vida familiar
Barcelona: Península, 2005
- NAREDO J. M.
"Configuración y crisis del mito del trabajo"
En: *Archipiélago*, 48 (2001) pp. 13-23
- TOBÍO, C.
Madres que trabajan: dilemas y estrategias
Madrid: Cátedra, 2005
- URETA, J.
Familia i treball
Barcelona: Deria, Proa, 2002
- VALLE, T. et al.
Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género
Madrid: Narcea, 2001

EDITA

Área de Gobierno de Familia y Servicios Sociales
Dirección General de Igualdad de Oportunidades

Ayuntamiento de Madrid

REALIZACIÓN EDITORIAL

CSP

María Jesús Sanz Megino
Estíbaliz Espejo-Saavedra

FOTOGRAFÍAS

Javier Echanagusia
Sylvain Cherkaoui
Irene Moratínos
iStockphoto

IMPRESIÓN

Artes Gráficas Palermo, S.L.

DEPÓSITO LEGAL

M-14.558-2008